

**INTERCAMBIOS ¿EL TRUEQUE COMO OPCIÓN FRENTE A LAS  
RACIONALIDADES DE LA ECONOMÍA DE MERCADO?**

**SANTIAGO VÉLEZ TORO**

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA**

**ESCUELA DE CIENCIAS SOCIALES**

**MAESTRÍA EN DESARROLLO**

**MEDELLÍN**

**2017**

**INTERCAMBIOS ¿EL TRUEQUE COMO OPCIÓN FRENTE A LAS  
RACIONALIDADES DE LA ECONOMÍA DE MERCADO?**

**SANTIAGO VÉLEZ TORO**

**Trabajo de grado para optar al título de Magíster en Desarrollo**

**Directora**

**MARÍA LUISA ESCHENHAGEN DURÁN**

**Doctora en Estudios Latinoamericanos**

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA**

**ESCUELA DE CIENCIAS SOCIALES**

**MAESTRÍA EN DESARROLLO**

**MEDELLÍN**

**2017**

## AGRADECIMIENTOS

A María Luisa Eschenhagen Durán, quien se armó de paciencia y comprensión para ayudarme a transitar las idas y venidas de este documento. No me alcanzan las palabras para agradecer los años de dedicación y entrega como directora de este trabajo de grado.

A Ana Camila, la mujer que amo y quien estuvo a mi lado en las muchas noches que pasé frente al computador. Su apoyo, sus opiniones, su escucha y su silencio oportuno, fueron esenciales para escribir este documento.

A todas las personas que de corazón, me contaron lo que pensaban del trueque y me ayudaron a hilar un universo de ideas sueltas.

A mi abuela, sin su apoyo no habría podido iniciar la Maestría en Desarrollo.

A mi mamá y a mi abuelo que en la distancia, siempre me animaron a concluir de la mejor manera este trabajo de grado.

A todos los profesores y coordinadores de la maestría, especialmente María Luisa, José Roberto, Luz Stella y María Eugenia.

A mis compañeros y compañeras de la cohorte V. A ellos especialmente quiero agradecer los tintos, las angustias, los debates y los aprendizajes de estos últimos años.

Medellín, Marzo de 2017

Santiago Vélez Toro

Con base en el Artículo 82 del Régimen Discente de Formación Avanzada, de la Universidad Pontificia Bolivariana, declaro que esta investigación no ha sido presentada anteriormente –ni completa ni con variaciones-, para optar a un título universitario, en esta o en otra institución de educación superior.

Firma:

-----

ID: 000229983

## CONTENIDO

<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	<b>9</b>
<b>1. RACIONALIDADES DE LA ECONOMÍA DE MERCADO EN LA HISTORIA CAPITALISTA, UNA SÍNTESIS DE LAS LÓGICAS OPERATIVAS DEL MERCADO Y SU DOMINANCIA FRENTE A OTRAS FORMAS DE INTERCAMBIO ECONÓMICO</b> .....	<b>15</b>
1.1 Primer momento: el liberalismo económico y la economía de mercado.....	21
1.2 Segundo momento: el marginalismo revolucionario y el marginalismo de Marshall.....	25
1.3 Tercer momento: el keynesianismo y la crítica a la economía marginalista.....	31
1.4 Cuarto momento: el nacimiento del neoliberalismo y la consolidación del individualismo.....	36
1.5 A propósito del mercado y sus racionalidades al comienzo del siglo XXI.....	41
<b>2. CONSECUENCIAS ECONÓMICAS, SOCIALES Y AMBIENTALES DE LA ECONOMÍA DE MERCADO, CÓMO DESARROLLO Y DESARROLLO SOSTENIBLE</b> .....	<b>48</b>
2.1 La competencia y el monopolio en un sistema hegemónico.....	49
2.2 La pobreza y la desigualdad en el mundo del mercado.....	51
2.3 La destrucción del medio natural como efecto del neo-extractivismo y la producción capitalista.....	53
2.4 El paradigma del desarrollo y la economía de mercado beben de las mismas racionalidades macroeconómicas.....	56

2.5 El desarrollo sostenible no es una alternativa, tampoco es un cambio del paradigma economicista neoliberal.....	58
2.6 La necesidad de alternativas como respuesta a los problemas del mercado y el desarrollo sostenible.....	60
<b>3. EL TRUEQUE, RACIONALIDADES ALTERNATIVAS Y OTRAS FORMAS DE INTERCAMBIO.....</b>	<b>64</b>
3.1 Valor de uso y valor de cambio.....	68
3.2 Monedas alternativas.....	71
3.3 Experiencias de monedas alternativas.....	73
3.3.1 El sistema LETS.....	74
3.3.2 Bancos de tiempo.....	75
3.3.3 El trueque argentino.....	77
3.4 El trueque empresarial. Ejemplos de Rusia y Estados Unidos.....	79
3.5 Condiciones necesarias para un trueque como alternativa a la economía de mercado.....	83
<b>4. TRUEQUE EN MEDELLÍN Y EL VALLE DE ABURRÁ ¿ALTERNATIVAS AL DESARROLLO O COMPLEMENTOS AL MERCADO?.....</b>	<b>90</b>
4.1 Un pequeño resumen del trueque en Medellín y el Valle de Aburrá.....	92
4.2 Cuatro experiencias de trueque: dos en Bello, uno en Belmira y uno en Medellín.....	98
4.3 Reflexiones sobre el trueque como práctica y teoría/discurso.....	103

<b>5. CONCLUSIONES</b> .....	<b>109</b>
5.1 Conclusiones y reflexiones sobre el trueque y su potencial cómo alternativa al desarrollo.....	<b>109</b>
5.2 ¿Qué se desprende del trueque y queda pendiente por investigar?.....	<b>117</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA</b> .....	<b>122</b>

## **LISTA DE TABLAS**

<i>Tabla 1:</i> Racionalidades al interior de la economía de mercado.....	<b>42</b>
---	-----------

## **LISTA DE IMÁGENES**

<i>Imagen 1:</i> ¡Para que cambiemos! Volante de 1999, que se repartía en El día del trueque en Bello.....	<b>94</b>
--	-----------

<i>Imagen 2:</i> Floricambios, moneda social utilizada en el trueque de Santa Elena.....	<b>96</b>
--	-----------

<i>Imagen 3:</i> Cartillas instructivas sobre el trueque en Santa Elena y sus potencialidades como alternativa económica.....	<b>97</b>
---	-----------

## **LISTA DE CUADROS**

<i>Cuadro 1:</i> Relaciones económicas alternativas y relaciones económicas de mercado.....	<b>102</b>
---	------------

## INTRODUCCIÓN

El documento que el lector tiene en sus manos, es un intento por realizar un ejercicio crítico sobre la economía de mercado, y a la vez, es un intento por visibilizar formas alternativas económicas de hacer y de pensar en un mundo caótico y desigual. Es así que por alternativo me refiero a todas aquellas actitudes y prácticas que cuestionan el carácter hegemónico del sistema económico de mercado. De ahí el interés por el trueque.

Vaneigem (1998/1977), quien escribió un provocativo libro titulado *Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones*, argumentaba que “para fundar una realidad nueva, no hay otro principio adecuado que el *don*” (p.25). Esta afirmación siempre me inquietó por su alcance y por los interrogantes que planteaba: primero, ¿por qué es necesario fundar una realidad nueva? Segundo, ¿cómo el don puede ser un elemento configurador de una nueva realidad social?

La primera pregunta se responde por sí misma, solo hay que mirar por la ventana, leer un periódico, ver un noticiero o salir en bicicleta, para comprobar cómo el ser humano – en Colombia, y de seguro en casi todo el planeta en general – se enfrenta a enormes retos económicos, culturales y ambientales. En este mundo, la distribución del poder es asimétrica y en consecuencia, hay muchos con poco y pocos con mucho, lo que genera altos y preocupantes niveles de pobreza y de desigualdad entre miembros de una misma especie. Esta condición contra-natura es el resultado de una construcción artificial de un sistema económico de mercado capitalista, cargado de una ideología individualista y racionalista, que emergió en la segunda mitad del siglo XVIII y que se ha ido consolidando hasta el presente gracias a las múltiples teorías que lo han alimentado y justificado. Además de pobre y desigual, el mundo en el presente es violento, injusto y cada vez más caliente, lo que conlleva alteraciones climáticas de gran impacto para el planeta y los seres vivos que lo habitan. Por estos inconvenientes, por un mundo que ha dejado de ser natural para responder a intereses corporativos y de mercado, se hace necesario “fundar una realidad nueva”, o por lo menos, sentar las bases de un pensamiento crítico acerca del sistema que es necesario repensar y sobre cómo y qué es lo nuevo que hay refundar.

La segunda pregunta ¿cómo el don puede ser un elemento configurador de una nueva realidad social? No sabría responder. No obstante, si es posible proponer una forma de acercamiento crítico

a las dinámicas capitalistas, para conocerlas en clave de historia, advertirlas como respuestas a coyunturas específicas, e ir comprendiendo por qué la economía capitalista es también un sistema hegemónico de mercado. Hacer esto posibilita entender las causas y consecuencias que explican las dificultades culturales, económicas y ambientales a las que se enfrentan los seres humanos. Cuando existe una noción de los hechos y sucesos que han sido influyentes y determinantes para configurar la realidad, es posible investigar las alternativas que cuestionan tal hegemonía del mercado. Si para repensar el sistema el “principio adecuado es el don”, entonces la invitación a explorar formas de intercambio alternativo, que tengan otras formas, y en especial racionalidades, son caminos de investigación que no deben ser dejados de lado.

Hay un tango que dice “deja al mundo como está, que está hecho a la medida”, y aunque el tango es bueno, ser nada más que observadores de los cambios y sus consecuencias negativas, aunque es una actitud común, debería ser contrarrestada. En el ámbito político era de suponerse que la derecha no iba a cuestionar tal carácter hegemónico del mercado, pero tampoco lo hizo la izquierda. Escrito sagazmente en 1967, Vaneigem (1998/1977) ya cuestionaba el rol de éstos al decir: “el viejo sueño de los teóricos del librecambio busca así su perfección en las vías de una democracia reformada por la falta de imaginación que caracteriza el pensamiento de izquierdas” (p. 24). De esto se desprende que los partidos, aquellos que encarnan las ideas de derecha o de izquierda, parecen pertenecer todos a la esfera del status quo, por lo tanto, no es muy probable que una práctica alternativa sustentada en la crítica al mercado como un sistema hegemónico, tenga su origen en esos escenarios institucionalizados de la política.

Los cambios al sistema hegemónico provienen de la gente, de los valores y racionalidades que tienen y que median en sus relaciones sociales, de los experimentos que impulsan y que logran disputar espacios al capital, así estos sean pequeños:

“ahora bien, éstas son las condiciones actuales: la economía no cesa de empujarnos a consumir más y más, a consumir sin tregua; el cambio de ilusión a un ritmo acelerado disuelve poco a poco la ilusión del cambio. Uno se encuentra solo, sin haber cambiado, congelado en el vacío producido por una cascada de gadgets, de Volkswagen y de pocket books” (Vaneigem, 1998/1977, p.17).

Las idas y venidas de las “condiciones actuales” no promueven el fortalecimiento del tejido social, ni promueven las relaciones comunitarias, en cambio, generan inestabilidad económica y

destrucción ambiental, y esto es debido a que se centran principalmente en el mundo de los negocios y las finanzas, ya que la triada extraer-producir-consumir es la que genera movimientos y dinamismo en la economía. Por estas razones, prácticas como el trueque, que se suponen opuestas al uso del dinero, se presentan en formas disímiles, complejas, variables y adaptativas. Proviene en su mayoría de escenarios locales impulsados por personas comunes y corrientes, y allí es donde radica su potencial para ser prácticas extensivas y socialmente aceptadas, porque buscan ingeniosamente, superar esas dificultades y contradicciones propias de la economía de mercado.

El desarrollo y la economía de mercado capitalista, son dos caras de una misma moneda, ya que los objetivos del primero, sólo se pueden materializar dinamizando actividades económicas bajo las racionalidades capitalistas de la economía de mercado. Esto quiere decir, que el desarrollo ha sido la punta de lanza del discurso del bienestar, aun cuando sus resultados señalaban como en 2012 que “1.300 millones de personas no tienen acceso al agua potable. 35.000 niños mueren diariamente, por causas directamente relacionadas con la pobreza. 130 millones de infantes no reciben educación básica” (Salgado, 2012, p. 29). Una realidad semejante, sólo es posible en un mundo desigual, en el que “un 15% de la población del mundo posee el 79% de la riqueza mundial y para el 85% sólo queda el 21% restante” (Salgado, 2012, p.29). Si a esa situación de desigualdad se le suma el desperdicio alimenticio, que solo en Estados Unidos significa la pérdida de más de 40 millones de toneladas de alimentos al año, una cantidad que podría beneficiar en el mismo periodo a las más de mil millones de personas que se acuestan con hambre todos los días (Stuart (s/f), citado por Oxfam Intermom), se puede inferir que no solo la desigualdad, sino también la distribución de la riqueza generada, se presenta de forma desequilibrada al interior del sistema económico de mercado.

Si se admite entonces que la realidad del desarrollo es asimétrica, y que su definición según la ONU tiene que ver con “lograr la cooperación internacional en la solución de los problemas de carácter económico, social, cultural o humanitario” (ONU.com, s/f), conviene preguntarse por las razones que impiden la superación de los problemas económicos, sociales y culturales, que aquejan al planeta entero y que supuestamente, son los blancos de intervención de los Estados y de la ONU. Con la intención de comprender por qué ocurre esta dinámica, este trabajo de investigación se propuso, ahondar en las racionalidades que han configurado la economía de mercado capitalista, porque son éstas, las que permean y justifican las políticas de desarrollo, presentándose como

representantes de un sistema hegemónico económico de mercado. Esto significa, que las causas de los problemas sociales, económicos y ambientales del presente, están directamente relacionados con la evolución de la economía capitalista bajo una racionalidad específica, aquella que se apalanca en la fuerza de trabajo de los hombres y la transformación de la naturaleza, que prioriza la creación de riqueza y la acumulación de capital, sin importar que deje a su paso, territorios y tejidos sociales resquebrajados.

Ante la situación planteada, el sistema socio-económico de mercado del presente, continúa siendo hegemónico aunque inestable, debido a la pobreza global y a la desigualdad en el acceso a recursos. Sin embargo, la sociedad capitalista en su conjunto no parece cambiar sus dinámicas contraproducentes. Según el filósofo Michael Sandel (Semana, 14/09/2014), refiriéndose a la crisis económica causada por el descalabro de Lehman Brothers en el año 2008 “es un misterio entender por qué una falla tan dramática del sistema no logró quebrar nuestra fe triunfalista en el mercado (...) hoy vivimos en democracias sofisticadas pero no nos gusta preguntarnos si los mercados de veras le sirven a la gente”. Tratar de entender esas racionalidades que posibilitan movimientos macroeconómicos que se alejan de las lógicas asociadas al bienestar y el progreso y cuestionarlas a la luz de sus resultados, es algo más que pertinente para dar los primeros pasos hacia la construcción de una nueva sociedad de alternativas al desarrollo.

Por lo tanto, este trabajo se propone comprender las racionalidades de la economía de mercado en las cuatro grandes escuelas de pensamiento económico capitalista (clásica, marginalista, keynesianismo y neoliberalismo), ya que en estas teorías, se encuentran algunas de las causas centrales de los problemas que aquejan la estructura socio ambiental de casi todos los territorios que conforman el sistema mundo. Debido a esto, el documento no sólo se limita a señalar una aproximación sobre las causas de la desigualdad, la pobreza y la destrucción del medio natural cómo resultado de la puesta en marcha de los procesos capitalistas, sino que también, plantea una revisión del trueque y de su potencial cómo práctica alternativa de intercambio económico.

El trueque, como sistema de intercambio diferente al de la economía de mercado, opera bajo otras racionalidades. En este, los valores de cambio y de uso movilizan prácticas de intercambio en las que el dinero adquiere un rol secundario como facilitador de las transacciones vía trueque. Así, el trueque adquiere su potencial como práctica alternativa al desarrollo, cuando logra impregnar de

otras racionalidades a los intercambios de bienes y servicios, y cuando permite que más personas y comunidades, se vayan integrando de forma paulatina en la conformación de mercados alternativos y redes de trueque.

En este orden de ideas, el presente documento posee una línea argumentativa desarrollada en cinco capítulos, los cuales son presentados de la siguiente manera: el primer capítulo, comienza por explicar cómo el trueque perdió relevancia frente a la economía de mercado, cuando esta hizo su aparición en la segunda mitad del siglo XVIII, apalancándose en la revolución industrial, haciendo posible el surgimiento de nuevas racionalidades económicas. Debido a que la economía de mercado era una dinámica de intercambio nueva, las primeras teorías alrededor de su funcionamiento a manos de Smith (1776) y Ricardo (1817) adquirieron el nombre de clásicas; a partir de esas publicaciones, los asuntos económicos adoptaron un carácter macro político, que se vio reflejado en las escuelas económicas posteriores: el marginalismo, el keynesianismo y la teoría neoliberal. Es dentro de estas cuatro grandes escuelas de pensamiento capitalista, que se consolidaron las racionalidades económicas que terminarían por justificar y legitimar las acciones en torno a los ciclos productivos y el modelo de desarrollo.

El segundo capítulo, expone las consecuencias sociales, económicas y ambientales del presente, como resultado de casi tres siglos de economía de mercado con una racionalidad específica. Aquí, el lector encontrará unas reflexiones sobre la pobreza y la desigualdad, el monopolio y la competencia, y la destrucción del medio natural como motor de la producción capitalista. Al evidenciar los resultados generados por la economía de mercado en estos campos, se hace un llamado a considerar mecanismos de intercambio alternativos que puedan presentarse a manera de prácticas alternativas al desarrollo.

El tercer capítulo elabora un marco teórico sobre el trueque y las racionalidades que están presentes en esta forma de intercambio. Para entender el potencial del trueque como alternativa, se problematiza sobre el valor de cambio y el valor de uso. Se hace un resumen de algunos trueques representativos de finales del siglo XX, y se resaltan las racionalidades que son necesarias para fomentar y practicar trueques directos e indirectos.

El capítulo número cuatro se propone presentar el trueque como práctica en Medellín y el Valle de Aburrá, admitiendo desde el comienzo, que este acercamiento no contiene un ejercicio metodológico destinado a demostrar empíricamente la teoría y las racionalidades sobre el trueque consignadas en este documento, no obstante, si es una aproximación inicial, o mejor, un abre bocas teórico práctico, que posibilita al lector acercarse al trueque como realidad en la práctica y no sólo en el discurso. En este punto en concreto radica la riqueza y la importancia del capítulo número cuatro, porque así los argumentos dados provengan del plano de lo subjetivo, debido a que los trueques presentados y el acercamiento a los mismos no constituyen una muestra significativa estadísticamente, son argumentos racionales, contruidos y basados en una historia, que responden efectivamente a una teoría previamente revisada.

Por último, el capítulo cinco corresponde a las conclusiones finales de este trabajo académico, las cuales son presentadas en dos bloques bien definidos: el primero, se refiere a las conclusiones generales del trabajo de investigación, allí se encuentran las reflexiones y observaciones en torno al potencial que tiene el trueque para ser una práctica alternativa al desarrollo. El segundo bloque, indica los elementos que no fueron visibles desde el comienzo porque emergieron durante la investigación, y que merecerán un mayor grado de interés y profundización, debido a que son pertinentes para comprender, el universo de posibilidades de intercambio y de construcción de tejido social, que se configuran alrededor de la práctica del trueque.

## **1. RACIONALIDADES DE LA ECONOMÍA DE MERCADO EN LA HISTORIA CAPITALISTA, UNA SÍNTESIS DE LAS LÓGICAS OPERATIVAS DEL MERCADO Y SU DOMINANCIA FRENTE A OTRAS FORMAS DE INTERCAMBIO ECONÓMICO**

En Europa Occidental, en el periodo comprendido entre el siglo XVI y el siglo XIX, ocurrió un proceso de transformación social que vio nacer un nuevo sistema económico, la economía de mercado. Este nuevo sistema modificó las prácticas económicas tradicionales, llegando a ocupar un lugar predominante en la forma de realizar intercambios de mercancías a través de la masificación del uso del dinero, el cual, rápidamente se convirtió en un medio de cambio socialmente aceptado, situación que contribuyó a que el dinero también fuera un instrumento dotado de valor. Mientras se presentaba una expansión y consolidación de la economía de mercado en éste periodo, prácticas de intercambio tradicionales como el trueque dejaron de ocupar un lugar predominante en los mercados de la época (Humphrey y Hugh Jones, 1997), debido a que las racionalidades que promovían intercambios con este mecanismo, distaban significativamente de las racionalidades y finalidades que acompañaban los intercambios capitalistas en una economía de mercado de rápido crecimiento.

De esta manera, el trueque como práctica económica que generaba intercambios a su manera, fue un mecanismo que se tornó insuficiente para enfrentar la dinámica de intercambio y movilidad de las mercancías en una economía de mercado. Desde la teoría y desde la praxis, el trueque encontraba una dificultad, “la no coincidencia de intereses” (Harvey, 2014, p.41) o “la imposibilidad del trueque generalizado” (Kicillof, 2013/2010, p.67). Esto significaba que el trueque no facilitaba los intercambios, sino que por el contrario, los dificultaba a medida que la economía de mercado se ampliaba con la llegada de nuevos productos.

Con el avance por todo el planeta de la economía de mercado a lo largo del siglo XIX, y con el surgimiento de nuevas teorías sobre el desarrollo del sistema capitalista, el trueque dejó de pertenecer a la esfera de los intercambios públicos, convirtiéndose en un mecanismo privado para la movilidad de servicios y mercancías. Esta tendencia continuó durante casi todo el siglo XX, hasta que las contingencias económicas de los años 80 y los años 90, motivaron el resurgimiento de nuevas formas de trueque en Estados Unidos, Canadá y Argentina, que lograron devolver al trueque un rol interesante en los intercambios públicos, y sobre lo cual es pertinente problematizar.

Teniendo en cuenta lo anterior, es posible admitir que en casi 300 años de historia del capitalismo moderno, desde que éste tuvo un impulso significativo de la mano de la revolución industrial, las teorías que lo han acompañado desde su inicio hasta el presente, lograron comprender cómo dinamizar los procesos productivos, pero fallaron en generar una distribución equitativa de la riqueza generada en una economía de mercado. Por lo tanto, ni la teoría liberal clásica con Smith, Say y Ricardo como sus máximos exponentes, ni la teoría marginalista de Jevons, Walras, Megner y Marshall lograron imprimir en la racionalidad capitalista un sistema de distribución más equitativo y unas lógicas diferentes frente a la acumulación de capital.

En la segunda y tercera década del siglo XX, las teorías económicas que habían dado sustento al crecimiento capitalista en los dos siglos anteriores, se enfrentaron a la Gran Depresión y a la necesidad de encontrar formas de producción amparadas en otras racionalidades. Es así como surge el keynesianismo en los años 30, con su ideal de progreso a través de un aumento significativo del gasto público. Sin embargo, y a pesar de los logros sociales alcanzados por las políticas keynesianas, los últimos 25 años del siglo XX, vieron una sustitución de esta forma de economía política por una nueva forma llamada neoliberalismo. El neoliberalismo promueve el retorno a las ideas de la economía liberal clásica, en donde la ganancia, el uso masivo del dinero y la autorregulación del mercado, se presentan como parte constitutiva de un sistema económico que beneficia más la iniciativa capitalista privada, que el desarrollo y el progreso social en la escala nacional.

Entonces, aceptando que la economía es una ciencia que busca mejorar las condiciones de vida de las personas en su cotidianidad, se obtiene que el sistema económico dominante, el del mercado capitalista, no logró su objetivo. Según el Banco Mundial (2012), un 43% de la población total del planeta sobrevivía con menos de dos dólares al día. Con este indicador, se puede inferir que el sistema económico de mercado no logró la condición de proveer bienestar de manera generalizada, razón por lo cual, se hace necesario comprender cómo las prácticas y racionalidades que le dieron forma a partir del siglo XVIII, siguen vigentes en la actualidad.

Esta situación de desigualdad e inequidad material, implica entender esas racionalidades dominantes, y así, poder repensarlas en favor de visibilizar prácticas económicas alternativas como el trueque de la segunda mitad del siglo XX y comienzos del siglo XXI. Estas “otras” prácticas

económicas, se articulan a las dinámicas locales de los territorios, introduciéndose en los espacios sociales, culturales, económicos y ambientales, al permitir intercambios más equilibrados entre el productor y el consumidor. Al hacer esto, se promueven otras racionalidades económicas, y se realizan otro tipo de intercambios. En otras palabras, acciones alternativas entre las que se encuentra el trueque, desdibujan racionalidades capitalistas como la ganancia en forma de acumulación de capital, al tiempo que evidencian que es posible hacer intercambios amparados en nociones de confianza, solidaridad y reciprocidad, a través de mecanismos que se adaptan a las necesidades económicas de las comunidades que impulsan esas “otras” formas de intercambio.

Teniendo en cuenta lo anterior, y para comprender los retos a los que se enfrenta el trueque para ser una práctica alternativa en disputa o como complemento a la economía de mercado, este capítulo abordará de una manera sintética y comparada, el origen de la economía de mercado, así como algunas de las racionalidades que se fueron adoptando en la economía política durante su desarrollo en las 4 grandes teorías económicas capitalistas: la liberal clásica, la marginalista, el keynesianismo y el neoliberalismo. Se hará un énfasis especial en la explicación de la ganancia y el dinero en estos 4 momentos y se profundizará en la noción de mercados autorregulados cuando sea necesario.

El objetivo de realizar esta síntesis histórica de la teoría capitalista, ahondando en algunas de sus racionalidades económicas, es explicar cómo éstas, al ser el resultado de un sistema económico moderno, lograron naturalizarse con el pasar de las décadas posibilitando el descubrimiento de leyes y teorías sobre el funcionamiento del sistema capitalista en una economía de mercado. Esa naturalización de prácticas y racionalidades provenientes de la economía de mercado se entienden en el marco de esta investigación, como esos elementos que en un momento dado de la historia capitalista emergieron como teoría y praxis alterando las dinámicas que hacían posible los intercambios antes de la consolidación de la revolución industrial, pero que a partir de ese momento y en el presente, han logrado un nivel de aceptación tan alto entre casi todas las sociedades del mundo, que terminaron por ser elementos normalizados al interior del proceso de distribución de la riqueza en un entorno capitalista.

El concepto de racionalidades en torno a la economía de mercado fue abordado por Foucault analizando el neoliberalismo. Este identificó que las racionalidades neoliberales eran la

“generalización de la forma económica del mercado más allá de los intercambios monetarios (...) como principio de inteligibilidad, principio de desciframiento de las relaciones sociales y los comportamientos individuales” (Foucault, 2007, p. 261, en Seoane, 2015, p. 2). Tomando como referencia a Seone (2015), el interés de Foucault era analizar la mutación de las racionalidades económicas. Un ejemplo es el trabajo como factor de producción, que fue transformado en capital y renta (p.3). Al suceder esto, el ser humano se convirtió en “empresario de sí mismo” (p.3). Con la llegada del neoliberalismo en la segunda mitad del siglo XX, se consolidó un proceso de transformación tan potente, que la economía de mercado, sus prácticas y dinámicas adquirieron un rol preponderante en los valores comunitarios y en la organización social. De esta forma, lo que en la economía de mercado se entendía como racionalidades inherentes a las dinámicas de su funcionamiento, traspasaron el espacio del ciclo productivo y se instalaron en el imaginario societario como algo valioso y deseable. La reflexión que hace Foucault sobre las racionalidades neoliberales contiene la agudeza analítica que caracteriza a este autor, ya que él comprende que los valores de la economía de mercado, pasaron a convertirse en los valores de la vida cotidiana. Al haber ocurrido esto, las racionalidades del mercado, que pertenecían primordialmente al universo de los intercambios, se convirtieron en las racionalidades dominantes y hegemónicas de todas las formas de organización social dependientes de un entorno capitalista.

Esta mirada de las racionalidades económicas como algo apropiado del mundo del mercado, fue también un tema en el que Weber (en Ivars, 2015):

Aseveró que lo específico del capitalismo moderno es la racionalidad formal nacida en occidente. Esta racionalidad, es aquella que pondera los medios más eficientes para alcanzar un fin y se corresponde, en su teorización, con un tipo de acción instrumental. La guía del accionar social no son los valores, sino que la sociedad capitalista se encuentra impregnada de una racionalidad formal en todas sus esferas. La preeminencia de dicha racionalidad dicta la forma de estar y de percibir el mundo. Desde este punto de vista, la razón sería inseparable del capitalismo (p.78).

Al ser parte de la vida cotidiana, estas racionalidades son apropiadas y naturalizadas por la sociedad, por lo tanto, es normal que haya racionalidades económicas enfrentadas y contradictorias cuando se comparan aquellas que corresponden a la economía de mercado y aquellas que se corresponden con prácticas como el trueque. Mientras en la economía de mercado, el ser humano es tratado como mercancía y por lo tanto es un individuo que compra y vende fuerza de trabajo, en el trueque, el solo hecho de establecer un mercado, un sitio de encuentro, ya imprime otras

racionalidades a la hora de fomentar y comprender cómo se puede llevar a cabo otro tipo de intercambios.

Entender las racionalidades capitalistas y del trueque, es el punto de partida que motiva esta investigación, por lo tanto es importante conocer el marco contextual en el que se originó la economía de mercado, con el fin de comprender la magnitud del proceso disruptivo y de fractura de la sociedad precapitalista, cuando tuvo que convivir con un sistema económico nuevo y emergente. Las miradas de Hobsbawm (1976) y Polanyi (2011/1994) permiten analizar cómo el proceso de transformación social favoreció el surgimiento de la economía de mercado, cuando esta ocurrió en la transición ubicada temporalmente entre el comienzo del fin del feudalismo en los siglos XV y XVI, y el comienzo de la revolución industrial en la segunda mitad del siglo XVIII. Si se toma como referencia a Hobsbawm (1976), es posible delimitar un periodo de tiempo en el que nace la economía de mercado, para este autor “nadie ha sostenido con un mínimo de seriedad que el feudalismo se prolongara más allá del siglo XVIII o que el capitalismo se consolidara antes del siglo XVI” (p.4). Esta posición es también asumida por Polanyi, quien afirmó que los mercados locales europeos de mediados del siglo XVIII, no se diferenciaban significativamente de las prácticas de mercado de las sociedades primitivas (2011/1944, p.112).

A principios del siglo XVIII, los mercados locales coexistían con dos formas de comercio bien definidas: el comercio exterior y el comercio local, los dos limitados por la distancia geográfica, ya que el primero “se realiza mientras se carezca de algunos tipos de bienes en la región: el intercambio de lanas inglesas por vinos portugueses era un ejemplo” (Polanyi, 2011/1944, p.109), y el segundo, el comercio local, se limitaba a los bienes de la región, aquellos que “no se pueden transportar porque son demasiado pesados, voluminosos o perecederos” (Polanyi, 2011/1944, p.109). Estas dos formas de comercio no implicaban competencia, “y en ambos casos escasa presión para crear un comercio territorial, un mercado interno o nacional” (Polanyi, 2011/1944, p.107). Polanyi expone ampliamente, cómo estos dos tipos de comercio eran complementarios y no excluyentes entre sí. Además, deja en evidencia cómo la mayoría de las personas poseían una movilidad territorial limitada, razón por la cual las actividades económicas y comerciales descritas anteriormente estaban ligadas al ejercicio de la sobrevivencia.

El elemento condicionante que le dio un giro trascendental a las prácticas económicas medievales, como el intercambio a través del trueque en una racionalidad de sobrevivencia día a día, fue la ampliación del comercio interno. Este fomentaba la competencia, característica que lo diferenciaba del comercio exterior y el comercio local, ya que promovía “un mayor número de intercambios en los que se ofrecen en competencia recíproca, bienes similares provenientes de fuentes diferentes” (Polanyi, 2011/1944, p.109). El comercio interno nacional se convirtió rápidamente “en la forma dominante de la actividad económica” (Polanyi, 2011/1944, p.115). Al superar la frontera de las condiciones geográficas para el mercado, los productos ya no estaban supeditados a la demanda local, y podían competir con otros productos en otras localidades, percibiendo los productores o grupos de productores e intermediarios, ganancias y utilidades de todo este proceso.

El movimiento hacia la expansión y consolidación de una economía de mercado capitalista, se profundizó con la llegada de la revolución industrial y la adaptación del progreso tecnológico para la aceleración de los procesos productivos. La revolución industrial, que tuvo su comienzo en Europa en la última parte del siglo XVIII y se expandió por todo el globo durante el siglo XIX, y se caracterizó por el “uso de máquinas especializadas en una sociedad agraria y comercial” (Polanyi, 2011/1944, p.89). El resultado de la implementación de la máquina para hacer más eficientes los procesos productivos manufacturados, generó el desarrollo de nuevas lógicas de participación y vinculación de la sociedad a la economía de mercado.

Fue en el periodo de la revolución industrial que emergieron nuevas racionalidades económicas capitalistas ancladas a una economía de mercado, dejando atrás, aquellas racionalidades que hacían posible intercambios a través de mecanismos como el trueque. Estas nuevas racionalidades, promovían: 1- la ganancia como acumulación de capital, 2 - el uso masivo del dinero como medio de cambio y 3 - la autorregulación del mercado y/o mercados mínimamente intervenidos como condiciones inherentes al desarrollo capitalista. Estos nuevos elementos, insertos al interior de un sistema económico que se encontraba en un proceso de crecimiento acelerado, emergieron como indispensables para dar sustento a la economía de mercado y se mantuvieron en el tiempo con algunas variaciones y adecuaciones para cada momento coyuntural de la historia capitalista.

Al abordar las teorías y los autores que acompañaron a la economía de mercado, se señalarán las racionalidades económicas que emergieron con cada una de estas teorías, así como sus

características centrales, adicionalmente, se hará un intento por comprender esas racionalidades que quedaron impregnadas en la economía política moderna. De esta manera, se buscará entender en clave histórica, la dominancia de tales racionalidades económicas, con el ánimo de plantar un marco teórico y contextual del proceso evolutivo de la economía de mercado, de cara a comprender mejor el universo capitalista y su lógica operativa. Realizar esto, permitirá de forma posterior, analizar cómo el trueque irrumpe activamente en las prácticas capitalistas, generando “otras” dinámicas y motivaciones para favorecer los intercambios.

### **1.1 Primer momento: el liberalismo económico y la economía de mercado**

En el último cuarto del siglo XVIII y la primera parte del Siglo XIX, se presentan las primeras observaciones de la incipiente economía de mercado. Por un lado, Adam Smith publica en 1776 “Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones”, que se convierte en el primer intento moderno por analizar las dinámicas económicas con una mirada científica e investigativa. Posteriormente, en 1817, David Ricardo publica “Principios de economía política”, un texto que profundiza en las leyes de la distribución en un sistema económico capitalista, complementando los análisis sobre el mercado hechos por Smith, y profundizando en la comprensión de una economía más grande y desarrollada. En este periodo también se encuentra el trabajo de J.B. Say y su aporte más importante, conocido como la “Ley de Say”.

Fueron estos autores, Smith, Ricardo y Say, los que sentaron las bases para la interpretación del mercado como la búsqueda de un equilibrio entre oferta y demanda y así mismo, fueron los primeros que problematizaron sobre la ganancia, el dinero y la autorregulación del mercado en un comercio mínimamente intervenido por agentes del Estado. Teniendo en cuenta que la distancia entre una publicación y la otra es de más de 40 años en el caso de Smith y Ricardo, y considerando la importancia para la ciencia económica de los aportes de estos éstos autores, se entiende que este primer momento de reflexión sobre la economía de mercado en un sistema capitalista es lo que se conoce como teoría económica clásica, o teoría liberal clásica.

Para dimensionar el avance de estas primeras teorías económicas, hay que tener presente que hasta mediados del Siglo XVIII, no había la noción de utilidad y ganancia, y las actividades económicas comerciales estaban relacionadas con “mercados de vecindad” (Polanyi, 2011/1944, p.112). Para

entonces, la racionalidad de mercado que acompañaba los intercambios precapitalistas, no favorecía la acumulación de recursos ni utilizaba masivamente el dinero como medio de cambio. Sin embargo, con la aparición de la revolución industrial y la intensificación de los esquemas productivos a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, se produjo en Europa Occidental una transformación social que posibilitó la emergencia de elementos inherentes al nuevo sistema, entre ellos: la ganancia como resultado de la práctica capitalista, el dinero como medio de cambio socialmente aceptado divisible y transportable, y la autorregulación como centralidad para el desenvolvimiento del mercado.

La ganancia, entendida como la obtención de utilidades por actividades en el mercado, fue el elemento más disruptivo en la migración de un sistema económico medieval hacia un sistema moderno capitalista. Tomando como referencia a Kicillof (2013/2010) en los teóricos de la economía liberal clásica, la racionalidad que acompañaba a la ganancia, se justificaba por ser el resultado de la actividad capitalista:

Smith explica la ganancia como una recompensa que recibe el capitalista, no por ser el capataz o el gerente de la empresa, sino porque compromete su capital. La ganancia sería entonces, una retribución por el riesgo que corre el que realiza una inversión (p.359).

En Ricardo, la importancia de la ganancia no radicaba en sus orígenes o en la manera como esta se creaba, a diferencia de Smith, la discusión para este autor en torno a la ganancia giraba alrededor de su magnitud, “su única preocupación es determinar el monto de la ganancia, cuanto se eleva o se reduce, como afectan estos movimientos a los precios” (Kicillof, 2013/2010, pp.359-360). Ya fuera a través de la inversión y su retorno a manera de ganancia (Smith), o de la ganancia como algo inherente a la economía de mercado (Ricardo), ésta aparecía en la teoría económica como pilar del desarrollo capitalista.

La obtención de ganancia, entendida también como riqueza, se convertiría en un debate central en la economía política debido a que Smith aducía que “existe un tope máximo para el crecimiento de la producción debido a que una vez alcanzado ese punto, los negocios rentables simplemente se acaban y a los capitales sólo les queda la posibilidad de competir entre sí, reduciendo su tasa de ganancia” (Kicillof, 2013/2010, p. 105). Esta mirada sería cuestionada más adelante por Say y por Ricardo, y alimentaría un debate que retomaría Keynes en 1936 (Kicillof, 2013/20, pp.105-106).

En contraposición al análisis de Smith sobre los límites de la ganancia, Say expuso que:

Todos los incrementos de la producción pueden siempre ser colocados en el mercado con provecho. Dicho en términos más modernos, la ganancia no declina con el aumento de la producción –o, lo que es lo mismo, no se registra una tendencia al estancamiento- debido a que todo crecimiento de la producción (“oferta”) genera un crecimiento equivalente del poder de compra (“demanda”). La formulación convencional de la llamada Ley de Say es la siguiente: “la oferta crea su propia demanda”. Lo cual viene a contradecir rotundamente lo que se dice en *La riqueza*, donde se plantea la existencia de un techo para colocar la producción (Kicillof, 2013/2010, p. 106).

Ricardo también apoyaba las observaciones de Say que se oponían a la visión de estancamiento de Smith, ya que este decía:

Mr Say ha evidenciado de forma muy satisfactoria, sin embargo, que no hay cantidad de capital que no pueda ser empleado en un país, porque la demanda está limitada únicamente por la producción. Ningún hombre produce si no es para consumir o vender, y nunca vende si no es con la intención de comprar alguna otra mercancía que le pueda ser de utilidad inmediata, o que pueda contribuir a una producción futura. Al producir, entonces, el hombre se transforma necesariamente en consumidor de sus propios productos, o en comprador y consumidor de los productos de alguna otra persona (Ricardo (1817) 1993: 216-217, en Kicillof 2013/2010, p. 154).

A lo que Ricardo hacía referencia, es que quien genera ganancia en forma de acumulación de dinero siempre se lo gastará (Kicillof 2013/2010, p. 155). Este es un elemento esencial en las lógicas y racionalidades que le dieron forma a la ciencia económica a partir de los textos de los liberales clásicos, porque los autores posteriores se olvidaron de la observación de Smith (Hasta que fue retomada por Keynes en 1936) y aceptaron como única la mirada de Say y Ricardo. Al hacer esto, lograron justificar la inexistencia de los límites en la producción, y por lo tanto, dieron paso a racionalizar la ganancia cada vez mayor como algo inherente y deseable en la dinámica capitalista.

Igualmente, la ganancia necesitaba materializarse en algo para poder ser expresada y medida, y es así como comienza a masificarse el uso del dinero representado en el oro y la plata. A partir de (1817), el dinero adquirió otra característica que se mantendría en el tiempo, según Ricardo “es el medio con que se estima el valor o se expresa el precio” (como se citó en Kicillof, 2013/2010, p.146). Esta nueva característica del dinero se convirtió en la medida para justificar su circulación al interior de una unidad territorial. Lo anterior significaba que el valor total del dinero existente en un territorio, se correspondería con igual cantidad de oro y de plata, en ese sentido, el valor del dinero estaba respaldado en el valor de uso social del oro y la plata.

El valor que se supone representa el dinero, es un intangible que se materializó a finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX (Polanyi, 1911/1944) en símbolos socialmente aceptados como el oro, la plata, los billetes y las monedas. Esta adopción física del valor era necesaria para que el dinero desempeñara su rol como medio de intercambio, facilitando todo tipo de transacciones. Inclusive, el dinero, entendido como el salario en los orígenes de la economía de mercado, “funciona como poder de compra en manos de sus propietarios” (Polanyi, 2011/1944, p.118). Esto significa que el resultado de utilizar el salario obtenido mediante el trabajo, era acceder a las mercancías y servicios disponibles en el mercado.

En el marco de la justificación de la ganancia como algo inherente a la economía de mercado, y de la aceptación social en la adopción masiva del dinero, surge el ideal de un mercado autorregulado y un comercio mínimamente intervenido, como resultado de una interpretación diferente sobre la “mano invisible” de Adam Smith. Esta expresión, que comúnmente ha sido asociada a la autorregulación en solitario y casi mágica de la economía de mercado, se entiende como el potencial que tienen la oferta y la demanda de toda la producción, para nivelarse en función del equilibrio del mercado. Sin embargo, a lo que este autor se refería, era a que la búsqueda del interés privado, el de la “ganancia propia”, promovía al mismo tiempo y sin conocimiento del individuo, el interés de la sociedad en general (Kicillof 2010/2013, p. 35).

Como un refuerzo al argumento anterior, Adam Smith (1723-1790), consideraba que adentro de “el nuevo orden económico (...) existen determinadas leyes que aseguran la coordinación entre todas sus partes componentes e incluso que la libre operación de estos mecanismos no hace otra cosa que promover el bienestar del conjunto” (Kicillof, 2013/2010, p.31). Esta forma de entender la ganancia al interior de una economía de mercado incipiente, fue el comienzo de la racionalidad económica que auguraba el progreso social, como resultado de la distribución de la riqueza entre las personas, a través del gasto obligado (según Ricardo), que sucedía a toda forma de ganancia.

En este sentido, la autorregulación se convirtió en uno de los pilares de la economía de mercado, la cual significaba “un sistema económico controlado, regulado y dirigido sólo por los precios del mercado; el orden de la producción, y distribución de bienes se encomienda a este mecanismo autorregulado” (Polanyi, 2011/2014, p 118). Tomando como referencia esta definición de la economía de mercado al comienzo del siglo XIX, se puede inferir dos elementos: el primero es

que todos aquellos que se adherían a la dinámica capitalista lo hacían apropiando esta racionalidad, la de una economía de mercado autorregulada.

El segundo elemento que se extrae a partir de la definición de economía de mercado de principios del siglo XIX realizada por Polanyi, es que los precios desempeñaban un rol fundamental en el impulso al proceso productivo. Al mismo tiempo, los precios dependían del dinero para convertir en tangible todo futuro intercambio capitalista, ya que el dinero “funciona como un poder de compra en manos de sus propietarios” (Polanyi, 2011/1944, p.118), y es a su vez un mecanismo que orienta el alcance de la producción, la oferta, así como la distribución de los bienes producidos (p.118). La lógica económica utilizada en ese entonces implicaba que quienes más dinero tenían, poseían mayor poder de compra, y viceversa. En este sentido, la demanda estaría condicionada por el poder de compra de las personas, entendiéndose esto como la capacidad adquisitiva de la gente a través de la obtención de dinero como resultado de un salario. La oferta de productos estaría así mismo condicionada por la cantidad de dinero circulante, repartido en forma de salarios y ganancias. Esto significaba que todo lo producido teniendo en cuenta los precios, tenía el potencial y hasta la garantía teórica de ser comprado en el mercado.

Las racionalidades económicas que emergieron en y con la teoría liberal clásica y sobre todo aquellas relacionadas con la ganancia, el dinero y la autorregulación, integran el intento de éstos autores por explicar un sistema emergente y rápidamente dominante, el capitalista, a través de dilucidar sus leyes y formas de operación, defendiendo el nuevo sistema, tratando de descubrir elementos para promover su expansión (Kicillof, 2013/2010, p. 32). Todas estas apreciaciones sobre la economía de mercado, marcarían una tendencia en los análisis económicos del capitalismo del siglo XIX; de tal forma, que influenciarían de manera significativa a la corriente que sucedió a la teoría liberal clásica, el marginalismo.

## **1.2 Segundo momento: el marginalismo revolucionario y el marginalismo de Marshall**

La escuela ricardiana, aquella que comenzó después de la publicación de *Los principios* en 1817, logró un nivel de madurez alrededor del año 1850 gracias a los aportes realizados a la teoría clásica por Stuart Mill. De esta forma, la escuela Ricardo-Mill construyó una teoría del valor referido a las mercancías, que se basaba en el tiempo de trabajo invertido en su fabricación (Kicillof,

2013/2010, p.162). Esta teoría del valor de base ricardiana, se convirtió en el objetivo de las críticas de los primeros economistas marginalistas hacia la década de 1870. Entre éstos se encontraban Jevons, Warlas y Menger.

Sin embargo, la definición del valor como “cantidad de trabajo aplicado directamente en la producción de una mercancía” (Kicillof, 2013/2010, p. 164), comienza a ser refutada por los primeros marginalistas por su inconveniencia en el establecimiento de los precios, ya que si el valor de una mercancía está dado por el tiempo de trabajo que toma su producción, se presenta una contradicción en el establecimiento del valor cuando iguales mercancías son elaboradas mediante mecanismos de producción diferentes y con tiempos de elaboración diferentes.

Los primeros marginalistas, entendieron el valor de otra manera. Para éstos, “el valor no es un atributo de los bienes, sino una circunstancia a la que éstos son sometidos por los hombres. De aquí se sigue que las mercancías no son valores, sino que son los individuos quienes les atribuyen un determinado valor en el momento mismo del intercambio” (Kicillof, 2013/2010, p. 177). Esta racionalidad económica sobre el valor, diferente a la expresada por Ricardo en torno al trabajo aplicado, generaría unas consecuencias teóricas importantes de resaltar.

La primera, es que el valor de las mercancías solo podría ser determinado al momento del intercambio, lo que significa que estas no tendrían un valor fijo anclado a las condiciones de producción, y por lo tanto, se necesitaría una unidad de medida diferente para dotar de valor las mercancías; esta forma de medir el valor se haría a partir de la “utilidad”. La segunda, es que esta unidad de medida para cuantificar el valor de las mercancías, se encuentra condicionada por la subjetividad de quienes participan en un intercambio. De esta forma, el intercambio propuesto por los primeros marginalistas, conocido como “intercambio puro” (Kicillof, 2013/2010, p. 181), dota de valor a las mercancías de una forma similar al trueque, condicionando el cambio a la cantidad de bienes disponibles y a las necesidades que éstos puedan suplir, en otras palabras, a la utilidad que estos puedan proveer. (Kicillof, 2013/2010, p. 179).

La utilidad y la cantidad se convertirían en el punto central de la propuesta de los primeros marginalistas para refundar la teoría clásica del valor, relacionándose de forma directa con el valor de uso de las mercancías. La lógica de este racionamiento era la siguiente: “las mercancías que en

el ejercicio hipotético del intercambio puro se hacen presentes en grandes cantidades, más allá de su utilidad total, obtendrán una valoración muy reducida” (Kicillof, 2013/2010, pp. 182-183). Lo anterior quiere decir, según estos autores, que la utilidad de una mercancía es dada según la última cantidad disponible. Para ejemplificar esto, los marginalistas usaron la paradoja del agua y el diamante. “la utilidad de la última porción de agua es pequeña –porque hay agua disponible en abundancia- mientras que la utilidad de la última porción de diamante es elevada –porque la cantidad disponible es pequeña-. A contramano de lo que sostenían Smith y Ricardo, el valor de uso (la utilidad de la última porción), determina el valor de cambio (la relación de intercambio)” (Kicillof, 2013/2012, p. 183). Al reducir el intercambio puro a una cuestión de utilidad y cantidad, “el marginalismo representa a la producción capitalista como una actividad que no está regida por el afán de lucro, tal como lo hacía la teoría clásica” (Kicillof, 2013/2010, p. 184). Como consecuencia de esto, la teoría clásica promotora de la ganancia como condición que tiende al bien común, se halló superada por una nueva teoría, la marginalista de Jevons, Walras y Menger, quienes identificaron la utilidad de una mercancía como algo ligado a las “leyes del disfrute humano”, a sus necesidades y deseos (Kicillof, 2013/2012, p. 185).

A partir de la mirada marginalista sobre el valor y su influencia sobre el establecimiento de los precios, Walras (1874) integra la utilidad y la cantidad (limitación) de las mercancías en el concepto de escasez (Kicillof, 2013/2010, p. 200). Desde este momento, la escasez se convertiría en parte integral de la teoría económica, y ayudaría a naturalizar la noción de valor como algo inherente a los objetos y no a su forma de producción. Estos “atributos propios” de los objetos, que les otorgan valor más allá de cualquier otra consideración, necesitaban del dinero para facilitar la movilidad de las mercancías al interior de una economía de mercado.

El rol del dinero en este primer momento del marginalismo se encontraba limitado a ser un medio de cambio, ya que no hubo un desarrollo de una teoría del dinero y su valor de cambio era fijo. De todo esto se desprende que la noción de utilidad era la variable independiente que hacía posible los intercambios en el sistema de los primeros marginalistas. Adoptando esta forma de dotar de valor los objetos resultantes del sistema productivo, Menger (1871) propuso una escala que hacía posible dictaminar el valor desde la utilidad, permitiendo el establecimiento de precios en los que ya el dinero desempeñaba un rol puntual para favorecer el intercambio.

Así, Menger (1871) dio luz a otra racionalidad que se quedaría en la teoría económica subsiguiente, y es la de entender la utilidad de las cosas en relación con los bienes de primer orden “aquellos que sirven para la satisfacción inmediata de nuestras necesidades, como los alimentos, bebidas, vestidos, objetos de adorno o cosas similares”(Kicillof, 2013/2010, p. 200), los bienes de segundo orden “aquellos que aunque no pueden satisfacer inmediatamente las necesidades humanas, pueden hacerlo de forma mediata” (Kicillof, 2013/2010, p. 200), los bienes de tercer orden que apoyan la producción de los anteriores y los bienes de cuarto orden que vendrían a ser las fábricas, el espacio de los cultivos entre otros.

En atención a todo lo dicho, se puede resumir que el marginalismo revolucionario, o el primer marginalismo, tomando como punto de referencia el análisis de Kicillof (2013/2010), fue aquel que tuvo su máxima expresión en la década de 1870. Los autores que representaron este periodo, Jevons, Walras y Menger adoptaron una teoría del valor diferente a la construida por los clásicos, centrada en la utilidad y no el proceso productivo. Al hacer esto, dilucidaron una ley de la economía, la utilidad marginal de donde se desprende el nombre de marginalismo.

Así, la utilidad marginal, la última porción de algo comenzó a ser la variable independiente en la forma de otorgar valor a lo producido. Bajo esta lógica económica, la teoría del valor marginalista carece de una teoría de la distribución y por lo tanto promueve un sistema teórico productivo que no reconoce a la ganancia como parte central del proceso capitalista. Encadenando esta mirada, la autorregulación del mercado y los mercados mínimamente intervenidos no eran parte de la discusión teórica por la misma razón, a falta de una teoría de la distribución, el intercambio era mediado estrictamente por quienes participaban de él, en ese sentido, la economía era por naturaleza, una actividad desregulada. Por último, el dinero no desempeñaba un rol diferente al de ser un medio de cambio socialmente aceptado, divisible y transportable.

El marginalismo, a pesar de haber construido un marco teórico en torno a la teoría del valor en la década de 1870, no se convertiría en el centro de la teoría económica capitalista sino hasta 1890, cuando Alfred Marshall publica el homónimo “Principios de Economía” en un intento por integrar la teoría del valor de los clásicos, con la teoría del valor dependiente de la utilidad marginal abordada por Jevons, Walras y Menger.

Según Marshall, “la marginalista y la clásica son dos versiones parciales e incompletas de una misma teoría del valor” (Kicillof, 2013/2010, p. 209), lo que lleva a este autor a considerar que “los fundamentos de la teoría tal como los dejó Ricardo permanecen intactos; que se les ha agregado mucho y que se ha construido bastante sobre los mismos, pero que se les ha quitado muy poco” (Kicillof, 2013/2010, p. 209). De esta forma Marshall, retoma la teoría del valor centrada en la producción, y específicamente en los costos de producción. Esta mirada, argumenta Marshall siguiendo a Stuart Mill, fue defendida por Ricardo más allá de sus argumentos de una teoría del valor centrada en tiempo de trabajo. Así pues, volvía al centro de la discusión económica la teoría del valor como dependiente de los costos de producción, que nació con las observaciones de Smith y que gracias a Marshall, se armonizaron con las interpretaciones de Ricardo (Kicillof, 2013/2010).

Marshall une la teoría clásica y la marginalista introduciendo un nuevo elemento, el tiempo, el cual “tiene un poderoso influjo sobre el precio” (Kicillof, 2013/2010, p. 211), y por consiguiente, es central en la determinación del valor de las mercancías y con ello es vital para el establecimiento del precio. El tiempo entendido como espera y el trabajo, “representan los costos reales de toda mercancía. Estos costos reales se expresan como costos monetarios y, bajo la figura del precio normal, regulan los precios” (Kicillof, 2013/2010, p. 222). Así es como se configura la propuesta de Marshall en lo que se refiere a la teoría del valor, como una unión entre el trabajo (mirada de Ricardo) y espera (mirada de utilidad marginalista).

Presentado de una manera sintética, los costos de producción en Marshall, pueden entenderse como el *precio normal* de las mercancías. Sobre este precio normal se presentarán algunas variaciones constituyendo el *precio del mercado*; en este sentido, los precios del mercado son “desviaciones con respecto a la posición de reposo establecida por el precio normal” (Kicillof, 2013/2010, p. 217), pero estas desviaciones tienden a ser equilibradas por las propias dinámicas del mercado. El ejemplo es el siguiente, tomado del mismo Kicillof (2013/2010, p.117): cuando el precio de una mercancía se posiciona por encima del precio normal, habrá un estímulo a aumentar la producción debido a una mayor rentabilidad; cuando el precio del mercado se encuentra por debajo del precio normal, la cantidad de productos ofertados en el mercado disminuye. De esta forma se igualan la oferta y la demanda para alcanzar el *precio normal* y el *equilibrio normal*.

Surge entonces una interesante pregunta ¿Cuál es el mecanismo que usan los productores para igualar la oferta en función de la demanda? La respuesta proporcionada es la rentabilidad, “siguiendo al pie de la letra la explicación clásica, Marshall afirma que para tomar una decisión respecto de la cantidad a producir y llevar al mercado, los productores no hacen otra cosa que estimar sus beneficios” (Kicillof, 2013/2010, p.216). Como resultado de lo anterior, el marginalismo, a través de Marshall, hace un retorno a la ganancia como elemento central de la dinámica capitalista. Vuelve así a tomar fuerza la noción de ganancia como elemento dinamizador de los ciclos productivos.

Al introducir la ganancia nuevamente en el esquema de la teoría económica, y al sumarle los interrogantes asociados a los salarios y las rentas, Marshall dotó al marginalismo de una teoría de la distribución que acompañó su teoría del valor. Según Kicillof, Marshall no tuvo más remedio que seguir avanzando en la maduración de su teoría económica, cuando comprendió que los costos de producción de una mercancía generan dinámicas capitalistas en la producción de otras mercancías y que estas “ganancias”, entendidas en forma de dinero, son distribuidas a través de los salarios y las rentas al interior del sistema capitalista.

Cuando Marshall en su teoría de la distribución hace referencia a la ganancia, los salarios y las rentas, está indicando que estos elementos se expresan en unidades monetarias (Kicillof, 2013/2010, p. 236), abriendo así de manera directa el interrogante de qué hacer con el dinero percibido (que tiene valor fijo y se entiende como ganancia) como resultado de poner en el mercado las mercancías surgidas de la actividad productiva. Considerando su adhesión a la Ley de Say (toda oferta se corresponde con una demanda), Marshall creía que toda la riqueza generada, acumulada en forma de dinero o distribuida como salarios y rentas se reinvertía en el sistema productivo, y que toda nueva producción podía ser ofertada encontrando de manera recíproca una demanda en el mercado. Así, en una situación de equilibrio, no habría límites a la producción y todo el trabajo podría ser empleado y todas las mercancías puestas en el mercado podrían ser ofertadas encontrando compradores. Por lo tanto, no debería haber en el sistema crisis económicas o desocupación laboral. No solo eso, las condiciones del mercado estarían a partir de este momento, condicionadas por la oferta y la demanda de mercancías en función de los precios normales, cualquier desviación hacia precios del mercado superiores o inferiores a los costos de producción,

o cualquier desviación hacia el desempleo, serían el resultado de prácticas humanas en contravía del avance del sistema económico.

Esta mirada marshaliana en torno a Ley de Say, y en torno al equilibrio del mercado del capital (precios) y del trabajo (empleo), se convertiría en una racionalidad dominante en la teoría económica ortodoxa. Bajo esta interpretación de los fenómenos capitalistas, las contingencias en el mercado nunca estarían relacionadas con sus imperfecciones o contradicciones, ya que la economía de mercado por sí sola, estará constantemente en un proceso de búsqueda de equilibrio (Kicillof, 2013/2010, p. 248), de existir problemas en el mercado estos serían por la responsabilidad de las decisiones adoptadas por los hombres en torno al sistema productivo.

La teoría de Marshall, se mantendría sin mayores variaciones hasta la Gran Depresión de 1929. Con este fenómeno, la teoría marginalista sería puesta a prueba, haciendo evidente sus dificultades para alcanzar el equilibrio que tanto promovía. A pesar del declive de la teoría marginalista/clásica en la década del 30 del siglo XX, el primer marginalismo y el marginalismo marshalliano imprimieron en la economía política racionalidades que terminarían siendo utilizadas de manera frecuente en los planteamientos a favor de la economía de mercado. De esta forma, nociones sobre bienes de primer, segundo, tercer y cuarto orden, entraron a hacer parte de las racionalidades macroeconómicas. También entraron a hacer parte de estas racionalidades, elementos referidos a la escasez de mercancías valoradas a partir de su utilidad y cantidad. Al final de este periodo, el retorno de Marshall a las observaciones hechas por los clásicos, volvió a poner en el centro de la dinámica capitalista la ganancia, materializada en la acumulación de capital (expresado mayormente en dinero) en un entorno de un mercado mínimamente intervenido por el Estado. Fue entonces que Keynes, al advertir que la teoría clásica/marginalista no se correspondía con su coyuntura (década 1930) y en un intento por dilucidar otra estructura económica que permitiera la salida de la crisis financiera global, propone una teoría del gasto público que cuestionaría los logros de Marshall.

### **1.3 Tercer momento: el keynesianismo y la crítica a la economía marginalista**

John Maynard Keynes (1883-1946), fue un economista británico formado en la ortodoxia de la teoría económica marginalista/marshalliana. Sin embargo, la teoría mashalliana se enfrentó a una

coyuntura en las primeras tres décadas del siglo XX que distaba de las predicciones de equilibrio económico. Las problemáticas sociales que se alejaban de la teoría económica estaban referidas a dos cuestiones bien definidas: por un lado, la caída del patrón oro como unidad fija de valor, por el otro, el desempleo prolongado en el periodo conocido como la Gran Depresión (Kicillof, 2013/2010, p. 255). Siendo consciente de las dificultades del modelo económico ortodoxo, Keynes se dio a la tarea de construir una nueva propuesta teórica que permitiera superar las dificultades mencionadas anteriormente. De esta forma, publica en 1936 su libro más reconocido “Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero”, en el que cuestiona los hallazgos de Marshall y su armonización con los clásicos, abriendo todo un nuevo campo de macroeconomía fundada en el aumento estatal del gasto público.

De forma determinante, fueron los sucesos en torno al pleno empleo los que llevaron a Keynes a romper con la teoría marginalista de la economía política, ya que “el modelo neoclásico podía ser válido en ciertas condiciones de pleno empleo que los neoclásicos consideraban el caso normal pero que para Keynes era el caso especial, siendo normal el de un desempleo sustancial de recursos humanos y materiales” (Bustelo, 1999, p. 83). La obra de Keynes se aparta de forma directa de la llamada Ley de Say, “esta ley, según la cual no puede existir un exceso de producción en relación a la demanda, supone que la tendencia natural del capitalismo consiste en corregir automáticamente los desajustes periódicos del sistema” (SARPE, 1983, p. 9). En otras palabras, la relación de la Ley de Say con el desempleo en la teoría marginalista, indica que el problema de la ocupación laboral en el corto plazo, debería tener una tendencia a superarse y estabilizarse de manera autorregulada.

En oposición a estas ideas, “Keynes demostró que en el sistema económico capitalista puede darse, y de hecho se da, una situación permanente en el que los factores productivos no son utilizados en todo su potencial” (SARPE, 1983, p. 9). Con esto quería decir, que no toda la oferta proveniente del sistema productivo se correspondía necesariamente con una demanda, lo que venía a significar en función del desempleo, que este no tenía la forma de corregirse de forma automática en un sistema económico de mercado.

Cuando Keynes puso en evidencia que el “sistema no podía regenerarse por sí mismo si no mediaba la voluntad política del Estado y su intervención directa en la economía global de un país”

(SARPE, 1983, p. 10), rompió con los cimientos de la autorregulación en una economía de mercado. A partir de estas observaciones, condensadas en su obra de 1936, las medidas proteccionistas del Estado, con el objetivo de proteger mercados nacionales y regionales, estimularlos y asegurar un nivel de ocupación laboral cercano al pleno empleo, adquirieron aceptación y tomaron sentido dando inicio a otra racionalidad en la gestión del Estado. Esta nueva regulación macroeconómica, comenzó a partir de Keynes, a manifestarse por medio de la intervención del Estado en la fijación de salarios y el aumento planificado del gasto público.

Para concretar el pensamiento de Keynes, merece presentar la siguiente reflexión mayor de SARPE (1983) sobre este autor:

El núcleo del pensamiento económico de Keynes admite ser explicado así: en una economía capitalista desarrollada, la inversión global determina el volumen de la renta; al mismo tiempo determina también el nivel de ahorro y el tipo de interés. Esta inversión depende de lo que Keynes describió como eficiencia marginal del capital. Mientras el consumo muestra tendencia a permanecer estable a lo largo de ciertos periodos, el volumen de inversión tiene grandes oscilaciones que determinan las fluctuaciones del empleo y de la renta global de un país. Así, la eficiencia marginal del capital depende de las expectativas que los empresarios tengan sobre el futuro inmediato; cuando, en una situación de crisis prolongada, estas expectativas son pobres, las inversiones tienden a reducirse y a generar la aparición de grandes ejércitos de mano de obra sin empleo. Para Keynes, las leyes internas del capitalismo eran incapaces de corregir esta tendencia; para el mantenimiento del nivel necesario de inversiones era necesario en los países avanzados, que el estado generara empleo por medio del gasto público.

El modelo propuesto por Keynes establece que el empleo y la renta dependen de la demanda global; el paro hace su aparición cuando existe una demanda insuficiente; si los tipos de interés son superados por la eficacia marginal del capital, los empresarios ampliarán el volumen de sus inversiones, lo que redundará en un aumento del empleo y, consecuentemente, de la producción y de la renta global (...) Al postular una intervención cada vez mayor del Estado en los mecanismos de la macroeconomía, al apoyar la construcción de un fuerte sector estatal en la industria, Keynes se acercó a muchas posiciones defendidas por el socialismo (...) Por otra parte, nunca dejó de advertir los peligros de una intervención estatal en los sutiles y a menudo desconocidos mecanismos de la economía capitalista. Mostró ante los demasiado entusiastas del estatismo la bandera de peligro de un desaliento empresarial que conduciría a un descenso de la inversión. Tal vez en lo que Keynes coincide más con determinados sectores socialdemócratas es en el efecto universalmente bienhechor que adjudican a la redistribución de la renta. Al beneficiar a las capas más débiles –que tienen el mal gusto de ser la mayoría-, esta redistribución contribuye al incremento del consumo y, por tanto, al de la demanda global (pp. 11-12).

En el medio de una política estatal fuerte, que permitiera altos niveles de ocupación laboral que se tradujeran en mayor demanda agregada por parte de los ciudadanos dinamizando la economía sin desestimar la inversión privada, Keynes introdujo en la *Teoría General* una “innovación sustancial” (Kicillof, 2013/2010 p. 295) cuando adjudicó a la cantidad de dinero disponible y al

gasto público (inversión pública) la capacidad de ser “variables independientes (...) determinadas por la libre voluntad del gobierno” (Kicillof, 2013/2010, p. 295). Al hacer esto, el modelo keynesiano posibilitaba el análisis prospectivo sobre los efectos de la intromisión del Estado en las cuestiones económicas, previendo así el logro de objetivos direccionados a un nivel de equilibrio cercano al pleno empleo. Sin proponérselo, Keynes sentaba las bases de lo que posteriormente se conocería como economía del desarrollo.

En relación con el dinero, la *Teoría General* exponía que éste no debía ser considerado únicamente como medida de valor o un simple medio de circulación (Kicillof, 2013/2010, p. 302), ya que el dinero poseía una característica distintiva y propia, que ni los clásicos ni los marginalistas abordaron en sus construcciones teóricas; esta particularidad del dinero consistía en que éste “cuenta con una demanda que le es propia y exclusiva y que no está exclusivamente subordinada al deseo de adquirir otras mercancías” (Kicillof, 2013/2010, p.302). Lo anterior significa que no necesariamente el dinero es medio de cambio en todo momento ya que Keynes hacía referencia a la “reserva líquida”. Ese deseo humano por atesorar el dinero, lo que supone que este no siempre está disponible para ser gastado o invertido en el ciclo económico.

Atesorar dinero como garantía de la ganancia es una racionalidad que a partir de Keynes toma forma y logra ser justificada y aceptada:

¿Por qué razón alguien habría de conservar su riqueza en forma de dinero en efectivo, que no rinde interés alguno, cuando dispone de una opción que en apariencia es siempre más provechosa? La respuesta de Keynes es taxativa: la causa por la cual los individuos atesoran dinero es la incertidumbre (Kicillof, 2013/2010, p. 288).

Debido a esta incertidumbre sobre el valor futuro de las inversiones, existen individuos que tienen cierta “preferencia por la liquidez”, de esta forma el dinero no solo es medio de cambio dotado de valor, es también objeto de deseo y atesoramiento como forma de hacer tangible el poder de compra.

De todo lo dicho anteriormente, se desprende la idea de un keynesianismo surgido de las contingencias en la teoría clásica y marginalista, que emergió como modelo para sacar de la crisis económica a los Estados desarrollados tras la Gran Depresión de 1929. Gracias a su *Teoría General*, Keynes estableció como deseable un aumento del gasto público a manera de déficit

presupuestario, para garantizar un equilibrio cercano al pleno empleo, al tiempo que propendía por agrandar el tamaño del Estado en la estructura económica industrial.

Al hacer esto, Keynes abandonó la tesis de una economía de mercado autorregulada, demostrando la necesidad de que el gobierno interviniera en las cuestiones macroeconómicas del Estado. Por ser una propuesta de solución a la crisis del desempleo de la década de 1930, la Teoría General es una construcción de corto plazo en la que no se percibe un desarrollo conceptual de la ganancia, ya que el centro de la propuesta keynesiana es la superación del desempleo al interior de unas dinámicas nacionales, y no la acumulación de capital como motor del desarrollo capitalista. Adicionalmente, hay en esta formulación teórica la exaltación de una racionalidad en torno al dinero, que no había sido tomada en cuenta en los análisis anteriores, el atesoramiento del dinero por parte de las personas como “reserva líquida”.

A manera de resumen, los aportes de Keynes a la economía política finalizando la primera mitad del siglo XX, fueron fundamentales en la construcción de un Estado regulador de la economía nacional. Al hacer esto, Keynes trastocó la visión autorreguladora del mercado, defendida por los clásicos y los marginalistas, Keynes, también promovió que emergieran “otras” racionalidades económicas al interior de un enfoque capitalista: entre estas racionalidades se encuentra el aumento del gasto público, la existencia de un estado de equilibrio sin llegar al pleno empleo y el abordaje del atesoramiento del dinero como algo inherente al deseo humano por asegurar su poder de compra. En la economía keynesiana la autorregulación no es deseable, el dinero es atesorado al tiempo que es medio de cambio dotado de valor, y la ganancia no posee un desarrollo conceptual que permita intuir un Keynes a favor de la acumulación del capital privado y sin límites. No hay que olvidar que el centro de la discusión y de la problematización keynesiana es alejar a los Estados desarrollados del fantasma del desempleo y la inflación.

De manera paralela al desarrollo teórico y práctico de la economía keynesiana, surgió en el seno de la escuela de Austria y la escuela de Chicago en la década de 1940, una corriente de pensamiento que se oponía a la visión keynesiana de un Estado regulador con capacidad de intervenir en las dinámicas económicas nacionales. El neoliberalismo, como se conocería a esta forma de administrar los asuntos macroeconómicos sustituyó las políticas keynesianas cuando éstas evidenciaron un agotamiento en su capacidad de respuesta a la ciudadanía alrededor de 1970 en

los países desarrollados. A partir de esta fecha, las elaboraciones conceptuales hechas por los académicos neoliberales de Austria y Estados Unidos a partir de 1944, serían puestas en práctica en el primer mundo, iniciando en Estados Unidos e Inglaterra, y expandidas como paradigma a través del mundo subdesarrollado.

#### **1.4 Cuarto momento: el nacimiento del neoliberalismo y la consolidación del individualismo**

El neoliberalismo tiene su origen a mediados del siglo XX en las teorías propuestas por la escuela de Austria, en cabeza de Von Hayek, y también, por la escuela de Chicago, dirigida por Milton Friedman; aunque tiene precursores como Spencer y Reuff. Estos últimos problematizaron sobre la conveniencia de estructurar un marco de intervención mínimo por parte del Estado en los asuntos económicos, apelando a la libertad del mercado como garantía de progreso (Cardoso, 2006).

La influencia de Hayek y Friedman es considerable en el desarrollo macroeconómico de la segunda mitad del siglo XX, sobre Hayek, se puede decir que fue el “promotor e instrumentador del modelo neoliberal” (Cardoso, 2006, p. 185), debido a que en el año 1944 publica su obra más conocida *Camino a la servidumbre* en la que “describe los rasgos generales característicos del modelo neoliberal” (Cardoso, 2006, p. 185); de igual manera fue el impulsor en 1947 de la *Sociedad Mont Pelerin*, una organización multidisciplinaria de economistas y académicos destacados que promovía la defensa de los derechos humanos por medio de su oposición a formas arbitrarias de poder, exaltando la necesidad de un sistema económico caracterizado por la participación permanente de individuos libres. Sobre el segundo, Friedman, Argandoña (1990) dice: “en los libros de historia del pensamiento del siglo XX, Milton Friedman ocupará, sin duda, un lugar importante, probablemente como el economista que más ha contribuido a poner en su lugar la ola de pensamiento keynesiano y a reivindicar las ideas clásicas” (p. 3). Teniendo en cuenta lo anterior, el neoliberalismo es el retorno de las ideas de la economía a sus orígenes como ciencia, un retorno después del keynesianismo a mercados autorregulados y de libre comercio, un regreso a las lógicas y racionalidades de la economía clásica.

El neoliberalismo, es un modelo que tiene su fundamento teórico en la libertad que los individuos tienen de consumir y competir en un sistema económico de mercado, en el que debería haber una

mínima intervención por parte del Estado. En Hayek, según la interpretación de Cardoso (2006) cuando:

El Estado deja de intervenir en la economía, el hombre –casi mágicamente- es capaz de satisfacer sus necesidades, siempre y cuando concurra libremente, en su papel de consumidor, al mercado libre. Lo que no ocurre en una sociedad donde el Estado interviene (p. 186).

La oposición a la intervención del Estado en la economía es fundamental para Hayek, cuando toma partido a favor de la competencia como mecanismo para ordenar el mercado. Parafraseando a Cardoso (2006), Hayek consideraba que la economía no podía ser “organizada ni racionalizada”, por lo que el Estado planificador (Estado intervencionista), debía ser sustituido por un sistema de competencia. Al respecto, Hayek argumentaba:

La competencia, no sólo porque en la mayor parte de las circunstancias es el método más eficientemente conocido, sino, más aún, porque es el único método que permite a nuestras actividades ajustarse a las de cada uno de los demás sin intervención coercitiva o arbitraria de la autoridad (Hayek, 1990:65, citado por Cardoso, 2006, p. 187).

Este ataque “letal al Estado como agente económico” (Cardoso, 2006, p. 191) y la exaltación a la competencia como condición indispensable de la dinámica neoliberal, encuentra su justificación en la racionalidad individualista del neoliberalismo. La visión de Hayek no solo es un retorno a las ideas clásicas de seres humanos luchando por su vida y bienestar en el mundo del mercado en competencia permanente, sino que también es una justificación académica para revivir la noción de un mercado autorregulado.

Sin profundizar demasiado sobre el papel de la autorregulación en el modelo neoliberal, un mercado libre, sin ataduras o restricciones se regula a si mismo gracias a las leyes creadas al interior del propio sistema. La postura de Hayek es contundente en su crítica al Estado intervencionista y su defensa de una economía autorregulada, también lo es la adoptada por Friedman cuando sostiene que “la organización del grueso de la actividad económica a través de empresas privadas en un mercado libre –una forma de organización que llamaré capitalismo competitivo- es una condición necesaria de la libertad individual” (Friedman, 1966, p. 1). Cuando estos dos autores ligan el mercado autorregulado con la libertad individual, logran un salto teórico en la economía política a partir del cual, comenzaría a considerarse la libertad del ciudadano en una relación directa con su capacidad de consumir las mercancías ofertadas en la economía de

mercado. Así, la autorregulación del mercado, o mejor, una mínima intervención del Estado en el mercado, se convertiría en una de las principales racionalidades y objetivos del neoliberalismo.

Para garantizar las libertades individuales en el neoliberalismo, Harvey (2007) sostiene que este “debería favorecer unos fuertes derechos de propiedad privada individual, el imperio de la ley, y las instituciones del libre mercado y el libre comercio” (pp.71-72). De esta forma, sujetos libres tienen la obligación de velar por sí mismos y por su bienestar. La siguiente cita sintetiza este punto:

Mientras la libertad personal e individual en el mercado se encuentra garantizada, cada individuo es responsable y debe responder por sus acciones y de su bienestar. Este principio se extiende a la esfera del sistema de protección social, del sistema educativo, de la atención sanitaria e incluso de las pensiones (...) El éxito o el fracaso personal son interpretados en términos de virtudes empresariales o de fallos personales (Harvey, 2007, p. 73).

A través de la exposición de Harvey sobre las características asociadas a la libertad personal en el neoliberalismo, se puede deducir que en este modelo el Estado tiende a reducir su tamaño y su responsabilidad con el bienestar de la ciudadanía. En este sentido, el rol a ser desempeñado por parte del Estado es ser garante de justicia para dar un marco de seguridad a las actividades económicas capitalistas y adicionalmente, continuar con el monopolio del uso de la violencia, mientras cada ciudadano tiene que velar por sí mismo, y la responsabilidad de su éxito o fracaso es enteramente individual.

Siendo Hayek y Friedman los mayores exponentes de la teoría neoliberal, y habiendo desarrollado un marco teórico a partir de la década del 40 en torno a la promoción de una economía de mercado autorregulada, sus aportes fueron puestos en práctica en Chile en 1973. Este país tuvo el primer ensayo a escala nacional del neoliberalismo después del golpe de Estado realizado en 1973 por el militar Augusto Pinochet. Con el objetivo de reconstruir la economía del socialismo de Allende, Pinochet “convocó a un grupo de economistas conocidos como los “Chicago boys” a causa de su adscripción a las teorías neoliberales de Milton Friedman, que entonces enseñaba en la Universidad de Chicago” (Harvey, 2007, p.14). Las nuevas políticas neoliberales en Chile, con un amplio apoyo del Fondo Monetario Internacional, comenzaron por privatizar activos públicos, abrir el mercado a la extracción desregulada de materias primas en bosques y mares, también privatizaron la seguridad social, la salud, la educación y se garantizó a las compañías extranjeras poder sacar el dinero de las ganancias obtenidas por operaciones en Chile (Harvey, 2007).

A comienzos de la década del 80 el “liberalismo embridado” (Harvey, 2007, p. 18), que hacía referencia a un Estado regulador de sus mercados, y en gran parte al keynesianismo, se encontraba agotado. Este agotamiento era el resultado de un aumento en el déficit fiscal y deuda pública de aquellos que habían adoptado políticas keynesianas en estados de bienestar; al tener una deuda creciente, y presionados por la crisis del petróleo que comenzó en el año 1973, Gran Bretaña y Estados Unidos vieron cómo los niveles de desempleo e inflación (estanflación) aumentaban. En respuesta a esta situación, Thatcher en Gran Bretaña, y Reagan en Estados Unidos, comenzaron a partir de 1980 a impulsar el establecimiento de prácticas neoliberales. Para el comienzo de la década de 1990, la mayoría de los Estados con políticas keynesianas las estaban abandonando.

El neoliberalismo se introdujo en América Latina gracias al “denominado «Consenso de Washington» de mediados de la década de 1990. En él se definían los modelos de neoliberalismo estadounidense y británicos como la respuesta a los problemas globales” (Harvey, 2007, p. 101). Este consenso consistió en una agenda macroeconómica de 10 pasos a seguir por parte de las economías en desarrollo, estos pasos eran: disciplina fiscal, reordenación de las prioridades del gasto público, reforma fiscal, liberalización financiera, tipo de cambio competitivo, liberalización del comercio, liberalización de la inversión extranjera directa, privatizaciones, desregulación y derechos de propiedad (Martínez y Soto, 2012, pp. 46-48). Según Casilda (2002) “el consenso se elaboró para encontrar soluciones útiles sobre la forma de afrontar en la región la crisis de la deuda externa y establecer un clima de transparencia, estabilidad y crecimiento económico” (p. 111). Aplicando este paquete de reformas económicas, los países latinoamericanos podían seguir financiando políticas de desarrollo, al poder acceder a los recursos provenientes de las instituciones internacionales de crédito (Casilda, 2002, p. 115). Con mayor o menor intensidad, las políticas neoliberales se han mantenido en América Latina desde la década del 90 hasta el presente, aunque hay países como Venezuela, Ecuador, Bolivia, Argentina, entre otros, que por momentos y dependiendo del gobernante de turno, han decidido enfrentar el neoliberalismo ampliando su participación en los asuntos económicos y estratégicos del Estado.

De lo expresado hasta el momento en relación con el neoliberalismo, es interesante resaltar que su nacimiento teórico se produjo en pleno desarrollo y expansión del keynesianismo, en el contexto de la Guerra Fría, como oposición al control de la economía de mercado por parte del Estado. Esto fue posible a través de un discurso de la libertad y la competencia, como el modelo más indicado

y más racional para redistribuir la riqueza / ganancia generada. Las concepciones teóricas del neoliberalismo y luego las acciones prácticas de los gobiernos que adoptaron medidas neoliberales, demuestran una racionalidad económica que privilegia la competencia entre seres humanos, sin tener en cuenta las diferencias y desigualdades que puedan existir entre unos y otros; desigualdades que permiten acceder en mejores o peores condiciones a las dinámicas de la economía de mercado.

Otra de las racionalidades que toma relevancia con el neoliberalismo, es su oposición radical al control de la economía por parte del Estado. En otras palabras, el neoliberalismo promueve la existencia de una economía de mercado autorregulada. Adicionalmente, este modelo exalta la libertad de elegir en el mercado como un valor incondicional de su planteamiento, libertad que está ligada a la posibilidad de vender la fuerza de trabajo y de acceder a bienes y servicios a través de la ganancia en dinero producto de esa venta.

En relación a la venta en el mercado de la fuerza de trabajo:

La propuesta de Hayek consiste en la importancia y necesidad de que prevalezca una absoluta libertad de los hombres para acceder al trabajo que mejor le convenga, porque el trabajo será el mecanismo para satisfacer sus necesidades y generar las acciones tendientes a garantizar la reproducción de su libertad (Cardoso, 2006, p. 188).

Esta frase lo que denota es una racionalidad económica en la que el hombre solo a través del trabajo, y de la obtención de dinero como retribución, puede acceder a una verdadera condición de libertad. Libertad que sólo se puede dar, cuando se convierte en consumidor y sus actividades económicas no están restringidas a las arbitrariedades de la planificación económica por parte del Estado. Haciendo referencia al consumidor y a las lógicas que los definen en el neoliberalismo Cardoso (2006), al rastrear el origen de este modelo apunta:

Jacques Reuff (...) describe algunas de las cualidades del neoliberalismo. En primer lugar el destacar la importancia de los sujetos económicos –en especial en su cualidad de consumidores- como claves para garantizar la estabilidad de los precios; pero también para propiciar que mediante esa estabilidad sea posible lograr el orden social y político. Finalmente el consumidor es quién dirige todo el proceso de producción material; porque todos somos consumidores y el consumo es el mejor estímulo para la producción (p. 184).

Esta justificación del consumo imprime un cúmulo de racionalidades propias del capitalismo sobre todo el aparato productivo, estimulando la constante producción de bienes y servicios para ofertarlos en el mercado a la espera de ganancias. Estas racionalidades económicas son las que

validan la explotación de los recursos naturales en favor de actividades extractivas, situación que motiva la existencia de tratados de libre comercio, los cuales justifican el desarrollo de los países atrasados por medio de créditos y endeudamiento. Adicionalmente, estas racionalidades aceptan la reducción sistemática de la seguridad y la estabilidad laboral, al aceptarse como normal la desigualdad material, así como la existencia de monopolios en cabeza de actores económicos privados. Como consecuencia de esto, el neoliberalismo es una práctica económica, pero es también una teoría y filosofía de la libertad y del potencial individual en el mundo del mercado.

### **1.5 A propósito del mercado y sus racionalidades al comienzo del siglo XXI**

A partir de la definición de racionalidades económicas de mercado, realizada en la primera parte del presente capítulo, se entiende que éstas se corresponden con la naturalización de prácticas, ideas, valores y dinámicas provenientes de la economía de mercado. Que emergieron como teoría y praxis durante todo el desarrollo de las teorías capitalistas, y que lograron un nivel de aceptación tan alto entre casi todas las sociedades del mundo, que terminaron por ser elementos normalizados al interior del proceso de distribución de la riqueza en un entorno capitalista. Teniendo en cuenta lo anterior, la Tabla 1 que se presenta a continuación, refleja sintéticamente las racionalidades capitalistas identificadas en los cuatro momentos teóricos de la economía de mercado, señalando aquellas que se mantienen en las prácticas de la economía de mercado del presente, y que además, se encuentran transversalizadas por la mirada de la economía neoliberal.

**Racionalidades al interior de la economía de mercado: Tabla 1**

TEORÍA	RACIONALIDADES	CONSISTE EN:	SE MANIFIESTA ACTUALMENTE
<b>CLÁSICA</b>	<b>Mercado Autorregulado (Oferta y Demanda)</b>	La economía de mercado se autorregula a sí misma. Las leyes de la oferta y la demanda conducen siempre a los mercados a una posición de equilibrio	<b>SÍ</b>
	<b>Ganancia</b>	Percibir utilidades y excedentes monetarios por la producción de un bien o la venta de la fuerza de trabajo	<b>SÍ</b>
	<b>Uso Masivo del Dinero</b>	Aceptación social del dinero como medio de cambio por dos condiciones: ser divisible y transportable	<b>SÍ</b>
	<b>Pobreza</b>	A partir de Ricardo, la pobreza se considera algo inherente a las dinámicas distributivas de la economía de mercado	<b>SÍ</b>
	<b>Ley de Say</b>	Todo oferta se corresponde con una demanda. Todos los bienes ofertados por los productores tienen demandantes que van a adquirirlos	<b>MÁS O MENOS</b>

<b>TEORÍA</b>	<b>RACIONALIDADES</b>	<b>CONSISTE EN:</b>	<b>SE MANIFIESTA ACTUALMENTE</b>
<b>MARGINALISTA</b>	<b>Utilidad Marginal</b>	La utilidad de un bien está condicionada por la cantidad del mismo.	<b>SÍ</b>
	<b>Bienes de primer, segundo, tercer y cuarto orden</b>	Se entiende la utilidad de los bienes, en función de las necesidades que suplen para los seres humanos	<b>SÍ</b>
	<b>Ganancia</b>	El dinero que denota la ganancia no se guarda ni se acumula, todo se reinvierte en el sistema productivo	<b>NO</b>
	<b>Tiempo</b>	Vital para determinar el valor de las mercancías y el establecimiento de los precios. La ganancia por una inversión a largo plazo debe ser mayor que la ganancia en una inversión de corto plazo	<b>SÍ</b>
	<b>Pleno Empleo</b>	Se entendía como el estado de equilibrio de la dinámica capitalista. En otras palabras, el pleno empleo era el estado natural del sistema.	<b>NO</b>
	<b>Ley de Say</b>	Todo oferta se corresponde con una demanda. Todos los bienes ofertados por los productores tienen demandantes que van a adquirirlos	<b>MÁS O MENOS</b>

TEORÍA	RACIONALIDADES	CONSISTE EN:	SE MANIFIESTA ACTUALMENTE
<b>KEYNESIANISMO</b>	<b>Atesoramiento del Dinero</b>	Está ligado al deseo humano, a la satisfacción generada por la certeza de poseer poder de compra en la economía de mercado. Hace tangible el poder de compra.	<b>SÍ</b>
	<b>Pleno Empleo</b>	En Keynes el pleno empleo es un caso especial siendo normal un desempleo sustancial de recursos humanos y materiales en el cual se puede estar en una condición de equilibrio	<b>NO</b>
	<b>Aumento del Gasto Público</b>	Keynes estableció como deseable un aumento del gasto público a manera de déficit presupuestario para garantizar un equilibrio cercano al pleno empleo, al tiempo que propendía por agrandar el tamaño del Estado en la estructura económica industrial.	<b>NO</b>

TEORÍA	RACIONALIDADES	CONSISTE EN:	SE MANIFIESTA ACTUALMENTE
<b>NEOLIBERALISMO</b>	<b>Libertad Individual</b>	Cuando “el Estado deja de intervenir en la economía, el hombre –casi mágicamente– es capaz de satisfacer sus necesidades, siempre y cuando concorra libremente, en su papel de consumidor, al mercado libre. Lo que no ocurre en una sociedad donde el Estado interviene”	<b>SÍ</b>
	<b>Competencia</b>	La competencia, es el modelo más indicado y más racional para redistribuir la riqueza / ganancia generada	<b>SÍ</b>
	<b>Ganancia</b>	Percibir utilidades y excedentes monetarios por la producción de un bien o la venta de la fuerza de trabajo	<b>SÍ</b>
	<b>Autorregulación del Mercado</b>	La economía de mercado se autorregula a sí misma. Las leyes de la oferta y la demanda conducen siempre a los mercados a una posición de equilibrio. Permite a nuestras actividades ajustarse a las de cada uno de los demás sin intervención coercitiva o arbitraria de la autoridad”	<b>SÍ</b>
	<b>Estado Mínimo</b>	Estado garante de Seguridad y Justicia para correcto desenvolvimiento de los mercados financieros. El bienestar individual y colectivo es responsabilidad de cada ciudadano.	<b>SÍ</b>

Fuente: elaboración propia.

Reconociendo la hegemonía de las racionalidades expresadas en el cuadro anterior, se puede señalar la importancia y la prevalencia que éstas tienen, no sólo en los aspectos económicos capitalistas, sino también como parte activa de la cotidianidad social e individual. Soros (1999), refuerza esta mirada cuando advierte que “todos formamos parte del sistema capitalista global, que se caracteriza no solo por el libre comercio, sino también, de modo más específico, por la libre circulación de capitales” (p.14). Soros expresaba, finalizando el milenio, que la situación global era poco sólida e insostenible, esto como resultado de una creencia y fe en la capacidad autorreguladora de los mercados, razón por la cual, muchos Estados y sistemas sociales terminaron no atendiendo importantes necesidades de sus comunidades. Esta especie de fe, o confianza en el mercado es lo que Soros denominó “fundamentalismo del mercado” (p.22, 158), y es a su juicio, la causa de los conflictos socio económicos de finales del siglo XX.

Con 15 años transcurridos del siglo XXI, el “fundamentalismo del mercado” sigue siendo una realidad y los conflictos sociales, económicos, culturales y ambientales que motivaron a Sorós a escribir en 1999, son más agudos y de mayor envergadura en la actualidad. En palabras de Attali (2006) “la situación es sencilla: las fuerzas del mercado se han apoderado del planeta. Esta marcha triunfal del dinero, expresión última del triunfo del individualismo, explica la mayor parte de las sacudidas más recientes de la historia” (p.13). De todo esto se desprende que la sociedad global se encuentra atrapada en una dinámica y racionalidad capitalista neoliberal, en la que la economía de mercado es al mismo tiempo práctica y discurso.

Por un lado, la economía de mercado es una práctica, una realidad, aunque ficticia en su ideal de autorregulación (Polanyi, 2011/1944, pp. 118-127. Sorós, 1999, p.159). Borón (2001) haciendo referencia a la racionalidad que promueve adhesión a un libre mercado, mencionaba: “tanto antes como ahora esas expresiones tienen poco que ver con la realidad, y en el caso particular de los mercados competitivos, la retórica del neoliberalismo excede con creces la realidad objetiva de los mismos” (p.179). No obstante, todos los días la mayoría de los seres humanos se encuentran al interior de los mercados, cuando ganan un salario vendiendo su fuerza de trabajo, cuando invierten, cuando consumen, cuando ahorran. En otras palabras, el mercado siendo imperfecto, es tangible, extenso y cotidiano.

Por el otro lado, la economía de mercado en el neoliberalismo, es sobre todas las cosas, una práctica discursiva, si se quiere retórica “concebida como el arte de persuadir y convencer” (Perelman, 1997, p. 17) a la sociedad en general, de que unas bases teóricas macroeconómicas se comportan en el plano de lo real, como está escrito en los libros. El que se haya presentado una “resurrección del fundamentalismo del mercado” decía Sorós (1999) refiriéndose al proceso de expansión del neoliberalismo, y el regreso a las ideas de una economía liberal “sólo puede explicarse por la fe en una cualidad mágica –la mano invisible- que es aún más importante que la base científica. No en vano el presidente Reagan hablaba de la –magia del mercado-“(1999, p.159). Con este comentario, Sorós resume la esencia del neoliberalismo: una vuelta a las ideas de la economía liberal de los siglos XVIII y XIX, y un discurso para impulsar la aceptación de la autorregulación del mercado cómo una dinámica equilibrada.

La economía de mercado que se presenta en el neoliberalismo como práctica y discurso, también es un modelo extensivo y dominante como lo mencionó Attali (2006), con un agravante, no ha logrado traducir su accionar en bienestar cotidiano generalizado para todas las personas que viven bajo la influencia de los mercados. Debido a lo anterior, cobra relevancia visibilizar, como resistencia al status quo o como procesos adaptativos alternativos a los mercados establecidos, aquellas prácticas económicas diferentes a las que promueve la economía de mercado, donde los intercambios de bienes y servicios responden a racionalidades alternativas como la solidaridad, la reciprocidad y la confianza, dejando de lado la ganancia como la motivación principal para la generación de intercambios. Al visibilizar prácticas económicas alternativas como el trueque, que logra ocupar espacios tradicionalmente marcados por el uso del dinero, y que funciona en el campo de lo real, se podría demostrar que este tipo de acciones también tienen su peso como práctica y discurso. En este sentido, son acciones con el potencial de ser replicables, aceptando sin los dogmatismos propios de las leyes económicas, que cada proceso de economía alternativa tiene sus formas de operar, formas que responden a las particularidades, sociales, culturales, económicas y ambientales de cada territorio.

## **2. CONSECUENCIAS ECONÓMICAS, SOCIALES Y AMBIENTALES DE LA ECONOMÍA DE MERCADO, CÓMO DESARROLLO Y DESARROLLO SOSTENIBLE**

En los inicios de la economía de mercado, cuando el capitalismo sustituyó la economía escolástica, dejando de lado el periodo medieval, la iglesia ya se preguntaba por las consecuencias de una transformación en las formas de producir, distribuir y consumir. Kicillof (2013/2010), resume en una pregunta los cuestionamientos de la época en relación con la expansión de la economía de mercado: “¿El reemplazo de la tradición por las ciegas reglas del mercado es el camino hacia la disolución social?” (p. 31). Las observaciones realizadas por Polanyi en 1944, responden esa inquietud escolástica de finales del siglo XVIII, afirmando que sí. Para este autor:

(...) la transformación de la economía anterior en este sistema nuevo es tan completa que se asemeja más a la metamorfosis de la oruga que a cualquier alternación que pueda expresarse en términos de un crecimiento y un desarrollo continuos. Contrástense, por ejemplo, las actividades de venta del comerciante-productor con sus actividades de compra (...) lo que compra son materias primas y mano de obra: naturaleza y hombre. En efecto, la producción de máquinas en una sociedad comercial involucra nada menos que una transformación de la sustancia natural y humana de la sociedad en mercancías. La conclusión, horrible, es inevitable; nada menos que eso servirá al propósito: obviamente la dislocación causada por tales instrumentos deberá destruir las relaciones humanas y amenazar con la aniquilación de su hábitat natural (Polanyi, 2011/1944, p.90)

Si se tienen en cuenta las observaciones de Kicillof y Polanyi sobre el surgimiento de la economía de mercado, como un sistema disruptivo frente a las formas tradicionales de intercambio, y teniendo en cuenta que este sistema, el capitalista, logró consolidarse y expandirse desde el siglo XVIII en los orígenes de la revolución industrial hasta el presente, es posible mencionar que el resultado de tal proceso modificó de manera sustancial las relaciones humanas con el territorio. Bajo esta premisa, la de una transformación social y física como consecuencia de la ampliación de la economía de mercado, este capítulo se propone profundizar sobre tres condiciones inherentes al desarrollo capitalista que ameritan ser repensadas para favorecer la visibilización y ampliación de prácticas alternativas como el trueque.

La primera de ellas es la competencia y el monopolio, la segunda tiene que ver con la pobreza y la desigualdad en la actualidad y la tercera hace referencia a la destrucción medioambiental como proceso dinamizador del desarrollo. Estas tres condiciones se han transformado con el paso del tiempo, llegando a convertirse en elementos “normales” al interior de la economía de mercado, adquiriendo un nivel de aceptación social tan amplio, que la estructura misma del sistema

socioambiental está en crisis como consecuencia de la naturalización de estas y otras racionalidades económicas.

Las condiciones sociales y ambientales del presente, son el resultado de la dinámica capitalista. Al reconocer lo anterior, la crisis del sistema que tiene múltiples aristas, puede ser resumida en tres problemáticas bien definidas:

1- un sistema económico de mercado hegemónico, que privilegia la competencia entre seres humanos, en vez de promover valores tales como la confianza, la solidaridad y la reciprocidad.

2- un mundo pobre y desigual en el que existen 3.500 millones de seres humanos (Oxfam, 20015) que sobreviven con recursos monetarios limitados, de entre uno y dos dólares al día.

3- una destrucción del entorno natural en el que la vida y la sociedad pueden o no desenvolver sus formas de operar; el resultado es que la naturaleza se ha visto seriamente manipulada e impactada negativamente en función del modelo de desarrollo vigente, y el cual ha sido el brazo de expansión de la economía de mercado en los últimos 60 años en prácticamente todos los territorios que conforman el sistema mundo.

Profundizar sobre estos tres aspectos y sus consecuencias cómo resultado de la expansión de la economía de mercado, es lo que el lector encontrará a continuación:

## **2.1 La competencia y el monopolio en un sistema hegemónico**

La competencia y el monopolio son dos condiciones que están presentes en la economía de mercado y que interactúan entre sí. Por un lado, la competencia y sobre todo la libre competencia, hacen parte integral del andamiaje teórico de la economía de mercado en un sistema capitalista, y se refiere a “una cantidad significativa de productores actuando en el mercado, sin que exista un control dominante por parte de ninguno de éstos en particular” (Subgerencia Cultural del Banco de la República. 2015). Por el otro lado, el monopolio existe cuando “para un producto, un bien o un servicio determinado, solo existe una persona o una sola empresa (monopolista) que produce este bien o servicio. Se debe tener en cuenta que este bien o servicio no tiene un sustituto” (Subgerencia Cultural del Banco de la República. 2015). Tomando como referencia estas dos

definiciones, se infiere que son condiciones contradictorias, no obstante, hacen parte integral de la dinámica económica capitalista.

En la defensa del capitalismo que se realiza desde la teoría clásica, que prosiguió en la teoría marginalista y que continúa en el neoliberalismo, ha sido promovido la acumulación de capital como motor de la inversión, debido a que los productores que obtienen ganancias para una futura inversión a través de las ventas, adquieren mayor preponderancia en el mercado cuando lo hacen (Polanyi, 2011/1944 y Kicillof, 2013). Esta acumulación de capital es animada a través de la libre competencia de agentes productores en el mercado. Sin embargo, la libre competencia tiende a favorecer a unos productores por sobre otros. De esta forma, quienes se ven favorecidos por su intervención en el mercado tienden a absorber a quienes pierden competitividad en el mismo, esto hace posible el establecimiento de monopolios.

Smith, acertadamente observaba cómo “cuando los capitales de muchos comerciantes ricos se invierten en el mismo negocio, la natural competencia que se hacen entre ellos tiende a reducir su beneficio” (Smith 1776/1990-Citado por Kicillof, 2013, p.105). El resultado inmediato de la libre competencia es una disminución en los precios de los productos ofertados, lo que beneficia a los compradores, pero afecta a los productores. No obstante, en algún punto, la libre competencia comienza a expulsar del mercado a quienes tienen menos ventajas para la producción, y que se ven afectados por la disminución de los precios, dando inicio, a un ciclo que tiende a generar monopolios. Al final de este ciclo, el grupo de productores que sobrevive a la libre competencia, y alcanza un crecimiento económico a través de sobresalir en el mercado y dinamizar su inversión, vuelve a controlar, a establecer y a subir los precios de los productos en el mercado.

Todo lo dicho anteriormente solo es posible porque el sistema económico es un sistema hegemónico, que se manifiesta no solo en dinámicas de mercado de oferta y demanda, extracción, producción, venta y compra, sino que también tiene un gran impacto moldeador de la sociedad. La economía de mercado como un sistema hegemónico, abarca la cultura, la teoría, la praxis, las miradas cotidianas del mundo, y permea a la vez los sueños y los deseos a nivel individual y colectivo. ¿Qué significa esto? Que lo hegemónico es también, una condición de vida asumida como normal o deseable en un entorno social en donde hay ciertas prácticas y ciertos valores más aceptados que otros. Se podría decir que la hegemonía del sistema económico tiene además,

injerencia en la construcción moral de la sociedad, porque más allá de las concepciones ligadas al trabajo, a la verdad, a la honestidad, al sacrificio y a la familia como elementos resultantes de la tradición judeocristiana, en el caso de Colombia y Latinoamérica, todo esto no deja de estar ligado a la obligación de cada ser humano a valerse por sí mismo en un entorno de mercado.

En otras palabras, desde el Estado como garante de esa condición hegemónica del mercado, se espera que los ciudadanos se articulen a las lógicas y dinámicas que éste presenta como válidas. Aquellos que se oponen, se contraponen o cuestionan la dominancia del mercado en sus elementos asociados a la cultura, la teoría y la praxis, y a sus formas resultantes de competencia y monopolio, son grupos o personas que conforman una minoría, por lo tanto, sus posiciones son asumidas como extrañas y no deseables por los reproductores del sistema hegemónico económico de mercado.

## **2.2 La pobreza y la desigualdad en el mundo del mercado**

El Banco Mundial anunciaba en el año 2012 a través de sus estudios sobre desigualdad y pobreza realizados para el año 2010, que el 43% de la población total del planeta vivía con menos de dos dólares al día (Banco Mundial, 2012). Las cifras del año 2013, indicaban que subsistían con menos de 1.25 dólares diarios, alrededor de 1000 millones de personas, si a esta cifra se le suman aquellos seres humanos que sobrevivían con menos de 2 dólares al día, unas 2.400 millones de personas, se obtiene que en el año 2010, alrededor de 3.4000 millones de personas vivían en la pobreza. A partir de estos datos estadísticos, es posible presuponer que en periodo 2010-2016, el número de pobres aumentó, así como también lo hizo el número de habitantes en todo el mundo.

Ahora, si la mitad de la población total del planeta es pobre, según el estándar de medición de dos dólares que tiene la ONU, es preciso cuestionar el rol desempeñado por la economía de mercado a la luz de sus resultados. La economía, como ciencia comprometida supuestamente en mejorar las condiciones de vida de las poblaciones en su cotidianidad, no logró su objetivo en una de cada dos personas con vida en el planeta. A pesar de ello, y como solución a la pobreza, desde los centros internacionales de poder, de crédito y de desarrollo, tales como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Interamericano de Desarrollo, hay un fuerte impulso por continuar la expansión del sistema capitalista con el nombre de neoliberalismo.

Al igual que en la coyuntura analizada por Smith a finales del siglo XVIII, el neoliberalismo se expandió en un proceso de justificación teórica permanente, que enaltecía las libertades individuales de los seres humanos (Harvey, 2007, p. 72), pero que al tiempo les restaba autonomía y capacidad de decisión cuando eran asimilados por el sistema y por ellos mismos como simples mercancías. A partir de esta reflexión, al neoliberalismo ni le interesa, ni le preocupa, reducir las condiciones de pobreza y desigualdad en el mundo del mercado. Sus imposibilidades para dar solución a estas problemáticas son expresadas por Borón (2001), este autor argumentaba que en el neoliberalismo:

Su gran promesa ha quedado penosamente desvirtuada por los hechos: tanto en los capitalismos desarrollados como en la periferia, la reestructuración neoliberal se hizo a expensas de los pobres y de las clases explotadas. La propiedad de los medios de producción no se democratizó, las desigualdades sociales y económicas no se atenuaron, y la prosperidad no alcanzó a derramarse hacia abajo, como aseguraba reconfortantemente la teoría del derrame (p.185).

Lo que Borón quiere apuntar, es que el neoliberalismo, si bien está respaldado por unas racionalidades hegemónicas, en cuanto a entender la economía y sus procesos de distribución de la riqueza generada, no logrará ser nunca, un modelo económico que permita dar solución al problema de la pobreza, ya que se alimenta de ella y de los pobres para continuar su proceso de expansión y consolidación. A pesar de la pobreza, de la desigualdad y de la perspectiva de un futuro económico complejo, existen sectores de la población a los que les va diferente en el ajedrez global del capital, ya que “un 15% de la población del mundo posee el 79% de la riqueza mundial y para el 85% sólo queda el 21% restante” (Salgado, 2012, p.29). En Latinoamérica y el Caribe, el Banco Mundial (Portafolio 27/08/2012) confirmaba como el 10% de la población más rica, obtenía el 41% de los ingresos totales de la región, mientras que el 10% más pobre se quedaba con el 1% de los ingresos totales. Estas cifras contribuyen a reforzar el argumento de Borón (2001), según el cual “la reestructuración neoliberal se hizo a expensas de los pobres y de las clases explotadas” (p.185)

La pobreza, entendida en una relación inversamente proporcional a la capacidad adquisitiva de dinero, es el resultado lógico de un sistema basado en la competencia y la acumulación de capital. Cuando la riqueza generada por la dinámica capitalista se concentra en pocas manos, la consecuencia inevitable es la promoción social de la desigualdad material. Como se expresó en el apartado dedicado a la competencia y los monopolios, la libre competencia favorece la reducción

de precios, pero también de forma posterior, tiende a generar monopolios. Cuando esto sucede, la desigualdad y la pobreza se convierten en dos caras de una misma moneda.

Esta concentración de riqueza ha venido ocurriendo de manera contundente en los tiempos del neoliberalismo, a tal punto que, según Oxfam Intermom (2015), entre el año 2010 y el año 2014 la riqueza de las 80 personas más acaudaladas del mundo se incrementó en 600 mil millones de dólares, “actualmente estas 80 personas poseen la misma riqueza que el 50% más pobre de la población mundial; esto quiere decir que 3.500 millones de personas comparten la misma cantidad de riqueza que estas 80 personas enormemente ricas” (Oxfam Intermom, 2015, p. 4). Ya sea para hacer una defensa del capitalismo o para criticarlo, conviene tener estos indicadores interiorizados, así como admitir que en el tiempo de la economía de mercado, la distribución equitativa de la riqueza generada ha sido un oxímoron, casi una utopía.

### **2.3 La destrucción del medio natural como efecto del neo-extractivismo y la producción capitalista**

La obtención de materias primas para su transformación y aprovechamiento en el marco de la economía de mercado, es la base de toda generación de riqueza en el sistema capitalista. La construcción, los textiles, los aparatos electrónicos, el papel, la industria alimenticia, por dar unos ejemplos, son rubros dependientes de los insumos que se extraen de la naturaleza. En este sentido, cuando las políticas de desarrollo promueven el crecimiento económico, se hace referencia indirecta al aumento del aprovechamiento y explotación del entorno natural en función de la generación de riqueza.

La dinámica de la sociedad moderna en cuanto al desarrollo de la producción, estuvo orientada desde la revolución industrial hasta el presente a convertir la naturaleza en una mercancía. De esta forma “el hombre y la naturaleza (...) deberán quedar sujetos a la oferta y la demanda, es decir, deberán ser tratados como mercancías, como bienes producidos para la venta” (Polanyi, 2011/1944, p. 185). Esta racionalización del trabajo y la naturaleza, como elementos disponibles para la venta en el mercado, está presente en la teoría económica desde su origen y sólo es posible en una sociedad comercial, en la que el camino del progreso es sinónimo de crecimiento económico.

Este crecimiento económico, entendido como un aumento en la cadena de extraer, producir, transportar y vender/comprar, es parte integral de la economía de mercado. Desde el inicio de ésta, se ha manifestado en un conjunto de prácticas antrópicas que resultaron en el agotamiento o degradación significativa del tejido de ecosistemas que dan sustento a la sociedad global. A manera de ejemplo, “en todo el mundo estamos perdiendo más de 7 millones de hectáreas anuales, es decir, 20 mil hectáreas por día” (Leonard 2013/2010, p.49). La mayoría de estas actividades de tala ocurren en el trópico, lugar de 13 millones de especies distintas, que se encuentran en riesgo inminente de desaparecer ya que, “en el curso de un decenio se extingue entre el dos por ciento y el cinco por ciento del total de las especies de los bosques” (FAO, S/F, p.2)

Las cifras publicadas por Leonard y la FAO, indican cómo en el caso de no modificar el comportamiento humano asociado a la deforestación, sin contar en este ejemplo el deterioro de las fuentes hídricas, en menos de 20 años las especies botánicas y zoológicas del trópico habrán desaparecido en aproximadamente un 20%. Con su extinción, se perderán los pulmones que oxigenan el mundo, y más de un cuarto de las medicinas actuales (Leonard, 2013/2010). Adicionalmente, se transformarán por completo las formas de vida de las sociedades que dependen de los bosques para su sustento. A manera de reflexión, es pertinente preguntarse cómo el ser humano logró en un lapso de tiempo de alrededor de 300 años, modificar un sistema ambiental que se ha demorado 4.500 millones de años en consolidarse.

Los problemas ambientales causados por la sobreexplotación de la naturaleza con fines capitalistas, no son nuevos, ni deben sorprender a nadie, ya que con el paso de la motivación humana por la subsistencia hacia la ganancia a partir del siglo XVIII (Polanyi, 2011/1944, p.90), la naturaleza fue apropiada como recurso por los seres humanos para la obtención de utilidades. A partir de allí y hasta el presente, esta racionalidad extractivista y de apropiación de la naturaleza en función de dinamizar los ciclos productivos para estimular la creación de riqueza, desgastó el entorno natural.

La problemática ambiental asociada al crecimiento industrial acelerado del siglo XX, fue advertida en el marco de las Naciones Unidas en la cumbre de Estocolmo (1972). Posterior a la Cumbre de Estocolmo del año 72, la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, presentó en 1987 ante todos los miembros de la ONU el Informe Brundtland. Este Informe ponía de manifiesto

a lo largo de tres partes y doce capítulos, la necesidad de realizar cambios urgentes en políticas e instituciones, con miras a “mantener abiertas las posibilidades para las futuras generaciones” (1987, p. 375). El llamado de atención que supuso el Informe Brundtland para el modelo de industrialización, el cual fue concebido por la mirada hegemónica de la economía de mercado como crecimiento y aumento de la producción, reflejó las consecuencias ambientales de políticas económicas basadas en la extracción de recursos naturales.

A pesar de las evidencias de una problemática ambiental significativa, que no solo afecta poblaciones, sino también los mercados, el neoliberalismo no propone nada diferente que continuar con el mismo esquema de extraer, producir, distribuir y vender/consumir. En este sentido, y refiriéndose a la relación naturaleza - mercado en el neoliberalismo, Harvey (2007) apuntaba:

El progresivo agotamiento de los bienes comunes que constituyen nuestro entorno global (tierra, agua y aire) y la degradación por doquier de los diversos hábitat, que excluyen toda forma de producción agrícola distinta a la del sistema intensivo capitalista se derivan de la mercantilización en masa de la naturaleza en todas sus formas (p. 168).

En otras palabras, la naturaleza convertida en mercancía en el neoliberalismo, es una visión muy parecida a la de la naturaleza como mercancía, al inicio de la economía política de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Por lo tanto, continúan realizándose de manera extensiva y con el beneplácito de los tomadores de decisiones transnacionales y nacionales, actividades que reducen la biodiversidad, calentando el planeta, acidificando los suelos y reduciendo los acuíferos existentes y sus sistemas de captación de agua.

Al tomar como referencia las observaciones de Polanyi y Harvey, y trayendo a colación las racionalidades económicas promovidas por el neoliberalismo en cuanto a la libertad de elegir y consumir, es factible prever hacia el futuro, un proceso de agudización de las problemáticas ambientales y conflictos humanos por el acceso a recursos naturales. Esto, debido a que un sistema que promueve la superioridad de algunos individuos y grupos sociales por sobre otros, hará lo que esté a su alcance para tener control de los recursos existentes. Así, una racionalidad utilitarista e individualista, tiene el potencial de desencadenar un conflicto social y ambiental en cualquier territorio.

## **2.4 El paradigma del desarrollo y la economía de mercado beben de las mismas racionalidades macroeconómicas**

Finalizando la primera mitad del siglo XX, ya se presentaban diferencias significativas entre los países industrializados y los que no lo eran. Esta situación de industrialización fue asociada en el discurso del desarrollo, como condición generadora de progresos, y así, aquellos países con niveles altos de producción y consumo fueron catalogados en el sistema internacional como los más importantes, y también, como los más poderosos. A esa condición de industrialización, fue adjudicado el calificativo de desarrollo.

Bajo las lógicas del capitalismo, los países industrializados y desarrollados comenzaron a ser los países del primer mundo, contrariamente, los países no industrializados o poco industrializados, fueron denominados subdesarrollados. Fue así como, con la aparición conceptual del subdesarrollo después de finalizada la segunda guerra mundial, los países poco industrializados pasaron casi que automáticamente a ser pobres, limitados y necesitados de ayuda, por parte de aquellos países desarrollados e industrializados, máximos exponentes del sistema hegemónico. Esta situación favoreció el estímulo económico para el aumento en la producción en el mundo subdesarrollado, y logró establecerse como nuevo paradigma macroeconómico para todos los países del Tercer Mundo (Escobar. 1996).

En América Latina, el proceso de implantación del desarrollo fue promocionado por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), la cual, creada en 1948 por las Naciones Unidas, consideraba que “el camino para obtener mejores niveles de vida es la industrialización y, en general, la aplicación de la técnica moderna al esfuerzo productivo” (Sunkel y Paz, 1980, p.21-22). Con la CEPAL instalada en la región latinoamericana, comenzaban las respuestas del “pensamiento económico” a las causas que éstos identificaban como fuente del subdesarrollo. Al mismo tiempo, comenzaba la asistencia técnica proveniente de los organismos de crédito internacionales, para la formulación de macro políticas en la región latinoamericana, tendientes a superar esa condición de atraso frente a los países industrializados.

Esta primera etapa del desarrollo en Latinoamérica es conocida según Sunkel y Paz (1980) con el nombre de “El desarrollo como crecimiento” y gran parte de sus fundamentos teóricos estaban

basados en las observaciones de Schumpeter sobre los sistemas productivos. Schumpeter afirmaba que el desarrollo está estrechamente ligado al incremento en el sistema productivo, cuando este es impulsado por cambios “que no le han sido impuestos desde fuera sino que han surgido por su propia iniciativa, desde dentro” (Schumpeter, 1970, p. 161). Según este autor, el *desenvolvimiento económico* ocurre debido a cambios en el sistema productivo, los cuales son “espontáneos y discontinuos” y están relacionados con el rol que desempeña el empresario innovador en la puesta en marcha de la “mecánica económica

La visión de Schumpeter sobre la importancia que desempeña el empresario innovador para dar dinamismo a los ciclos productivos en la economía de mercado, terminaron reflejados en todas las etapas de la CEPAL. Esta situación permite realizar una lectura crítica de las racionalidades asociadas al desarrollo latinoamericano entre los años 50 y los años 80, pudiéndose identificar como éstas estaban ligadas a visiones euro centristas sobre el funcionamiento de la economía de mercado.

La CEPAL siempre tuvo una “posición de política fuertemente industrialista” (Rodríguez, 1984, p.279). En consecuencia, Rodríguez (1984) afirmaba que: “el pensamiento de la CEPAL postula ideológicamente la reproducción de relaciones capitalistas de producción en las formaciones sociales de la periferia, (...) el pensamiento cepalino (...) no logra superar los marcos de dicha economía, a la cual en definitiva pertenece” (pp.286-287). Lo anterior indica cómo la racionalidad del discurso de la CEPAL, estuvo desde siempre enmarcado en la concepción convencional de desarrollo, incluso durante el proceso de un entendimiento de las relaciones económicas como elementos resultantes de un proceso histórico de centro y periferia.

Adicionalmente, las políticas del mundo desarrollado occidental de la segunda mitad del siglo XX, impulsadas en todo el Tercer Mundo, comenzaron a instalarse en Latinoamérica, constituyendo un retorno a las ideas de la economía liberal clásica debido al creciente protagonismo del mercado y de su funcionamiento autónomo, esto se puede entender en otras palabras cómo un nuevo liberalismo, o lo que es lo mismo, un neoliberalismo. En este modelo económico, los Estados industrialmente fuertes, que en las décadas del treinta y el cuarenta siguieron a Keynes y aplicaron políticas regulatorias del mercado, fomentando el incremento en el gasto público para alcanzar un

estado de equilibrio cercano al pleno empleo, fueron perdiendo relevancia frente a las políticas económicas globalizantes.

Ligado al neoliberalismo se encuentra el desarrollo, el cual constituye la figura de expansión del mundo capitalista y la economía de mercado durante la segunda mitad del siglo XX, además, se adaptó finalizando los años 80 a un nuevo paradigma de crecimiento y consumo como fuente de bienestar, el neoliberalismo (ver capítulo 1.4). Con el neoliberalismo, se reforzaron para el mundo de la economía de mercado, un cúmulo de racionalidades capitalistas en las que lo social, se asumió como una categoría subordinada a lo económico, “en este sentido, el globalismo neoliberal es una forma fenoménica del pensamiento y de la acción unidimensionales, un tipo de cosmovisión mono causal del economismo” (Beck, 1998, p. 164), una sistema hegemónico. Sin embargo, el desarrollo no fue modificado en sus epistemes o racionalidades a pesar de la dominancia del neoliberalismo como nuevo modelo macroeconómico, en cambio, convivió con el neoliberalismo y fue adaptado discursivamente; a partir de los años 90, el desarrollo adquirió el adjetivo de sostenible.

## **2.5 El desarrollo sostenible no es una alternativa, tampoco es un cambio del paradigma economicista neoliberal**

En Agosto de 1987 la Comisión Mundial sobre el medio ambiente y el desarrollo, presentó en la ONU el Informe Brundtland, este ponía de manifiesto a lo largo de tres partes y doce capítulos, la necesidad de realizar cambios urgentes en políticas e instituciones, con miras a “mantener abiertas las posibilidades para las futuras generaciones” (p. 375). La propuesta surgía debido al reconocimiento de que “la conservación de los recursos naturales vivientes, plantas, animales, y microorganismos, y los elementos no vivientes del medio ambiente de los que dependen, es decisiva para el desarrollo” (p.176). El llamado de atención que supuso el Informe Brundtland para el modelo de industrialización, el cual fue concebido como crecimiento y aumento de la producción, reflejó las consecuencias ambientales de políticas económicas basadas en la extracción de recursos naturales.

El informe advirtió que de seguir por éste camino, sin tener en cuenta las externalidades ambientales generadas por el proceso de industrialización global, se ponía en riesgo inminente el bienestar presente y futuro de los seres humanos. Las recomendaciones realizadas en el Informe

Brundtland de 1987 sobre los problemas ambientales del desarrollo, fueron institucionalizadas en 1992 con la “Declaración de Río sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo”.

Esta Declaración se dio en el marco de la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro, y allí quedó plasmado el compromiso de 178 países por acatar el desarrollo sostenible como alternativa de desarrollo. De esta forma, al seguir la senda trazada por el desarrollo sostenible, era posible, - advertía el discurso oficial-, lograr generar riqueza y crecimiento económico sin afectar considerablemente el medio ambiente, para así, mantener una base de recursos naturales estables disponibles, garantizando en el presente y en el futuro la satisfacción de las necesidades humanas dependientes de la naturaleza.

Según el principio número 1 de la Declaración de Río “Los seres humanos constituyen el centro de las preocupaciones relacionadas con el desarrollo sostenible” (1992). El que los seres humanos sean el centro del modelo, implica que el medio que hace posible el progreso social pasa a ocupar un rol secundario en la relación ser humano naturaleza. Por este motivo, la naturaleza es entendida en la economía de mercado y en el neoliberalismo como un recurso y como un servicio ecosistémico, no como un sistema vivo al que hay que proteger y con el que hay que coexistir.

Una mirada crítica al desarrollo sostenible, permite identificar que éste busca armonizar los impactos sociales, económicos y ambientales del ciclo de producción y consumo que dinamiza al mercado y al capitalismo. Es, en otras palabras, una apuesta por seguir los mismos patrones de producción y reproducción del capital en una economía de mercado, pero con un freno a la destrucción ambiental generada por la industrialización de la producción a escala mundial.

En la afirmación anterior sobre el desarrollo sostenible, se encuentra una contradicción que radica en la manera como éste fue instrumentalizado, ya que el desarrollo sostenible no problematiza las bases de la producción y el consumo como fuentes generadoras de impactos ambientales. En otras palabras, el desarrollo sostenible resulta ser más bien un modelo de crecimiento económico supuestamente amigable medioambientalmente, pero no cuestiona el rol que la racionalidad económica de mercado le otorga a la naturaleza al entenderla como un recurso. Por tal situación, no es un enfoque que plantee soluciones o alternativas a las problemáticas ambientales asociadas al ideal del progreso y el desarrollo.

Por el contrario, lo que plantea el desarrollo sostenible es reducir el ritmo de la destrucción esperando que se cumplan tres condiciones:

Un recurso renovable jamás deberá usarse a un ritmo superior al de su generación (...) ningún contaminante deberá producirse a un ritmo mayor del que pudiera ser reciclado, neutralizado o absorbido por el medio ambiente (...) ningún recurso no renovable deberá aprovecharse a mayor velocidad de la necesaria para sustituirlo por un recurso renovable utilizado de manera sostenible (O'Connor y McDermott, 1998, s/p).

Pero mientras se realizaban cumbres y encuentros internacionales para el fomento del desarrollo sostenible a escala global impulsándolo como nuevo paradigma, el mundo de la economía de mercado continuaba su proceso de adaptación y profundización a las circunstancias del momento, beneficiando siempre los negocios y las finanzas. En palabras de Sorós (1999) “el sistema es muy favorable al capital financiero, que es libre de ir allí donde obtenga mejores recompensas, lo que a su vez ha conducido al rápido crecimiento de mercados financieros globales” (p.133). El rápido crecimiento de los mercados globales al que hace referencia Sorós, se tradujo con el paso de los años, a partir de 1990, en políticas macroeconómicas de corte neoliberal que intensificaron las actividades productivas por todo el planeta, aumentando la presión sobre los ecosistemas, todo en el marco del desarrollo sostenible.

Las incompatibilidades del paradigma de desarrollo sostenible son numerosas y frecuentes, a pesar de esto, se mantiene vigente cuando los países enfrentan crisis económicas, desconociendo que es posible “suponer que un país que vive en una pobreza cada vez mayor va a explotar el medio ambiente hasta el final” (Beck, 1998, p.69). En consecuencia, el desarrollo sostenible al igual que el mercado autorregulado es un oxímoron, una metáfora de compatibilidad entre opuestos que institucionalmente no se cuestiona a profundidad, y que sigue promoviéndose a pesar de sus profundas contradicciones. Por todo lo anterior, el desarrollo sostenible no es una alternativa a la economía de mercado.

## **2.6 La necesidad de alternativas como respuesta a los problemas del mercado y el desarrollo sostenible**

A partir del análisis presentado anteriormente sobre el desarrollo sostenible, queda claro cómo la economía de mercado y el discurso del desarrollo, cargados de las racionalidades capitalistas, se adaptan con facilidad a las coyunturas de la realidad social y ambiental. Según Soros (1999) “todos

formamos parte del sistema capitalista global, que se caracteriza no solo por el libre comercio, sino también, de modo más específico, por la libre circulación de capitales” (p.14). Soros expresaba, finalizando el milenio, que la situación global era poco sólida e insostenible, esto como resultado de una creencia autorreguladora en los mercados razón por la cual, muchos Estados y sistemas sociales, terminaron por desatender importantes necesidades educativas, de justicia, de salud, de seguridad, de trabajo y de ocio en sus comunidades. Esta especie de fe, o confianza en el mercado es lo que Soros denominó “fundamentalismo del mercado” (p.22, 158), y es a su juicio, la causa de los conflictos socio económicos de finales del siglo XX.

Con 15 años transcurridos del siglo XXI, el “fundamentalismo del mercado” sigue siendo una realidad y los conflictos sociales, económicos, culturales y ambientales que motivaron a Sorós a escribir en 1999, son más agudos y de mayor envergadura en la actualidad. En palabras de Attali (2006) “la situación es sencilla: las fuerzas del mercado se han apoderado del planeta. Esta marcha triunfal del dinero, expresión última del triunfo del individualismo, explica la mayor parte de las sacudidas más recientes de la historia” (p.13). De todo esto se desprende que la sociedad global se encuentra atrapada en una racionalidad capitalista neoliberal y en un desarrollo sostenible, que supuestamente combate los efectos negativos del desarrollo, pero que en realidad, es pura economía de mercado capitalista entendida como práctica y discurso.

Es posible afirmar que el presente concuerda con lo que se conoce como una fase B de un ciclo Kondratieff (Wallerstein, 2006, p.49). Estos ciclos, caracterizados por periodos de 45 a 60 años de crecimiento, luego desaceleración y luego crecimiento para volver a la desaceleración, coinciden con la coyuntura económica de los primeros años del siglo XXI. Los ejemplos que dan validez a la observación de Wallerstein son muchos: la crisis financiera de Estados Unidos a partir del año 2008, la crisis económica europea (Grecia, España), la desaceleración del crecimiento chino, la desaceleración económica en Latinoamérica, la caída de los precios del petróleo desde el año 2015, entre otros, son eventos que dan cuenta de la existencia de una fase B del ciclo Kondratieff.

Para Wallerstein (2008, p.256), este contexto impredecible y multipolar, es el resultado de la lucha por el dinero y el poder desatado por grupos económicos hegemónicos, que en medio del caos y de las deslocalizaciones industriales favorecidas por el neoliberalismo, buscan mantener sus posiciones privilegiadas, diversificando el capital y su ubicación. Expresado de otro modo, bajo el

neoliberalismo se presenta un contexto complejo que tiene como motivación principal, la generación de riqueza y la adopción de formas de poder por parte de aquellos agentes fuertes del mercado, aprovechando la globalización de la economía para ubicar su capital allí donde sea más rentable para la generación de ganancias.

Esta dinámica capitalista de generación de riqueza para quienes ya la poseen, se corresponde con las racionalidades neoliberales de libre competencia y mercados mínimamente intervenidos, debido que éstas promueven expandir la influencia del capital, sin tener en cuenta la estabilidad económica y la calidad de vida de los seres humanos. Al mismo tiempo, el neoliberalismo se expande a costa de la sobreexplotación del entorno natural, privatizando las ganancias generadas por la destrucción del medio natural en forma de riqueza monetaria, y socializando las pérdidas y la afectación en la provisión de servicios ecosistémicos.

Beck (1998) resumía en una frase al finalizar los años 90, la forma como se relacionaba la economía en crisis con la naturaleza. Para este autor “es fácil suponer que un país que vive en una pobreza cada vez mayor va a explotar el medio ambiente hasta el final” (p.69). Esta dinámica capitalista de extraer materias primas a un ritmo superior al que estas pueden regenerarse, son el resultado de una racionalidad económica anclada en la ganancia, que se ha sostenido en el tiempo desde los orígenes de la economía de mercado a partir del siglo XVIII (ver capítulo 1).

La economía de mercado que se presenta en el neoliberalismo como práctica y discurso, también es un modelo extensivo y dominante como lo mencionó Attali (2006), aunque no ha logrado traducir su accionar en bienestar cotidiano generalizado para todas las personas que viven bajo la influencia de los mercados. Debido a lo anterior, cobra relevancia visibilizar, como resistencia al status quo o como procesos adaptativos alternativos a los mercados establecidos, aquellas prácticas económicas diferentes a las que promueve la economía de mercado, donde los intercambios de bienes y servicios responden a racionalidades alternativas como la solidaridad, la reciprocidad y la confianza, y que desplazan a la ganancia como la motivación principal para la generación de intercambios. Al visibilizar prácticas económicas alternativas, que funcionen en el campo de lo real, se podría demostrar que éstas también tienen su peso como práctica y discurso. En este sentido, son acciones con el potencial de ser replicables, aceptando sin los dogmatismos propios de las leyes económicas, que cada proceso de economía alternativa tiene sus formas de operar,

formas que responden a las particularidades, sociales, culturales, económicas y ambientales de cada territorio.

Siguiendo a Santos (2012), la visibilidad de las alternativas posibilita “maneras de concebir y organizar la vida económica que implican reformas radicales dentro del capitalismo, basadas en principios no capitalistas o que apuntan, incluso, hacia una transformación gradual de la economía en formas de producción, intercambio y consumo no capitalistas” (Santos, 2012, p.38). El mismo autor se refiere a la posibilidad emancipadora que tienen estas otras prácticas para transformar realidades cerradas de la economía de mercado, a través de la divulgación de otras formas de hacer intercambios, los cuales pueden ir ganando terreno como resistencia o complemento al capital.

### **3. EL TRUEQUE, RACIONALIDADES ALTERNATIVAS Y OTRAS FORMAS DE INTERCAMBIO**

El trueque se puede entender de muchas formas, por tal motivo, definirlo es un problema complejo debido a que su práctica no es estática, ni responde a reglas universalmente aceptadas. Reconociendo esto, es posible admitir que el trueque es “una transacción en la cual los objetos son directamente intercambiados por otros, excluyendo el uso del dinero” (Humphrey y Hugh Jones, 1998, p3). Debido a lo anterior “el trueque implica una constelación de particularidades, sin que necesariamente todas estén presentes en cualquier instancia particular” (Humphrey y Hugh Jones, 1998, p. 7). Al excluir el uso del dinero, como parte del intercambio final, el trueque se diferencia del funcionamiento de la economía de mercado porque pone en marcha otras racionalidades para hacer posible dinámicas de mercado e intercambio.

Es común en los debates sobre trueque hacer una comparación entre éste y el dinero, sin embargo, al tener en cuenta que el trueque es una práctica económica adaptable a diferentes realidades, el presente trabajo se adhiere a la posición expresada por Anderlini y Sabourian (en Humphrey y Hugh Jones, 1998), en la que sostienen que el trueque no perdió relevancia frente al dinero, sino que éste comenzó a ser un medio socialmente aceptado cuando las redes del comercio y el mercado se ampliaron. Lo anterior significa que el trueque, como práctica económica y mediadora de los intercambios, no desapareció con la masificación del uso del dinero a partir del siglo XVIII, solo dejó de ocupar un lugar predominante en los intercambios, por ser un mecanismo diferente que no promovía la acumulación de mercancías o de capital. Esta mirada es la asumida por Polanyi (1944/2011), cuando hace referencia al nacimiento y establecimiento de la economía de mercado. Para este autor, el trueque no tenía por qué competir en este tiempo por una posición privilegiada como forma de intercambio.

Si se acepta que el trueque no perdió relevancia frente al dinero cuando éste comenzó a ser utilizado de forma masiva al inicio de la economía de mercado, se podría considerar que el dinero tampoco ganó relevancia frente al trueque. Lo que sucedió, fue que el dinero se configuró como el mecanismo más adecuado para adaptarse a la complejización de las relaciones económicas en una Europa Occidental que dejaba atrás el feudalismo y entraba de lleno en la revolución industrial.

El trueque para el siglo XVIII, común en las economías de subsistencia de los grupos poblacionales de Europa occidental (Polanyi, 2011), era un sistema de trueque directo caracterizado por intercambios simples de un bien por otro. Esta explicación sobre el funcionamiento del trueque, permite inferir la razón por la que este no compitió por una primacía como forma de intercambio, cuando el dinero comenzó a ser utilizado y aceptado como medida de valor y como medida de cambio.

Aun cuando la defensa de Polanyi y Humphrey y Hugh Jones radica en la incapacidad de comparar el trueque y el dinero debido a sus diferencias en cuanto alcance y finalidad, se hace necesario aceptar que el uso masivo del dinero sí desplazó al trueque como mecanismo de intercambio, aunque este no haya desaparecido (Humphrey y Hugh-Jones, 1996, p. 21). Operando con otras racionalidades, el trueque siguió perteneciendo a la esfera de las transacciones relacionadas con el don, el regalo y la reciprocidad. La obra de Mauss (1925/1971) *Ensayo sobre el don*, permite comprender la naturalización de la dinámica del don, que entendido como favor/regalo continuó funcionando en la esfera de los intercambios privados de forma paralela a la economía de mercado.

El trueque, cabe aclararlo, no es igual en todos los lugares donde se practica y no es de uso privativo de una comunidad o un grupo social particular “llegar a una definición general y universalmente aceptada de trueque sería una contradicción: el trueque sólo puede ser entendido dentro de su contexto social específico; como este contexto varía, así lo hacen sus características” (Ferraro, 2002, p.151). En relación con las formas como operan los trueques, y siguiendo los escritos de Humphrey y Hugh-Jones (1996), Hintze (2003) CAJAMAR (2008), y Gatti (2010) se pueden identificar dos tipologías de esta práctica: el trueque directo, que es simple y utiliza valoraciones subjetivas en cuanto a valor de uso y de cambio, válido únicamente para quienes llevan a cabo el intercambio. La segunda tipología corresponde al trueque indirecto, implica la existencia de tres o más participantes y es un mecanismo de intercambio escalable a grupos organizados o no.

Antes de explicar en qué consiste un trueque directo y uno indirecto, es necesario en el marco de este trabajo de investigación, y con el objetivo de unificar conceptos en torno al trueque que permitan comprender el abanico de bienes y servicios que pueden ser integrados a esta práctica, comenzar a usar la palabra truequeable. Un truequeable es la forma como se le denominará en este trabajo, al hecho de que en un trueque, -igual que en la economía de mercado-, todo tipo de bienes

y servicios pueden ser intercambiados. Sin embargo, en los mercados de trueque no todo está disponible, ni todo lo disponible despierta interés de uso de un tercero para iniciar un intercambio. En otras palabras, tanto bienes, productos/cosas y servicios tienen el potencial para ser tranzados en un trueque, pero la movilidad de tales mercancías en este mercado alternativo, están condicionadas por el valor de uso que puedan darle quienes hacen parte de un club o red de trueque. En conclusión, un truequeable es aquella oferta de bienes y servicios disponible para ser intercambiada en un trueque directo o indirecto.

El trueque en su forma simple de intercambio directo, no siempre garantiza la satisfacción de sus participantes, esto significa que es probable que alguien que participe de un mercado de trueque, no pueda intercambiar o acceder a truequeables. Desde la teoría y desde la praxis, el trueque directo se torna con una dificultad, “(...) la no coincidencia de intereses” (Harvey, 2014, p.41) o “(...) la imposibilidad del trueque generalizado” (Kicillof, 2013, p.67). Esto quiere decir que el trueque directo no facilita los intercambios, porque depende de las valoraciones subjetivas de quienes participan de éste. A manera de ejemplo, sirve pensar que una persona (A) quiere intercambiar un producto por el producto de una persona (B), sin embargo, (B) no demuestra interés por el producto de (A). Bajo estas condiciones, el intercambio es imposible.

Por lo anterior, el trueque directo limita las posibilidades de cambio a los bienes y servicios (truequeables) existentes y la cantidad de los mismos, sin contar que hay bienes y servicios más demandados que otros por los integrantes de un club o red de trueque. Cuando el trueque directo se agranda e implica un grupo de personas cargado de necesidades por ser satisfechas en el mercado, la dificultad del intercambio aumenta, y es entonces cuando este sistema económico pierde relevancia y practicidad frente al dinero. La dificultad anterior es abordada por Harvey (2014), cuando anota:

(...) para que se produzca un trueque simple otro ha de poseer algo que yo deseo y yo he de tener algo que el otro desea. Se pueden construir cadenas de trueque, pero son limitadas y engorrosas, por lo que cierta medida independiente del valor de todas las mercancías en el mercado –una medida única de valor- se hace no solo ventajosa sino necesaria (p. 39).

La “medida única de valor” a la que Harvey (2014) está haciendo referencia es el dinero, este al ser un medio de circulación respaldado oficialmente y aceptado socialmente, “facilita los intercambios; resolviendo el problema de la “no coincidencia de intereses” que limita el trueque

directo” (p.41). Esta dificultad del trueque directo, fue la que le permitió al dinero, copar los espacios de un mercado cada vez más grande, en el que el trueque, concebido como un intercambio directo, era inoperable.

Reconociendo las dificultades del trueque directo por la no coincidencia de intereses, comenzó en la segunda mitad del siglo XX en países como Estados Unidos y Canadá, un movimiento caracterizado por grupos de personas y comunidades interesadas en generar dinámicas económicas y de intercambio, que pudieran escaparse de las condiciones de la economía de mercado dictadas desde la oficialidad institucional. Esta manifestación heterogénea de diferentes formas de trueque, posibilitó el surgimiento de iniciativas indirectas de intercambio comunitario. Estos trueques se configuraron como oposición, como resistencia y también como complemento al mercado cuando las condiciones inherentes a las prácticas capitalistas, imposibilitaron a diferentes grupos sociales el acceso a bienes y servicios disponibles en la economía de mercado. Las experiencias más relevantes de estos nuevos trueques fueron, el sistema LETS (Sistema de Intercambio Local/ Canadá), los Bancos de Tiempo (Estados Unidos) y el trueque argentino que comenzó a mediados de la década de los 90 y cesó sus actividades en el primer lustro de la década del 2000 (CAJAMAR, 2008).

Estos trueques ofrecieron una solución para facilitar los intercambios directos, al tiempo que desarrollaron mecanismos de complejización del trueque, que permitieron el nacimiento práctico y conceptual de los trueques indirectos. Muchos de ellos comenzaron a utilizar monedas alternativas y mecanismos de información pública y centralizada, alrededor de la cual, fue posible tejer redes de practicantes de trueques.

Para considerar la práctica del trueque como una alternativa económica, que pueda cuestionar el rol desempeñado por la economía de mercado en los intercambios, es necesario abordar conceptualmente, el valor de cambio y de uso de los truequeables, así como la utilización de monedas alternativas. Estas condiciones, están presentes en los trueques modernos, y es indispensable profundizar sobre ellas, para así ir dilucidando las racionalidades alternativas que son necesarias para fomentar trueques de naturaleza alternativa.

Adicionalmente, se presentará una síntesis de la forma cómo operan los trueques basados en LETS y en Bancos de Tiempo, ya que estos constituyen los principales ejemplos en los cuales se fundamentan la mayoría de los trueques indirectos modernos. También, se hará un resumen de lo que fue la experiencia de trueque en Argentina a finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI y se presentará al lector una breve introducción sobre las lógicas que motivan el trueque empresarial (ver capítulo 3.4) en diferentes coyunturas macroeconómicas, entendiendo este tipo de trueque como un complemento a la economía de mercado.

Para finalizar el capítulo, se retomarán los trueques mencionados, ahondando en las racionalidades que les permitieron ser experiencias exitosas de intercambio sin dinero. Este abordaje alimentará unas consideraciones en torno a la necesidad de visibilizar prácticas económicas diferentes a la economía de mercado, que sean capaces de generar unas reflexiones críticas en torno a la condición hegemónica del sistema capitalista, sin dejar de reconocer que el trueque también es un instrumento para movilizar el capital en un sistema de mercado.

### **3.1 Valor de uso y valor de cambio**

El valor de uso y el valor de cambio se tornan elementos conceptuales centrales para comprender la lógica de los intercambios económicos capitalistas, alternativos o mixtos, en la medida en que estos están intrínsecamente relacionados con los productos y servicios que están en el mercado. Siguiendo a García Canclini (1993, p. 79), la dotación de valor de aquello disponible en la economía de mercado, tiene una relación directa con el consumo para suplir necesidades, aunque estas no sean necesarias sino que “surgen en sus diversas “presentaciones” culturales como resultado de la interiorización de determinaciones de la sociedad y de la elaboración psicosocial de los deseos” (García Canclini, 1993. p. 79). Esta mirada está en contravía de aquella que promueve una concepción naturalista de las necesidades, porque va más allá, al cuestionarse por aquellos bienes y servicios que en el mundo moderno son consumidos por las personas, atesorados, significados como valor de uso y de cambio, y que se consumen por fuera del estricto marco de la supervivencia.

Para introducir al lector en la diferencia existente entre valor de uso y valor de cambio, es orientador el ejemplo de la vivienda utilizado por Harvey (2014). El valor de uso de una vivienda

es más que amplio, allí se puede constituir una familia, un hogar, puede ser el lugar de trabajo, puede ser un taller; una vivienda ofrece protección y cobijo del frío y la intemperie. Según Harvey (2014, p. 32), una vivienda otorga estatus y pertenencia social, al tiempo que puede ser un lugar para el delito. En conclusión, es prácticamente ilimitado el valor de uso de una vivienda, y depende en gran medida de las particularidades de sus habitantes.

En contraposición, el valor de cambio de una vivienda implica inicialmente su adquisición, sea por la vía de la compra o del arriendo o del regalo, para poder ser utilizada, y así, darle un valor de uso. El dinero, que es lo que otorga el valor de cambio a una vivienda, se convierte en un recurso que limita las posibilidades del uso que esta tiene. Si quien adquiere una vivienda, solo tiene para comprar o alquilar una con dos habitaciones, queda imposibilitado para adquirir una de tres, adicionalmente el dinero permite determinar el sector, el tamaño y el estrato de la vivienda, por tal motivo, su utilización y su valor se encuentran relacionado con el valor de cambio que ésta tenga.

El ejemplo de la vivienda conlleva a comprender la relación entretejida entre valor de uso y valor de cambio, dejando en claro que el valor de cambio es importante por su convertibilidad en dinero, el cual es universalmente aceptado como medio de intercambio en una sociedad capitalista. No obstante, alrededor del valor de uso y el valor de cambio, surgen todo tipo de consideraciones sobre qué motiva el establecimiento del valor en uno u otro, y cómo se entretejen, haciendo posible otras dinámicas del mercado.

En relación con el valor de uso, Haug (1989) argumentaba que este es el que impulsa la compra y el consumo de mercancías, ya que “solo después de consumada la venta, puede comenzar el consumo” (p.5). Considerar el valor de uso como condición inicial del consumo y el disfrute de lo que se necesita, ya sea para sobrevivir o no, implica tener en cuenta la condición en la que el valor de cambio es la variable dependiente del intercambio capitalista, debido a que “la realización del valor de cambio es condición de la realización del valor de uso” (Haug, 1989, p. 5). Esto significa que el dinero solo puede ejercer su poder de compra, cuando el consumidor decide acceder a una mercancía.

El argumento de Haug (1989), sobre la importancia del valor de uso para motivar el intercambio capitalista, es similar al de García Canclini (1993), quien pide desechar “la concepción naturalista

de las necesidades y la visión instrumentalista de los bienes” (p, 80). Esta concepción resume y reduce la cuestión del consumo, como algo destinado a la satisfacción de un “paquete de necesidades” (p.80). Este enfoque no tiene en cuenta el valor simbólico del cual están cargadas las mercancías en el mundo moderno, y no obstante, es el enfoque conductual que acompaña las racionalidades hegemónicas de la economía de mercado. Como consecuencia de esta postura eficientista y optimizadora de los mercados, el valor de cambio, entendido en forma de dinero, es central para los intercambios capitalistas, porque solo a través de su utilización y circulación se puede cubrir ese “paquete de necesidades” que tiene cada ser humano.

Debido a que la economía de mercado es una práctica hegemónica, la relevancia de su unívoca mirada sobre el valor de cambio como elemento condicionante para acceder a bienes y servicios, logra trasladarse a otros escenarios del desarrollo humano. A manera de ejemplo, es pertinente el caso del urbanismo, allí, hay una contradicción permanente entre:

El espacio como mercancía concebido y movilizado en tanto que valor para obtener plusvalías, y, del otro lado, el espacio vivido, es decir, el espacio de la experiencia producido a través de las prácticas, usos y relaciones sociales. Esta contradicción, sin embargo, no implica necesariamente una negación, sino más bien que el urbanismo intentará ajustar el espacio vivido al espacio mercancía (Franquesa, 2007, pp. 127-128).

En este ejemplo, el espacio vivido, que es el valor de uso que se da al espacio en un territorio determinado, se encuentra supeditado a los intereses económicos que se concentran en los valores de cambio del espacio como mercancía.

Sin embargo, el valor de uso, que parece ser menos relevante en la explicación de la economía de mercado capitalista sobre la forma como se dota de valor a las mercancías, adquiere una centralidad especial en el debate sobre los intercambios alternativos, porque allí, el valor de uso es resignificado por variables que no dependen exclusivamente de los costos de producción, sino que vinculan aspectos simbólicos para facilitar los intercambios, cuando se aceptan como elementos inherentes a las mercancías el tiempo que cuesta producirlas, el esfuerzo, el conocimiento, entre otras. Esta carga simbólica contribuye a establecer el valor de uso de una mercancía en un mercado de trueque, y en esa medida, condiciona lo que en ese mercado alternativo se acepte como valor de cambio.

A manera de síntesis, el valor de uso y el valor de cambio son las dos partes de un todo que es la determinación del valor de un bien o un servicio. Según sea la racionalidad económica que esté presente en un mercado, las mercancías serán valoradas según su valor de uso o valor de cambio. Cuando se trate de mercados con fines capitalistas, las racionalidades asociadas a la ganancia, la inversión y la acumulación del dinero estarán presentes y el valor de cambio será determinante para el consumo de mercancías. En los mercados alternativos, como por ejemplo los trueques, directos e indirectos, el valor de uso adquiere una connotación mayor para el establecimiento del valor.

### **3.2 Monedas alternativas**

Las monedas alternativas como acompañantes de los trueques, surgen durante todo el siglo XX en países como Suiza, Inglaterra, Austria, Australia Estados Unidos, Canadá y Argentina entre otros (Santana, 2011, p. 264), como un mecanismo alternativo para afrontar situaciones económicas difíciles. Con esta premisa, la utilización de las monedas alternativas, estuvo marcada por fenómenos socioeconómicos de alto impacto, que obligaban a la ciudadanía a desarrollar estrategias de intercambio que pudieran mitigar el acceso limitado a bienes y servicios.

En este contexto de dificultad económica, surgieron entre 1980-1982 en Canadá y Estados Unidos monedas alternativas como los Local Exchange Trading Systems (LETS) que traducido al español significa “sistemas de intercambio local” y el primer Banco de Tiempo conocido como Time Dollar. Teniendo como ejemplo estos dos modelos, surgieron diferentes comunidades que empezaron a utilizar la moneda alternativa, como un instrumento para facilitar las dinámicas del trueque. Hasta el año 2001, las experiencias similares a los LETS se habían implementado en dieciséis países de Europa, dos de Oceanía, dos de América del Norte, uno de Sur América, dos en Asia y uno en Oriente Medio, mientras que los Bancos de Tiempo encontraron espacio en Estados Unidos, Japón y Reino Unido (CAJAMAR, 2008, p. 20).

Tomando como referencia el análisis realizado por Santana (2011) sobre el dinero y/o monedas alternativas, y la forma como éstas han sido abordadas por diferentes autores, la autora logra resumir las condiciones más frecuentes que motivan el establecimiento y surgimiento de una

moneda alternativa. Según sus observaciones, los rasgos más comunes de las monedas alternativas son:

1. Ayuda a remunerar el trabajo, teniendo o no, un empleo.
2. Facilita los intercambios sin necesidad del dinero “convencional” (o con poco de éste).
3. Previene la escasez ante una catástrofe financiera, y 4. Busca la inclusión social, por medio de la formación de comunidades a través de intercambios recíprocos (Santana, 2011, pp. 264-265).

Estos cuatro rasgos de las monedas alternativas, permiten inferir que su utilización ocurre en el marco de los intercambios con fines no capitalistas, situación que aleja a los trueques a través del uso del dinero alternativo de las prácticas propias de una economía de mercado.

Sobre las monedas alternativas es pertinente señalar que estas no poseen una definición única, ya que se les conoce con diferentes nombres aunque compartan formas de operar.

Se entiende por sistemas monetarios sociales, también conocidos como alternativos, comunitarios, complementarios, locales, paralelos, etcétera, a aquellos sistemas monetarios que se crean al margen de las monedas oficiales del país, y que tienen como objetivo fundamental la promoción de proyectos económicos y sociales de carácter local (CAJAMAR, 2008, p.17).

Esta definición de moneda alternativa es ampliada por Santana (2011) cuando explica cómo, dependiendo del contexto, la moneda alternativa ha ido adquiriendo diferentes formas de ser nombrada:

Dinero alternativo, por funcionar en lugar del convencional en ciertos contextos; también se le conoce como dinero local porque circula en lugares delimitados; complementario porque se complementa con el dinero convencional; incluso hay quienes le han llamado dinero/ no dinero, porque realiza algunas de las funciones del dinero convencional actual, cómo generar interés o especular. Se le conoce también como dinero social por ser creado, emitido y controlado por grupos sociales y dinero comunitario en parte, porque funciona en comunidades de personas que se relacionan directamente y desean establecer un medio de intercambio alternativo (p. 265).

El funcionamiento de las monedas alternativas depende del contexto y este puede ser estático o variable según las condiciones dadas al interior de cada escenario de trueque (Humprey y Hugh Jones, 1998, pp. 6-11-16). Adicionalmente, el que existan y tengan el potencial de generar mercados paralelos que comienzan en lo micro, pero pueden ir hasta lo macro como en el caso del trueque argentino (Fernández, 2009, p13), dan cuenta de una economía diferente, que expresa la necesidad de poner a los excluidos del intercambio capitalista en el juego del

mercado (Francés, García y Aris. S/F, p. 12). De esta forma, los pobres, los desempleados y otros, aumentan sus posibilidades de acceder a bienes y servicios disponibles en los mercados de trueque, pudiendo así, mejorar su calidad de vida mientras se promueven formas de intercambio alternativas.

Ya sea como resistencia, como oposición o como complemento a la economía de mercado, la finalidad de las monedas alternativas es la de generar espacios económicos de carácter diferente al hegemónico capitalista. Al hacer esto, las monedas alternativas contribuyen a la creación de racionalidades y relaciones sociales a su manera, distando de las construcciones, formas y racionalidades propias de la economía de mercado.

Cuando los trueques utilizan monedas alternativas para su funcionamiento, indirectamente están introduciendo en los intercambios, valores y racionalidades que se alejan de la lógica del dinero y su tenencia como único método de acceso a mercancías. De esta forma, valores como la solidaridad, la reciprocidad y la confianza, adquieren un rol preponderante en los nuevos mercados de trueque. Por tal motivo, cuando estas tres condiciones comienzan a adquirir ésta importancia, es que comienzan a establecerse como racionalidades necesarias para hacer posible mercados de trueque de naturaleza alternativa.

Es tan importante que existan otras racionalidades en torno a los intercambios que utilizan monedas alternativas que “necesariamente han de ser sistemas con una dimensión espacial limitada, basados en conceptos de vecindad, solidaridad, conocimiento y confianza mutuos” (CAJAMAR, 2008, p. 18). Cuando estas condiciones están presentes, la motivación para realizar intercambios deja de ser la ganancia. Al desaparecer la ganancia de la teleología de los intercambios, entran a jugar toda una serie de nuevas dimensiones de valoraciones económica, que son en últimas, las que permiten el establecimiento de nuevos sistemas económicos de trueque, operados por la utilización de monedas alternativas en intercambios directos e indirectos, en sociedades con tejidos sociales diferentes.

### **3.3 Experiencias de monedas alternativas**

Con el objetivo de visibilizar trueques que han utilizado monedas alternativas para su funcionamiento, serán presentadas tres experiencias de trueque que operaron con este mecanismo,

como una herramienta para hacer frente a las dificultades del acceso a la moneda oficial. Los LETS y los Bancos de Tiempo, constituyen dos ejemplos de trueque indirecto que se apoyaron en la existencia de la moneda alternativa o facilitador para dinamizar el universo de sus intercambios. También, se hará una mención al trueque argentino de finales de siglo XX y principios del siglo XXI; ya que este fue en su mayoría, un ejercicio de intercambio directo que logró involucrar a millones de personas de manera constante en mercados de trueque.

### **3.3.1 El sistema LETS**

El sistema LETS, fue creado por Michael Linton en Canadá en 1982, en Comox Valley, Columbia Británica, como respuesta a la situación de desempleo que vivía la región (Francés, García y Aris. S/F, p. 9). Los LETS funcionaban como una red de intercambio local, en la cual, todos los participantes podían valorar sus servicios o bienes en una moneda común (llamada también local, alternativa o facilitador, en este caso LETS), acordada colectivamente, la cual se asemejaba en su poder de compra a la moneda nacional vigente. Esto servía como medida de orientación para valorar de los truequeables ofertados.

Cuando la red de LETS se conformó, los miembros podían solicitar los truequeables ofertados por otros miembros de la red, sin la necesidad de responder recíproca e inmediatamente con un bien o un servicio propio. Al adquirir un truequeable de otro miembro de la red, automáticamente quedaba consagrado el compromiso de responder con sus propios truequeables cuando estos fueran solicitados por algún miembro perteneciente a la red. De esta forma, en los LETS existe una condición permanente de deuda, la deuda no solo es un saldo negativo para quien está comprometido a ofrecer sus truequeables cuando sean solicitados, es la forma como se crea confianza entre los miembros de la red (Francés, *et al.* S/F, pp.9-10), que confían de cara al futuro, en contar con la posibilidad de acceder a los truequeables de quien posee la deuda.

Con los LETS, la deuda es la forma de crear riqueza colectiva, porque de esta forma se dinamiza el sistema ya que:

La existencia de cuentas con balance negativo es absolutamente necesaria pues solo así es posible la creación de riqueza, ya se trata de un juego de suma cero en el que el total de los balances negativos es exactamente igual al de los balances positivos. Así, cuanto mayor sea el poder de

endeudamiento, mayor será la capacidad de creación de riqueza por parte del grupo (Francés, et al. S/F, p.10).

La forma utilizada en los LETS para controlar el exceso de endeudamiento por parte de algunos miembros del grupo o red, fue centralizar la información y sistematizar el número de integrantes, así como los servicios ofertados, cambiados y demandados, de manera que todos los pertenecientes a la red pudiesen saber en todo momento, los balances negativos y positivos de cada uno de sus miembros. La dificultad principal de los LETS fue descrita por Schuldt (1997) (citado en Francés, García y Aris. S/F), quien afirmaba que si algún miembro dejaba de cancelar sus deudas, el sistema se rompía, por tal motivo era esencial que todos los participantes se conocieran, para así, promover la confianza en el procedimiento.

Los LETS son sistemas de crédito mutuo que funcionaron gracias a la confianza depositada en sus participantes. Esta condición de los LETS, evidencia el rol sobresaliente de la confianza como elemento indispensable para este tipo de intercambios. Adicionalmente los LETS, aunque no se reconocieron en su inicio con el nombre de trueque, operaron bajo la lógica de los intercambios indirectos, utilizaron moneda alternativa y surgieron como una necesidad frente a las externalidades del desempleo en una localidad definida. Los elementos que dan vida y permiten la existencia de los LETS, pueden entenderse en el marco de las propuestas alternativas de intercambio, adicionalmente, es posible encontrar más de 5.000 formas distintas de moneda alternativa en todo el mundo (20Minutos.es, 06/04/2014), la mayoría de éstas inspiradas en la idea inicial de Linton. Teniendo como referencia el número de trueques en forma de LETS que se practicaban para el año 2014, se advierte un rápido crecimiento de esta práctica a partir del año 2001, cuando los LETS solo estaban presentes en 24 países de todo el planeta.

### **3.3.2 Bancos de tiempo**

Los Bancos de Tiempo surgieron de manera simultánea a los LETS, en el año 1983, en Estados Unidos, su fundador, Edgar Cahn, consideraba que la unidad de medida para hacer posible un intercambio alternativo no era el estipulado en una moneda social, sino en el tiempo, valorado en las horas que alguien invertía desarrollando una actividad. Con la idea del tiempo como valor de cambio, Cahn promovió en Estados Unidos el primer Banco de Tiempo, conocido como Time Dollars, y amplió la posibilidad de establecer una red de comercio entre la población

tradicionalmente marginada de la economía de mercado (CAJAMAR, 2008), entre los cuales se encontraban los desempleados, los ancianos, los pobres y otros grupos excluidos, ya que estos, así no poseyeran dinero para acceder a mercancías, podían ofertar su propio tiempo de trabajo para acceder a otros truequeables.

Los Bancos de Tiempo, fueron una evolución de los LETS, llegando a ser un “sistema auto gestionado, basado en la solidaridad, en el voluntariado, y en consecuencia, sin base contractual en el intercambio de servicios” (CAJAMAR, 2008, p.41) lo que denota un alto grado de confianza entre y hacia los miembros de la red. Adicionalmente, los Bancos de Tiempo utilizaron la hora como unidad de valor, así, el tiempo podía ser una unidad de medida más equitativa que otras medidas de valor, debido a que “las horas de un operario sin cualificación valen lo mismo que las de un directivo con alta cualificación académica y profesional” (CAJAMAR, 2008, p. 42). Con esta orientación respecto al tiempo, el funcionamiento de los diferentes Bancos de Tiempo ha sido más o menos homogéneo. En ellos existe una entidad reguladora que imprime una especie de moneda, cuyo valor en tiempo equivale al de una hora y con esta moneda se le paga a quien realiza un trabajo en horas al interior de la red. Para estimular el comercio en horas trabajo, el Banco de Tiempo encargado de imprimir su propia moneda, otorga con cierta regularidad a través de programas de incentivos nuevos vales o monedas respaldadas en horas (Francés, *et al.* S/F, p.11), así, logran un flujo constante de moneda alternativa en el espacio en el que ésta es aceptada como valor de cambio.

La experiencia de Banco de Tiempo más significativa fue el sistema montado en Ithaca (Nueva York), por Paul Glover quien en 1991, “decidió poner en marcha este dispositivo para tratar de alentar a la población a que utilizara su tiempo y dinero dentro de la comunidad y frenar así lo que él consideró como un desvío de energía hacia la gran ciudad de Nueva York” (Francés, *et al.* S/F, p. 10). Glover creó una moneda llamada Ithaca-Hours equivalente a 10 dólares, que podía utilizarse en un “radio geográfico de 20 millas desde el centro de la localidad” (p.11). El éxito de este sistema estuvo relacionado con la forma cómo se emitía la moneda Ithaca-Hours y el carácter abierto de su utilización: después de 8 meses, quienes reafirmaban su participación en el Banco de Tiempo, participando de la publicación, recibían incentivos de una o dos Ithaca-Hours.

Otras actividades que se realizaban en torno a la moneda Ithaca-Hours era la impresión de esta moneda de tiempo para ser destinada a obras sociales al interior de la comunidad, además, se realizaban préstamos a los miembros. También, los Ithaca Hours mantenían el sistema de publicación bimensual, que podría ser considerado el cerebro de todo el sistema. (Greco, 2001, citado en Francés, *et al*, S/F), debido a que en esta publicación, era posible encontrar a las personas y comercios que aceptaban y realizaban transacciones de intercambio utilizando los Ithaca-Hours. Sumado a todo lo anterior, la utilización de ésta moneda no estaba restringida al grupo de miembros participantes de la publicación, sino que, por el contrario, cualquiera podía aceptarla y utilizarla como medio de intercambio en el área determinada de 20 millas. Por último, según Moers (1998), la participación de los comercios locales en el sistema Ithaca-Hours fue determinante para su consolidación como realidad económica, debido a que ésta moneda comenzó a ser social y comercialmente aceptada, lo que permitió ampliar su espectro de utilización, este autor también identificó que el éxito de este Banco de Tiempo, se debió a la simplicidad del sistema, y a la alta cualificación de los habitantes de Ithaca.

### **3.3.3 El trueque argentino**

Por su dimensión, el trueque en Argentina de finales del siglo XX se convirtió en una de las experiencias de trueque más significativas debido a su extensión. Allí, se calcula que más de un millón de personas participaron activamente de las redes de trueque, creadas durante la crisis económica que amenazó la estabilidad financiera de Argentina finalizando la década de los 90 (De Sanso, Covas y Primavera, 1998), y que se extendió durante los primeros cinco años de la década del 2000.

El primer club de trueque se creó el primero de mayo de 1995 en la localidad de Bernal (Buenos Aires), por un grupo de vecinos preocupados por la falta de oportunidades laborales. Al reunir inicialmente a 20 personas, establecieron la existencia del grupo para “alcanzar un sentido de vida superior mediante el trabajo, la comprensión y el intercambio justo (...) y responder a normas éticas y ecológicas antes que a los dictados del mercado, el consumismo y la búsqueda de beneficio a corto plazo” (Stancanelli 2002, p.8). Según Fernández (2009, p. 10) el desempleo constituyó la principal razón por la cual el trueque y las actividades relacionadas con éste se convirtieron en una necesidad social.

Entre los años 1996-1997, se adhirieron diferentes corrientes al trueque de Bernal, constituyendo la primera red de trueque. La vertiente ecologista “Programa de autosuficiencia regional”, creada por De Sanso y Ravera, y la red profesional de Covas, dieron un impulso inicial a la expansión y consolidación de esta red de trueque. Posteriormente se vinculó la “Red de intercambio de saberes y cibernética social”, impulsada por Primavera y Del Valle. A partir de esta vinculación, se introdujo en la red la necesidad de un proceso de capacitación permanente a sus miembros sobre el trueque y sus formas de operar, como parte fundamental del proceso metodológico para la promoción de formas alternativas de intercambio (Fernández, 2009, p.9). Para el año de 1997, “(...) el trueque alcanza a 320.000 personas, reunidas en cerca de 400 nodos ubicados en 15 provincias y la ciudad de Buenos Aires” (Fernández, 2009, p. 11). Con la puesta en marcha de la primera red de trueque, esta práctica comenzó un proceso de expansión regional y nacional que se mantendría hasta los primeros años de la década del 2000.

Durante este periodo, el trueque argentino adoptó para sí el concepto de prosumidor, de Alvin Tofler (1980), abordado en su libro “La tercera ola” y publicado por primera vez en Estados Unidos en 1979. En este texto, Tofler definió como prosumidor a quienes eran consumidores y productores al mismo tiempo. Esta nueva forma de entender el rol del individuo en un sistema de intercambio alternativo paralelo al de la economía de mercado, se expandió por todas las provincias argentinas, motivando la vinculación y la participación de múltiples personas y grupos en los clubes de trueque, permitiendo que para el año 2001 el número de participantes llegara a más del medio millón en 20 provincias. No obstante a partir del año 2002, como consecuencia del corralito financiero y la escases de dinero circulante, debido a la inmovilización de depósitos bancarios decretado por el presidente Fernando de la Rúa, comienzan a inscribirse en los diferentes nodos de trueque más de 5 mil personas al día (Fernández, 2009, p.11).

Finalmente, desde el año 2003 comenzó un rápido descenso del trueque como práctica de intercambio alternativa. La mayoría de los autores que hablan al respecto (Hintze, 2003. Fernández, 2009, entre otros) están de acuerdo en que la masificación de la práctica fue la razón de su fin, debido a que comenzaron a integrarse en los trueques argentinos racionalidades provenientes de la economía de mercado. Fue así como procesos oxidación de la moneda alternativa (tiempo en el que la moneda alternativa y/o facilitador puede ser usado en un mercado, antes de perder su valor de cambio) inexistentes o muy espaciados en el tiempo, favorecieron la

acumulación del capital alternativo. Al hacer esto, los tenedores de la moneda alternativa pudieron especular con ella, alterando la confianza, la solidaridad y la reciprocidad propia de una red o nodo de trueque.

El fenómeno del trueque argentino fue ampliamente estudiado y analizado por diferentes investigadores, llegando a conclusiones opuestas sobre su potencial como práctica alternativa. De Sanso, Covas y Primavera en 1998, defendieron al trueque como una práctica que se enfrentaba directamente al sistema capitalista al cuestionar las racionalidades del dinero y la economía de mercado. Estas opiniones sobre el trueque argentino como resistencia al capital fueron cuestionadas por Krause (en Hintze, 2003), quien realizó una crítica a los clubes y las redes de trueque que se consideraban a sí mismos una alternativa al capitalismo. Según Krause y su argumento, en el trueque:

Los participantes simplemente intercambian bienes y servicios. Pretender que, además, al hacerlo están participando de una revolución social y política para eliminar el capitalismo es no ver que sus participantes están llevando a cabo acciones netamente capitalistas (Hintze, 2003, p.119).

En el centro de estas miradas divergentes sobre el trueque como alternativa para posibilitar intercambios, se hallaba un grupo de investigadores que veían al trueque como un proceso en la mitad entre “los movimientos colectivos de protesta y los movimientos puramente reformistas” (Gatti, 2010, p.268). Entre estos se encontraban Hintze y Coraggio (2003) y Gatti (2010), quienes defendieron la importancia del trueque como motor de cambio social y de restablecimiento de lazos de solidaridad entre vecinos, donde el sistema de intercambio alternativo dignificaba el trabajo, recompensando el esfuerzo y el tiempo en la producción de un bien o servicio por fuera del marco de la ganancia y el atesoramiento del dinero. Frente al caso argentino, estos investigadores no negaron la importancia del capital en el mercado, lo que sí hicieron en relación con el trueque, fue concluir que éste puede ser un sistema complementario al capitalismo, al ser una práctica que se nutre de “otras” racionalidades para su funcionamiento.

### **3.4 El trueque empresarial. Ejemplos de Rusia y Estados Unidos**

Sobre el trueque, es posible admitir que no es una práctica ajena al comportamiento social, que es común en la escala del favor y los intercambios microeconómicos. Está compuesta por una serie de reglas, formas, matices, compromisos y valores, que no son generales, y que por el contrario,

responden a formas propias y autónomas de llevar a cabo los trueques entre aquellos que los practican. Por su parte, el trueque no solo se limita a mecanismos de intercambio local entre personas y comunidades, sino que también, abarca los intercambios de carácter industrial y empresarial.

Diversos estudios realizados sobre las dinámicas de trueque en Rusia y Estados Unidos (Noguera y Linz, 2006. Cresti, 2005. Carlin, Schaffer, Fries y Seabright, 1999.), evidencian una relación del trueque, su puesta en marcha y amplitud desde la óptica industrial y empresarial, estrechamente vinculada a las coyunturas macroeconómicas. En Rusia, la reorganización económica después del colapso de la Unión Soviética, se vio marcada por una historia política que generó ciertas prácticas culturales que favorecieron la utilización del trueque, en un momento histórico en el que las condiciones de estabilidad asociadas al crecimiento económico no estaban garantizadas en este país. Mientras que en Estados Unidos por el contrario, la industrialización acelerada tuvo como uno de sus resultados, la existencia de un trueque de carácter comercial y empresarial, práctica que estuvo en sintonía con las lógicas capitalistas de aumentar los canales disponibles para la circulación de mercancías.

En Rusia, el trueque empresarial de la década del 90 del siglo XX, es el resultado de la inestabilidad económica causada por la caída de la Unión Soviética. Allí, a partir de una muestra de 3125 empresas, (ver Carlin, Shaffer y Seabright, 2000), pudieron concluir que el trueque empresarial en este país se presentaba en mayor medida en el sector rural, sobre todo en las prácticas vinculadas a la agricultura. De esta observación, se pudo establecer además que la ubicación, en otras palabras la lejanía de la periferia en relación al centro, favorecía la existencia de trueques. Otro de los factores determinantes para la existencia del trueque en Rusia fueron una solvencia limitada y una escasez de moneda circulante, (Carlin, Shaffer y Seabright, 2000 y Noguera y Linz, 2005). Los trueques en Rusia en la década del 90, no solo son el resultado de una economía inestable en proceso de reestructuración, sino que son respuestas y resistencias a un modelo económico asfixiante tributariamente, como por ejemplo: dificultades con el pago de impuestos, climas de inversión pobres y una financiación problemática y compleja (Carlin, Saffer y Seabright, 2000, pp. 14-15).

Ahora, desde una mirada ortodoxa de la economía liberal y neoliberal, el trueque en Rusia, si bien era una respuesta a la inestabilidad económica, era también un obstáculo, o mejor, una dificultad para generar un escenario de crecimiento económico. Siguiendo a Carlin, Saffer y Seabright (2000), las empresas afines a los trueques no se caracterizaban por introducir nuevos productos en el mercado, en cambio, aquellas en proceso de reorganización si lo hacían, y al hacerlo aumentaban sus rendimientos. En otras palabras, el trueque no solo era negativo para el proceso de reorganización macroeconómica, sino que también afectaba los flujos de dinero circulante, contribuyendo así a limitar la solvencia de moneda disponible (Noguera y Linz, 2005).

Otro de los ejemplos de trueque empresarial es el de Estados Unidos. El clima económico favorable de este país y su relativa estabilidad legal, permitieron el surgimiento de prácticas como el trueque, encaminadas a maximizar las ganancias de las empresas; todo esto a través de un sistema institucionalizado de macro intercambio entre empresas (Cresti, 2003). En Estados Unidos existen redes especializadas de trueque para empresas, que movilizan intercambios de bienes y servicios con otras empresas a través de un sistema de trueque directo cuando la coincidencia de intereses lo permite, o indirecto para superar esta dificultad. Este es un trueque regulado y que paga impuestos, por lo tanto es bien visto en la esfera de las actividades económicas empresariales y las dinámicas tributarias (Cresti, 2003).

Tomando como referencia a Cresti (2003), en el trueque practicado a nivel empresarial en Estados Unidos se reconoce la imperfección de esta forma de intercambio, por tal razón, es que existen redes especializadas que buscan superar este problema. Adicionalmente, se reconoce la importancia de las instituciones para favorecer esta forma de intercambio, que normalmente se usa para movilizar el exceso de existencias (p.5). A partir de las observaciones de Cresti (2003), se puede argumentar que la finalidad del trueque empresarial en Estados Unidos es la de favorecer las ganancias, a través del flujo de mercancías y su compensación en bienes y servicios. El ejemplo que refuerza lo anterior es aportado por la misma investigadora (Crestí, 2003), quien cita a la Asociación Internacional de Comercio Recíproco (IRTA), y dice que el 65% de las empresas existentes en el ranking “Fortune 500”, acuden al trueque y a las redes especializadas de trueque.

Después de las consideraciones anteriores y teniendo presente los argumentos brindados por los diferentes autores sobre el trueque empresarial, es importante señalar una serie de elementos que emergen en la discusión sobre el trueque como práctica de intercambio alternativa al desarrollo. Uno de los puntos a evidenciar es cómo el trueque empresarial es regulado y por eso hace parte del universo tributario de países desarrollados, lo que lleva a inferir que éste no tiene por sí solo una carga ideológica, más bien son las finalidades del intercambio las que lo inscriben en una dinámica de alternativa al desarrollo o de complemento a la economía de mercado. Otro punto es que el trueque es contrario al crecimiento económico y disminuye la circulación de la moneda disponible. En los ejemplos mencionados anteriormente de Argentina, LETS y Bancos de Tiempo, el trueque era, generalmente, la respuesta a una coyuntura económica compleja, no se intuían ninguna de estas dos consideraciones. A partir de la reflexión suscitada por los textos de (Carlin, Shaffer y Seabright, 2000 así como deNoguera y Linz, 2005 y Cresti, 2003) se abre un nuevo panorama de escenarios donde el trueque está presente en los más diversos espacios, pudiendo concluir, bajo la mirada económica capitalista, que el trueque sí afecta los procesos de expansión y consolidación de la economía de mercado en los territorios donde se presentan escenarios de inestabilidad económica.

El trueque empresarial, si bien es un universo de intercambios que puede ser regulado o no, comparte algunas características con aquellos trueques que se enmarcan en lógicas de alternativas o resistencias al desarrollo, algunas de las cuales son importantes de señalar: 1-Es de esperarse que en ambientes macroeconómicos desfavorables, la sociedad y las empresas acudan al trueque como respuesta a las contingencias y coyunturas críticas de la economía de mercado. Por lo tanto, el trueque se presenta en mayor medida cuando hay problemas de circulación de moneda oficial. 2- El trueque, sea empresarial o no, tiene formas operativas propias y heterogéneas, estas dependen de elementos asociados a ubicación geográfica, finalidad del intercambio, entre otros. De ahí que, los trueques no son iguales en todas partes y en ese sentido no son homogéneos, tienen sus propias particularidades. En sintonía con el argumento del trueque como respuesta a crisis económicas, se encuentra uno adicional, el trueque como respuesta a instituciones débiles.

Debido a que el interés de esta investigación se centra en el trueque como alternativa al desarrollo, que indaga por sus potencialidades y dificultades en el mundo de la economía de mercado, se

afirma que el trueque empresarial está lejos de ser una práctica en este sentido, a pesar de compartir algunas racionalidades con los trueques ciudadanos, esos sí de naturaleza resistente y creadoras de nuevas formas de intercambio. El trueque empresarial al enfocarse en la ganancia, demuestra y refuerza su pertenencia al espectro de las racionalidades de la economía de mercado. En ninguno de los cuatro artículos (Noguera y Linz, 2006, Cresti, 2005, Carlin, Schaffer, Fries y Seabright, 1999) tenidos en consideración para el tema del trueque empresarial, se avistaron nociones de solidaridad, reciprocidad y confianza. En esa medida, el trueque empresarial es un complemento a la economía de mercado en crisis (caso de Rusia), o un complemento para aumentar las transacciones en el mercado (caso Estados Unidos). De forma categórica no pertenece a las iniciativas de trueque como alternativas al desarrollo.

### **3.5 Condiciones necesarias para un trueque como alternativa a la economía de mercado**

Como se mencionó con anterioridad, este trabajo sostiene que todo tipo de intercambio alternativo al dinero es una especie de trueque. En este sentido, la vuelta a la práctica del trueque en el interior de un sistema económico de mercado, y tomando como referencia los ejemplos de trueque descritos anteriormente, reflejan la creciente búsqueda ciudadana por alternativas de intercambio que hagan frente a las externalidades del modelo capitalista, entendidas como la existencia de monopolios económicos que impiden una adecuada distribución de la riqueza, además de la pobreza y desigualdad a la que se ven sometidos más de la mitad de los seres humanos que conforman el sistema mundo y la destrucción del medio natural en favor del crecimiento económico como mecanismo para alcanzar el desarrollo. Esa necesidad por otras formas de intercambio en momentos de crisis, como por ejemplo la situación de desempleo generalizado que motivó el surgimiento de los LETS, los Bancos de Tiempo y el trueque argentino, condujeron a la exploración de sistemas de intercambio alternativos que adoptaron el trueque como mecanismo de transacción sin dinero, o como complemento al dinero.

De forma paralela, el trueque, como se pudo comprobar a través de la aproximación a los casos de Rusia y Estados Unidos, es también una herramienta utilizada en el mundo empresarial para movilizar mercancías y aumentar los flujos de capital. El trueque en el sentido empresarial, dependiendo de la coyuntura económica de los países, se realiza de forma institucional o no, y aunque a veces pueda ir en contravía de la reestructuración económica (Rusia) de corte neoliberal,

no se centra en generar resistencias a la economía de mercado, por lo tanto, no es un trueque que promueva relaciones de solidaridad, reciprocidad y confianza.

Estos trueques empresariales más bien son uno de los muchos elementos que tiene la economía de mercado para continuar con su ciclo de producir y consumir, no son trueques de naturaleza crítica al sistema, por lo tanto no son prácticas alternativas al desarrollo. Sin negar la importancia que puede llegar a tener la profundización teórica y práctica sobre el trueque empresarial, se debe comprender que las racionalidades ancladas en la ganancia que favorecen este tipo relacionamiento entre grandes empresas, se escapa de las racionalidades de carácter alternativo de las que trata este documento, por tal razón, el trueque en este trabajo de investigación continuará siendo un concepto ligado a prácticas alternativas al desarrollo.

El trueque, sus potencialidades y dificultades en el marco de un mundo dominado por el sistema económico de mercado, tiene unos objetivos de intercambio de bienes, artículos y servicios, en transacciones ajenas o complementarias al dinero. Puede ocurrir de un modo directo o indirecto y permite la entrada constante de interesados. El trueque, siendo una práctica económica diferente a la tradicional, puede ser complemento o alternativa al modelo de desarrollo. Aceptando la propuesta de Humphey y Hugh-Jones (1997), el trueque es una categoría económica en sí misma, ya que al implementar un sistema efectivo de intercambio, implementa también formas de vinculación social que transforman racionalidades y relacionamientos con el ambiente y sus dinámicas.

Al reconocer la preeminencia de la economía de mercado para movilizar todo tipo de intercambios, y a pesar de los efectos causados por la dinámica capitalista. No debe dejarse de lado en las reflexiones sobre prácticas económicas alternativas que, debido al sinnúmero de intercambios no monetizados que se presentan diariamente, es factible argumentar que siempre han habido trueques, que estos seguirán existiendo y que configuran sistemas de intercambios paralelos al mercado, basados en la confianza, la reciprocidad y la solidaridad (Álvarez, Bordón, González y Valeri, 2010). Estos pequeños trueques que se dan entre familiares, amigos, vecinos, colegas, en los que también participan instituciones y organizaciones son tan “naturales”, que no se perciben como actividades con implicaciones económicas. No obstante, son intercambios de todas las formas y todos los estilos, que adquieren relevancia por su valor de uso y no por su valor de cambio,

el cual pasa a un segundo plano cuando el favor o el regalo, o el “don” en los términos de Mauss (1925/1971), se presentan como elementos de la condición social del ser humano.

Al visibilizar el trueque como una práctica con el potencial de ser una alternativa para establecer vínculos económicos no capitalistas, y en respuesta a las problemáticas ambientales que amenazan la estabilidad de los territorios, promocionar el trueque como otra forma de concebir cierto tipo de intercambios contribuye a la construcción de una realidad en la que otros mundos si son posibles. Siguiendo a Santos (2012), la visibilidad de las prácticas alternativas posibilita “maneras de concebir y organizar la vida económica que implican reformas radicales dentro del capitalismo, basadas en principios no capitalistas o que apuntan, incluso, hacia una transformación gradual de la economía en formas de producción, intercambio y consumo no capitalistas” (p.38). El mismo autor se refiere a la posibilidad emancipadora que tienen éstas otras prácticas y racionalidades para transformar realidades cerradas capitalistas, a través de la divulgación de otras formas de hacer economía, las cuales van ganando terreno en su diferencia y abierta disputa con el capital.

Refiriéndose a las alternativas, Santos (2012) identifica que los problemas sociales del sistema capitalista deben ser contrarrestados. Para lograr esto, considera muy importante visibilizar toda aquella expresión de organización entre personas que cuestionen la viabilidad del modelo de desarrollo, para demostrar por medio de la acción y de los empíricos logrados, que es posible construir relaciones sociales, políticas, económicas y ambientales bajo racionalidades diferentes a las que impone el modelo de desarrollo y el sistema capitalista en una economía de mercado. Para este autor “vivimos en una época en que la idea de que no hay alternativas al capitalismo logró un grado de aceptación que probablemente no tiene precedentes en la historia del capitalismo mundial” (Santos, 2012, p.34). Esta situación “empezó a cambiar en los últimos años con el renacimiento del activismo a favor de una globalización contra hegemónica” (Santos, 2012, p.34), lo que demuestra que prácticas como el trueque además que de que posibilitan hacer intercambios de naturaleza alternativa, tienen un alto potencial de expansión, debido a ese vínculo que tienen, con lo que Santos denomina globalización contra hegemónica, en la que se promueven otras formas de relacionamiento entre seres humanos y naturaleza, y en donde racionalidades asociadas a la solidaridad, la reciprocidad y la confianza, son constitutivas de nuevas formas de entender las relaciones sociales y económicas, con el potencial de superar la mirada instrumental y eficientista de los intercambios capitalistas en una economía mercado.

Sin embargo, la resistencia al sistema económico de mercado, no solo pasa por generar otro tipo de intercambios para la movilidad de truequeables, sino que implica la generación de espacios propicios para fomentar la consolidación de “otras” formas de sociedad. Y es que, si se entiende el mercado como un sistema hegemónico, se entiende a su vez como un sistema dominante culturalmente que:

“tiene su fundamentos en un proceso histórico de deconstrucción-construcción de lo social, de creación de un sistema de relaciones sociales, legitimador y reproductor de la dominación burguesa, que aparece ante nosotros como natural y necesario cuando en realidad no es más que cultural y artificial” (Noguera, 2011, p. 8).

Esta forma de producción cultural se corresponde con la mirada de Gramsci sobre la hegemonía, entendida como “la construcción ideológica de la sociedad, alrededor de un sistema cultural” (Noguera, 2011, p.8). Así pues, si se acepta la afirmación de Santos sobre el aumento en el activismo en favor de una globalización contra-hegemónica, es necesario sumar un argumento para que esas prácticas que se presentan como alternativas, entre las cuales se ha vinculado al trueque, puedan tener una posibilidad real de serlo.

Hecha la observación anterior, está clara la importancia de visibilizar otras prácticas, pero también, es imperante que emerjan nuevos valores y nuevas formas de comportamiento, nuevas racionalidades, que puedan ir configurando un sistema cultural, que a su vez contenga una carga ideológica, que pueda trascender al plano de lo político, esto es los escenarios de toma de decisiones. Cuando estas nuevas ideas y nuevas formas de relacionamiento van copando los espacios tradicionalmente ocupados por las dinámicas de la economía de mercado, es cuando éstas pueden ser consideradas como alternativas reales y con posibilidad de expansión de abajo hacia arriba, al interior del sistema económico de mercado. En este sentido el trueque, en un mundo globalizado y con la posibilidad de surgir y definir sus propias reglas en cualquier lugar del planeta, debe a su vez, tratar de ser una alternativa no solo de intercambio de bienes y servicios como complemento al mercado, sino de formación de valores, una escuela práctica de otras y nuevas formas de relacionamiento entre seres humanos y entre seres humanos y la naturaleza.

Ahora, debido a que el nuevo epicentro de luchas contra-hegemónicas ocurren como resultado de dinámicas de la globalización, se hace urgente definir lo que esto significa, porque es allí, en este campo de interacción global y de transmisión de información en todas las direcciones y a una

altísima velocidad, donde las prácticas contra-hegemónicas tienen su capacidad de expandirse y darse a conocer. Por lo tanto, realizar una aproximación al concepto de globalización, ayuda a comprender los escenarios coyunturales que favorecen o dificultan la prevalencia y expansión de trueques directos e indirectos. De un modo sintético, la globalización es entendida como un proceso cultural de conectividad compleja “una red de interconexiones e interdependencias característica de la vida social moderna” (Fernández Huerta, 2012, p.114). Apegado a esta definición, se encuentra que la vida moderna está globalizada, y la interdependencia cultural, social, ambiental y económica es cada vez mayor, y en consecuencia, la explosión de múltiples realidades socio ambientales encuentran en la globalización económica, un síntoma de un mundo aferrado a un sistema económico de mercado hegemónico y dominante, que beneficia constantemente a quienes poseen y reproducen el capital, a costa del bienestar de otros menos preparados para el mercado.

Aun cuando la globalización, el desarrollo y la economía de mercado van de la mano para seguir aumentando las dinámicas capitalistas, la globalización también ofrece un escenario de resistencia a quienes se oponen a la economía de mercado (Beck, 2004, pp. 374-375). Debido a todas esas múltiples realidades generadas por la globalización, allí también se encuentra el potencial para producir formas de organización que se opongan a las prácticas económicas tradicionales capitalistas. En este sentido, el trueque como alternativa al desarrollo y a la economía de mercado, puede adaptarse práctica y discursivamente a la globalización, a sus valores de universalidad, interdependencia y a su conectividad compleja, logrando así, promover nuevas racionalidades económicas que refuercen valores asociados a la solidaridad, la reciprocidad y la confianza.

El trueque, en un contexto de globalización económica, cultural, social y ambiental, con una coyuntura atravesando una fase B de un ciclo Kondratieff de largo aliento, tiene ahora, más que nunca, el potencial de ser una propuesta real en la búsqueda por prácticas alternativas al desarrollo. Interiorizar esta ventana de oportunidad que tiene el trueque, es comprender que “de ahora en adelante nos vemos abocados a la existencia de modernidades híbridas, locales, mutantes, alternativas o múltiples” (Escobar, 2005, p.97). Al comprobar, gracias a Escobar, que la condición hegemónica de la economía de mercado se puede subvertir a pesar su dominancia cultural, porque el mundo es tan homogéneo como heterogéneo en un mundo globalizado, es descubrir que el trueque tiene el potencial de irrumpir con éxito en muchos y variados espacios comunitarios y

territoriales. En este sentido, el trueque puede ser “un espacio para reelaborar la modernidad” (Escobar, 2005, p.97), de una manera más justa y menos desigual, por medio de la exaltación de racionalidades asociadas con la solidaridad, la reciprocidad y la confianza.

A manera de cierre, este capítulo sintetizó la noción de trueque como práctica que depende de los intereses de los actores para dotarla de un sentido político, de esta forma, el trueque que no pertenece de lleno a las lógicas de la economía tradicional, tiene el potencial de generar otro tipo de intercambios, escapando a las formas de operar de la economía de mercado, promoviendo racionalidades diferentes a la hora de valorar e intercambiar los truequeables. Las principales racionalidades alternativas que acompañan los trueques, pueden ser agrupadas en tres: solidaridad, reciprocidad y confianza. Estas tres racionalidades, entendidas también como valores alternativos a la economía de mercado, han sido ampliamente debatidas en los trabajos académicos sobre capital social y economía social y solidaria (Márquez, 2006. Saiz y Rangel, 2008. Frediani, 2011). En la literatura sobre trueque, suelen ser presentados como condiciones inherentes a los intercambios alternativos, no obstante, y a pesar de reconocer la importancia de cada una de estas racionalidades, no se tratan como una triada, y en cambio, son vistos como una suma de racionalidades facilitadoras de otro tipo de intercambios. A partir de los avances realizados en este trabajo de investigación, se considera que el trueque alternativo no puede existir sin solidaridad, sin reciprocidad y sin confianza entre los miembros de una red o club de trueque, por lo tanto, estas tres racionalidades deben entenderse como un todo, cuando se trata de impulsar trueques de naturaleza alternativa que cuestionen o se opongan a la economía de mercado. De esta forma, el trueque puede ser entendido no solo como un medio de intercambio, sino también, como un medio transformador de racionalidades en favor de una sociedad más justa y equilibrada.

De la manera como el trueque ha sido abordado en este capítulo, queda demostrado que éste, así tenga el potencial de impactar en macro contextos de crisis económicas en una región o un país, como fue el caso de Argentina, se encuentra más cómodo en escenarios locales, donde las dinámicas de adquisición de truequeables por medio del dinero, pueden ser alteradas a través de un acuerdo social de intercambio alterno en el que muchas veces se involucra el uso de moneda alternativa. En tal sentido, el trueque es una práctica con el potencial de ir en contravía de las lógicas del sistema económico de mercado en la generación de intercambios, la producción y reproducción de capital y por supuesto la inversión y la ganancia. Puede lograrlo, mediante una

reelaboración de racionalidades diferentes a las promovidas por un sistema económico de mercado, teniendo como base “otro intercambio”, contribuyendo a la reconfiguración de epistemes que busquen privilegiar la construcción de un tejido social por sobre la adquisición y acumulación de poder a través del dinero.

El trueque, entendido como una práctica alternativa, puede contribuir paso a paso a modificar las condiciones de pobreza, desigualdad, competencia y destrucción de la naturaleza, que se presentan por todo el planeta, como consecuencia de la masificación y puesta en práctica de las racionalidades hegemónicas de la economía de mercado. Es así como el trueque, podría ayudar al “desmonte del desarrollo”, lo que en palabras de Escobar significa “inaugurar una discontinuidad respecto a la práctica discursiva de los últimos 40 años” (1996, p.437). A 20 años después de las palabras de Escobar, la economía de mercado sigue siendo dominante, pero también se han expandido prácticas alternativas como el trueque que han logrado mantener vivo el espíritu de Porto Alegre, aquel que constituye la forma como Wallerstein (2008) denominó a todo ese grupo de seres humanos que esperan desafiar el status quo, en pro de una sociedad verdaderamente democrática y con justicia.

De acuerdo con los razonamientos que se han venido realizando hasta el momento en el presente trabajo, sobre todo en el capítulo número tres, en el cual se expuso el trueque, sus principales atributos, potencialidades, dificultades y retos para ser considerado como una práctica alternativa al interior de un sistema hegemónico de mercado, el lector encontrará en el capítulo siguiente (4), una aproximación histórica y crítica a los trueques en la ciudad de Medellín. De esto se desprende una reconstrucción en clave histórica sobre el trueque en la ciudad, y las condiciones que permitieron su aparición y su desaparición en menos de 20 años. En la misma línea y a manera de ejemplo, sin intención diferente a la de propiciar un acercamiento exploratorio al trueque como práctica social, se presentarán a lector cuatro trueques, así como una interpretación de los mismos a la luz de las teorías y reflexiones anteriormente señaladas. Estos cuatro trueques no buscan ser una muestra ejemplar con el fin de generalizar afirmaciones sobre esta práctica, son solamente algunos de los pocos casos hallados de personas que se consideran a sí mismas truequeras frecuentes, y por lo tanto permiten, de forma exploratoria, ir identificando las racionalidades presentes en este tipo de intercambio.

#### **4. TRUEQUE EN MEDELLÍN Y EL VALLE DE ABURRÁ ¿ALTERNATIVAS AL DESARROLLO O COMPLEMENTOS AL MERCADO?**

El trueque, según ha sido expresado en este documento (ver capítulo 3), es una práctica de intercambio que asume una finalidad alternativa cuando así lo desean quienes lo desarrollan. Pero así mismo, el trueque tiene el potencial de involucrar en sus dinámicas, a aquellos sectores y actores poblacionales que desean promover formas alternativas de intercambio, o que simplemente, están imposibilitados para acceder al mercado en sus propias reglas, esto es, utilizar el dinero como valor de compra. No obstante, la mayoría de los trueques están inmersos, o mejor, están al interior de la economía de mercado, es allí donde se originan, se ponen en práctica, se tratan de perfeccionar y posteriormente mueren, o por lo menos gran parte de ellos sí desaparecen pasados algunos pocos años.

Debido a una interesante historia del trueque en la ciudad de Medellín y el Valle de Aburrá, la cual se encuentra bien documentada gracias a una tesis doctoral sobre el tema, realizada por el investigador Brian J. Burke (2012), se quiere presentar al lector una síntesis general de estos trueques, de sus formas de operar, y de las racionalidades que permitieron que emergieran como prácticas de intercambio alternativas al dinero. Utilizando como fuentes primarias el trabajo académico mencionado (Burke, 2012) y algunos relatos de personas participantes de los trueques de Medellín y el Valle de Aburrá, que a su vez participaron en el levantamiento de información para la tesis doctoral citada (Burke, 2012). El objetivo es realizar un recuento histórico de estas acciones, y dar una prevalencia mayor a los trueques acontecidos en Bello, Pajarito y Santa Elena. Esta síntesis histórica permitirá identificar a modo de aproximación preliminar, si los trueques como práctica alternativa en la ciudad de Medellín y su área metropolitana, se desarrollaron según la teoría expresada en los capítulos anteriores, o no.

Adicionalmente, se presentarán cuatro historias correspondientes a personas que se dicen a sí mismas truequeras. Esto significa que practican trueques de forma regular en el tiempo, según sus propias palabras, por lo tanto, sus experiencias y sus opiniones pueden contribuir a generar un marco inicial de aproximación a las lógicas operativas del trueque. Porque es allí, en la práctica, donde la teoría y la realidad se entremezclan, permitiendo observar e intuir, si el trueque sí tiene ese potencial de alternativa al desarrollo que se le ha otorgado a lo largo de este trabajo teórico.

De esta forma, el capítulo cuatro presenta unos hechos de trueque divididos en dos partes, que tienen el ánimo de propiciar un conocimiento base sobre trueques pasados y presentes en un contexto específico, Medellín y sus alrededores. Es así como la primera parte (ver capítulo 4.1) es construida en clave de historia, retoma unos hechos ya descritos en trabajos académicos anteriores y aporta algunas consideraciones nuevas en torno a las condiciones que posibilitaron y posteriormente deterioraron a algunos de los trueques de Medellín y el Valle de Aburrá. La segunda parte (ver capítulo 4.2), contempla la aproximación a cuatro historias de trueque, estos cuatro trueques son distintos en la medida que son realizados individualmente y en el presente, también poseen una carga ideológica que favorece la reflexión sobre las racionalidades que motivan a estas personas a realizar intercambios vía trueque. Finalizando el capítulo se retoman elementos descritos para presentar unos argumentos en torno al trueque como práctica y cómo teoría.

Es importante aclarar, que en este capítulo, las fuentes bibliográficas que se utilizan, así como las opiniones consignadas en las entrevistas realizadas y su posterior interpretación, no constituyen en términos estrictamente metodológicos, un análisis que permita afirmaciones a manera de generalizaciones y en tono de verdad sobre el trueque y sus dinámicas. Se trata de posiciones puntuales y no representativas, que no cuentan con una metodología que permita llegar a conclusiones generalizantes (sobre todo, por no ser el objetivo central de esta tesis de grado), pero que si permiten intuir y explorar inicialmente, el trueque como práctica diferente de intercambio.

Realizar una aproximación a la historia de cómo se desarrolló el trueque en la ciudad de Medellín y el Valle de Aburrá, a partir de los documentos existentes y a partir del relato de los actores directamente involucrados, posibilita un marco de comprensión inicial sobre las potencialidades y dificultades del trueque para consolidarse como práctica social de intercambio alternativo. Adicionalmente, presentar al lector una síntesis de cuatro trueques individuales, constituye una herramienta para propiciar la reflexión sobre las racionalidades que están presentes en las personas que movilizan intercambios a través del trueque. Estos cuatro *casos*, constituyen apenas una muy pequeña muestra, sin pretensiones de obtener afirmaciones fuertes y mucho menos, generalizaciones en torno al trueque, pero si permiten visibilizar las racionalidades que hacen posible que estos trueques se movilicen.

#### **4.1 Un pequeño resumen del trueque en Medellín y el Valle de Aburrá**

Durante los primeros 15 años del nuevo milenio, han sido establecidas múltiples y variadas redes de trueque en Colombia, abarcando colegios, universidades, barrios, veredas e instituciones públicas y privadas. La mayoría de estos trueques han impulsado el intercambio directo de objetos como libros y ropa, posibilitando el trueque, pero no estableciendo un relacionamiento social continuo y duradero. Muchos de estos trueques operan en micro contextos, y por lo tanto su potencial como alternativa se encuentra limitada a realidades concretas de los lugares donde se practica.

En Medellín y el Valle de Aburrá, por ejemplo, según la tesis doctoral en filosofía de la Universidad de Alabama del investigador Brian J. Burke (2012), orientada en comprender el universo de las redes de trueque en la ciudad, se pudo identificar cómo algunas de las redes que se conformaron utilizaron la moneda local/alternativa o facilitador para pervivir, mientras que otras privilegiaron el trueque directo con reglas puestas por los truequeadores en el preciso momento de realizar el intercambio.

Existen y existieron redes de trueque como por ejemplo, en Carlos E, Santa Elena, Altamira, Bello, Pajarito y La América, que surgieron como respuestas sociales para lograr la obtención de lo necesitado, mientras, al mismo tiempo, favorecían las relaciones de solidaridad, reciprocidad y confianza entre los habitantes de una misma comunidad, generalmente de un mismo barrio o grupo de barrios. Las redes de Carlos E, Santa Elena y La América especialmente, lograron consolidarse con la ayuda brindada por el Instituto para el Desarrollo de Antioquia (IDEA) y su programa “Truequeando por Antioquia” el cual funcionó del año 2002 al año 2004 (López, 2007, p.71). Este programa fue una evidencia de cómo el apoyo institucional puede contribuir de manera positiva, al establecimiento de mecanismos de intercambio alternativo a nivel local, debido a que las instituciones dependientes del Estado, generalmente poseen los recursos necesarios para apoyar estas iniciativas.

El programa “Truequeando por Antioquia” tuvo un antecedente proveniente de la ciudad de Medellín, este consistió en un proyecto de acuerdo (Acuerdo 19/2000), que promovía el trueque en la ciudad y además, establecía que el trueque podía ser un mecanismo de cruce de cuentas para

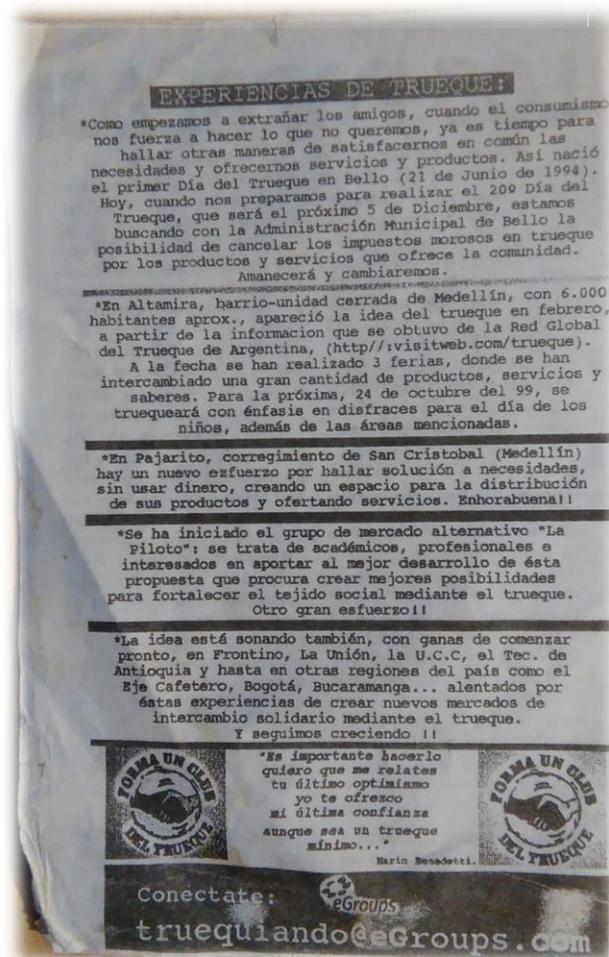
el cumplimiento de las obligaciones tributarias. . El acuerdo 19 del año 2000, no fue sancionado por el Alcalde Luis Pérez Gutiérrez, pero su trámite permitió que el trueque entrara en la escena de la toma de decisiones. (J.J. Cano, comunicación personal, febrero, 2017).

El programa “Truequeando por Antioquia” fue considerado desde el año (2002), como una estrategia de desarrollo consagrada en el plan de gobierno departamental “Una Antioquia nueva”, del entonces gobernador, Guillermo Gaviria Correa (López, 2007, p.70). El programa tuvo un breve momento de expansión, cuando, en el año 2003 capacitó personal institucional para realizar jornadas de trueque en el departamento de Cundinamarca en los municipios de: Bogotá, Zipaquirá, Chia y Cota. En Antioquia, durante el mismo año, las capacitaciones fomentadas por el IDEA se extendieron a 25 municipios del departamento. Sin embargo, todas estas iniciativas perdieron continuidad con la desaparición del programa en 2004 (López, 2007).

Un elemento a resaltar de los trueques fomentados y apoyados por el IDEA al comienzo de la década del 2000, fue su contribución al establecimiento de trueques de naturaleza alternativa apoyados institucionalmente para lograr su consolidación y permanencia en el tiempo. De los trueques apoyados, fueron muy pocos los que lograron pervivir y desarrollar una dinámica propia que les permitiera seguir operando sin el apoyo brindado por el IDEA, cuando el programa cesó en el año 2004.

Algunos de los trueques más llamativos descritos por Burke en el Valle de Aburrá, fueron los de Bello, Altamira, Pajarito y Santa Elena. El trueque en Bello, según uno de sus integrantes fundadores (J. J. Cano, comunicación personal, febrero, 2017) comenzó en el año 1994 entre amigos y vecinos del barrio Santa Ana, quienes empezaron a intercambiar productos en torno a la quebrada La Guzmaná, generando así un espacio para el trueque, en el que también se aprovechaba para realizar acciones educativas ambientales.. Estos encuentros comenzaron a despertar el interés de otros vecinos y de gente de otros barrios por participar del trueque y fue así como se instauró – El día del trueque en Bello-. Este trueque siempre fue directo y no utilizó moneda alternativa, quienes asistían al lugar de encuentro decidían entre A y B si el intercambio era viable. Este espacio tenía una frecuencia de entre tres y cuatro veces al año, y su logística estaba en manos de un grupo de –apasionados-. Para sus organizadores, lo principal era generar un espacio de interacción social en torno al arte y el trueque, porque estaban convencidos que éste debía ser un espacio de

intercambio y de fortalecimiento de las redes comunitarias. El trueque en Bello alcanzó altos niveles de participación, cientos de personas participaban de las jornadas de trueque que se organizaban y que iban desde las 9 de la mañana, hasta las 6 de la tarde. A medida que el trueque se fue consolidando en Bello, un mayor número de truequeros comenzó a fortalecer una red que propiciaba el espacio de encuentro para el intercambio, y al tiempo fomentaban actividades de formación para estimular el pensamiento crítico en torno al dinero (ver imagen 1). Este trueque se vio obligado a cesar en el año 2002, cuando los grupos armados ilegales presentes en el municipio comenzaron a oponerse a esta práctica.



**Imagen 1:** ¡Para que cambiemos! Volante de 1999, que se repartía en El día del trueque en Bello.

El trueque en Altamira, una unidad residencial de unas seis mil personas (Burke, 2012), se institucionalizó a partir de 1999 y durante 5 años, de la mano de Pablo Mayayo, un argentino residente en este lugar que implementó un sistema de trueque directo con facilitador. El facilitador o moneda social de este trueque se llamaba Altamir y permitía todo tipo de intercambios en los bazares de trueque que allí se realizaban. El trueque de Altamira fue famoso por el gran número de intercambios que se realizaban, el Altamir como medio de cambio, fue ampliamente utilizado en esta unidad residencial. Este trueque tuvo su final cuando los impulsores del mismo dejaron de vivir allí, lo que impidió desde lo logístico que se siguieran organizado bazares y rondas de trueque (J. J. Cano, comunicación personal, febrero, 2017).

El trueque de Pajarito, es sin duda alguna, siguiendo a Burke (2012, p. 152), un trueque basado en el modelo francés de sistemas de intercambio local (SEL), que están anclados conceptualmente al modelo de LETS propuesto por Linton en 1983. De todas las redes de trueque estudiadas para la realización de esta tesis doctoral, la de Pajarito fue la única que utilizó en esquema de trueque indirecto, donde la reciprocidad y la satisfacción del intercambio podían espaciarse en el tiempo (como fue explicado en los capítulos 3.1 y 3.2). Esta era una red cerrada para la provisión de bienes y servicios (Burke, 2012, p.153), que tenía una coordinadora que sistematizaba todos los intercambios generados, haciendo público de manera constante para todos los integrantes de la red, el estado de saldos positivos y negativos de todos sus miembros.

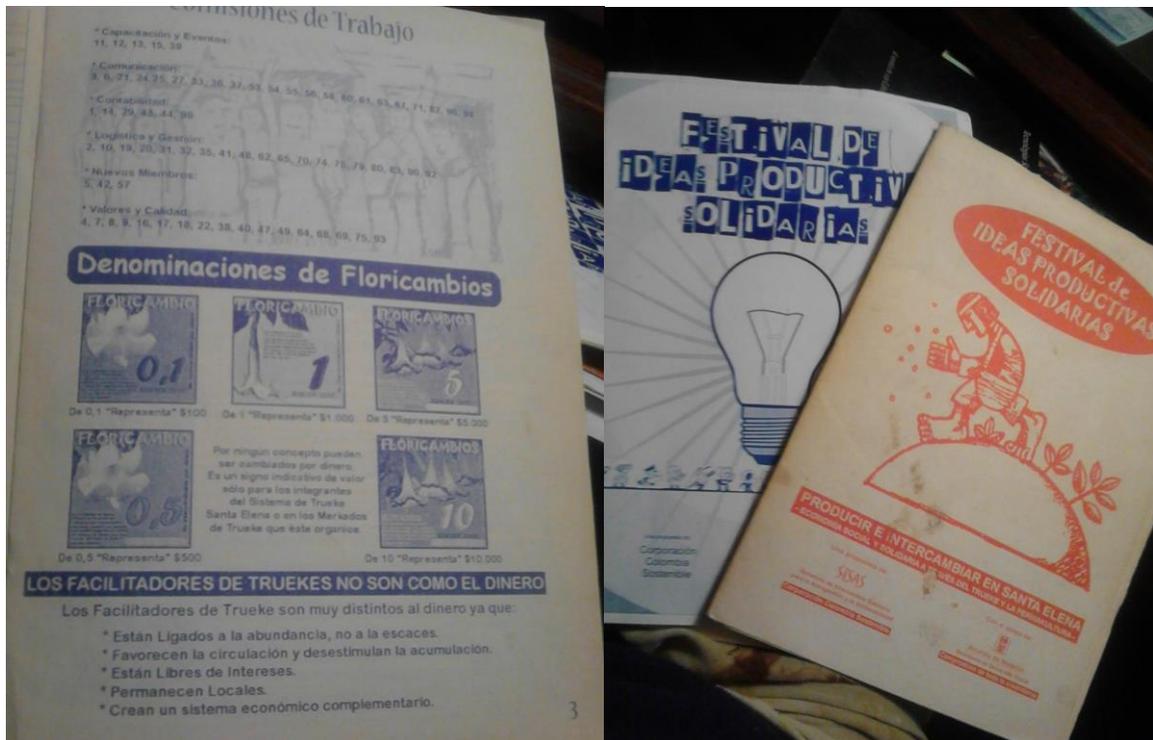
Esta red, que tiene sus inicios en el año 1999 (Burke, 2012, p.150), también realizaba bazares de trueque utilizando una moneda alternativa o facilitador llamado Pajaritos, en el que se intentaba equiparar los valores de los truequeables ofertados. Se buscaba, por dar un ejemplo, que un kilo de arroz pudiera ser equivalente con otros productos como por ejemplo la ropa, la cual en el mercado capitalista tiene un valor de cambio mucho más alto que un kilo de arroz. Al hacer esto, la red de Pajarito buscaba aumentar el poder de compra de aquellos participantes que tenían menos truequeables que ofertar e intercambiar. Burke (2012), también señala que los trueques en Pajarito realizaban el bazar con una periodicidad de 4 veces por año. Sin embargo, parafraseando a este autor, éstos no eran perfectos, había suspicacias entre los participantes, algunos conflictos y las racionalidades que hacían posible un intercambio alternativo continuaban siendo de mercado. Se puede decir que la de Pajarito era una red de trueque que utilizaba múltiples formas de intercambio, que descubrió en sus impulsores, la posibilidad de dinamizar intercambios a través de la puesta

en marcha de una estrategia de intercambio alternativo a la economía de mercado. Pero que perdió relevancia por esas racionalidades económicas hegemónicas y de mercado, que se manifestaron al interior de la red.

En Santa Elena, la dinámica de trueque fue en muchos aspectos distinta a la de Pajarito. Allí, en medio del impulso dado al trueque por el programa del IDEA hasta el año 2004, algunos vecinos del corregimiento pudieron intuir que este territorio estaba socialmente apto para el trueque, debido a la población de artistas, campesinos, y gente de todo tipo que habitaba este corregimiento. Con el apoyo inicial de un grupo de personas finalizando el año 2005, como lo señalan Burke (2012) y (N. Sánchez, comunicación personal, febrero, 2017), comenzó un trueque masivo en el corregimiento, un trueque que no sólo vinculaba a quienes vivían en este espacio, sino que permitía la entrada de otros truequeros del Valle de Aburrá. Este trueque tenía dos momentos: el primero, un bazar que funcionaba según unas reglas decididas de forma colectiva a través de una asamblea que vinculaba más de 230 personas, y un segundo momento de trueque indirecto, facilitado por la elaboración de un directorio que contenía la información de todos los miembros de la red, y lo que estos intercambiaban y esperaban a cambio. Con este directorio, Santa Elena comenzó a generar trueques indirectos, que se apoyaban en la existencia de una moneda social/alternativa, el Floricambio (ver imagen 2 y 3), el cual podía ser utilizado en el trueque indirecto a través del uso del directorio y la solicitud de bienes y servicios pagados con Floricambios, o directamente en los bazares que se realizaban el tercer domingo de cada mes.



**Imagen 2: Floricambios, moneda social utilizada en el trueque de Santa Elena**



**Imagen 3: Cartillas instructivas sobre el trueque en Santa Elena y sus potencialidades como alternativa económica**

En Santa Elena, los impulsores iniciales de este trueque, considerado exitoso durante al menos 4 o 5 años, continuaron dinamizando esta práctica y expandiéndola a otros sectores del Valle de Aburrá y del país, e incluso fueron con la experiencia a otros países como Venezuela (N, Sánchez, comunicación personal, febrero, 2017). Sin embargo, y a pesar de contar con más de 200 miembros, la logística, la convocatoria y el desarrollo teórico, conceptual y práctico del trueque recaía en unos pocos ciudadanos apasionados por las formas de economía alternativa. Cuando los líderes sociales más visibles de éste trueque lo dejaron para ir a fomentar esta práctica en otros lugares, el trueque de Santa Elena comenzó a transformarse en una práctica diferente que paulatinamente sustituyó las ideas de solidaridad, reciprocidad y confianza, por la racionalidad de la ganancia, una actitud propia de la economía de mercado en un sistema hegemónico capitalista (N. Sánchez, comunicación personal, febrero, 2017). De esta forma, artesanos y campesinos, fueron disminuyendo el número de transacciones que podían hacer a través del trueque, retornando a formas más simples de intercambio, el dinero como medida de cambio, de valor y de compra. Actualmente, en la ciudad de Medellín es común escuchar a las personas hablar del trueque en el

corregimiento de Santa Elena, sin embargo, su alcance y su operatividad distan mucho de lo que este fue entre los años 2006 y 2010.

#### **4.2 Cuatro experiencias de trueque: dos en Bello, uno en Belmira y uno en Medellín**

Los ejemplos que se muestran a continuación, corresponden a cuatro experiencias de trueque. Estos trueques son interesantes en la medida en que no pertenecen a una red, razón por la cual, la ideología y las motivaciones para fomentar y realizar este tipo de intercambios surge de una inquietud individual. Aproximarse a comprender un poco esa subjetividad y racionalidad, que moviliza a algunas personas a hacer intercambios vía trueque, es lo que pretende la presentación de los siguientes cuatro casos.

El primer entrevistado vive en el municipio de Bello. Esta persona no es propiamente un truequero, si bien admite que hace trueques frecuentemente. Lleva alrededor de dos años impulsando un proyecto ciudadano educativo ambiental. Espera obtener el apoyo necesario para que el predio que habita se convierta en un aula ambiental donde la comunidad presente en el territorio, en especial los jóvenes, puedan apropiarse de este espacio para llevar a cabo un proceso educativo y experiencial. Walter\*<sup>1</sup> truequea los productos alimenticios que obtiene de este espacio, a cambio de fuerza de trabajo que le ayude con las labores propias de una granja urbana. La situación que lo impulsa a realizar trueques es la necesidad o la oportunidad. En el primer caso, el de la necesidad, utiliza las posesiones que tiene y los productos que obtiene de su granja y los truequea a cambio de otros bienes y servicios. En el segundo, en el caso de la oportunidad, el trueque ocurre cuando por una circunstancia fortuita o por azar, otra persona le propone un trueque que lo termina beneficiando. La medida de cambio para Walter es el dinero, cuando hace referencia a un trueque que lo beneficia, es porque intercambió un bien o un servicio por uno más costoso, monetariamente hablando, que el que él poseía

Doña Lucia\* vive en el área rural del cerro El Picacho, ella ha estado en contacto permanente con la autoridad ambiental regional (Corantioquia), desde el año 2012, cuando fue visitada por funcionarios que la orientaron en el proceso de producción y venta de productos agroecológicos. Desde entonces, Doña Lucia ha participado de forma permanente en los mercados sostenibles

---

<sup>1</sup> (\*) Todos los nombres de los entrevistados son cambiados para proteger su identidad.

fomentados por Corantioquia en la región metropolitana del Valle de Aburrá. Ella hace parte de las iniciativas de *Hogares Ecológicos* y la *Red de Promotores Ecológicos Rurales*. Su vinculación a estas iniciativas le ha permitido conocer a otros, que como ella, producen y venden sus productos orgánicos en los mercados verdes fomentados por la corporación.

La racionalidad de Doña Lucia de participar activamente en los mercados verdes, es en su totalidad capitalista. Ella acude a este espacio de encuentro con la finalidad de vender lo que cosecha en su huerta y su jardín. No obstante, al final de los mercados, alrededor de las 4 o 5 de la tarde, comienza una dinámica de trueque entre los participantes productores de alimentos y productos ecológicos. Los productores truequean sus excedentes, todos aquellos productos que no pudieron ser vendidos entran automáticamente a ser intercambiados entre los miembros de la red. Esto quiere decir, que si bien el trueque no es la razón principal para organizar estos encuentros, su práctica se convirtió en algo común entre los participantes activos de estos mercados. En el caso de Doña Lucia, ella truequea siempre que puede, siempre que tiene productos para intercambiar, lo disfruta, y las racionalidades que utiliza para hacer los intercambios a través del trueque, distan mucho de las que utiliza cuando vende sus productos.

Elena\* vive en el municipio de Belmira, participa activamente en los programas de *Hogares Ecológicos* y la *Red de Promotores Ecológicos Rurales*. Es reconocida en Corantioquia y en su municipio por recolectar, almacenar, y distribuir semillas de todo tipo, desde frutales, pasando por hortícolas hasta aromáticas. El trueque que ella practica es espontáneo, directo, y se reduce al intercambio de semillas que no posee. En su caso, todas las semillas que intercambia provienen de su huerta.

Como truequera, su caso es especial, ya que ella desarrolla una actividad económica de mercado con los productos alimenticios provenientes de su huerta, pero en el campo de las semillas, se le dificulta la valoración económica de las mismas, por esta misma razón, considera que la mejor forma para promover el intercambio de semillas es a través del trueque. Para Doña Elena, las semillas son la esencia de la diversidad biológica que la rodea, debido a esto, las semillas representan la vida misma y por lo tanto considera que es imposible ponerles un precio; en su caso, le resulta más fácil regalar semillas que venderlas.

Don Julián\* se considera a sí mismo truequero, vive en la frontera urbano-rural de la comuna 7 de Medellín (Robledo), y realiza trueques directos e indirectos con bastante frecuencia. Él estaba en contacto permanente con las diferentes redes de trueque de Medellín, pero como estos dejaron de realizarse, perdió desde el año 2012, el contacto con los líderes que impulsaban esos intercambios. No obstante, Don Julián considera al trueque cómo algo indispensable en su vida debido a ascendencia indígena Embera Eyábida. Cómo líder de su barrio, fomenta el trueque en entornos educativos y además, lo utiliza como complemento al mercado, de esta forma, accede a algunos bienes y servicios a través del trueque, pero también, siendo productor de pan, acepta trueques a cambio de su producto. Don Julián fomenta un tipo de trueque indirecto, cuando solicita en reciprocidad por un servicio prestado o un bien entregado, que éste sea ofrecido a un tercero. De esta forma, inicia y alimenta una cadena de dones y/o favores entre las personas de su barrio.

Cada uno de los entrevistados tiene una visión particular sobre el trueque, sin embargo, existen varios puntos en común. El primero es que el trueque se reconoce como una práctica antigua, “es algo casi primitivo” (Walter. Junio, 2016), “es algo tan antiguo cómo el mismo ser humano” (Julián, Julio, 2016). El segundo punto tiene que ver con el trueque como un proceso de intercambio directo, “un trueque para mí es intercambiar un producto o una mata, eso es un trueque para mí (...) alguien me trae a mí una mata y se va a llevar una de las mías, eso es el trueque” (Lucia. Junio, 2016), también significa “cambiar, el trueque es cambiar una cosa por otra” (Elena, Junio, 2016). Estas concepciones sobre el trueque lo encasillan como una práctica de intercambio directo. Sin embargo, Julián expresó la existencia de trueques indirectos y su participación en los mismos, según él:

Yo truequeo saberes, yo hago talleres con niños que tienen dificultades en el aprendizaje (...) es un trueque indirecto, ¿por qué indirecto?, porque las personas me dicen mirá vos porque no me colaboras que yo después, yo después, y digo listo, no hay problema (...) el valor de la amistad, el del conocimiento, el del aprendizaje de la vida, del mismo respeto al otro, de valorarle al otro lo que tenga, no dentro del comercio como tal, sino desde su propia historia del elemento o el material que truequea, porque si yo te truequeo a vos una planta medicinal, estas llevando algo que en una farmacia no te dan, estas llevando una planta (Julian, Julio, 2016)

Del mismo modo, hay comentarios en estas entrevistas que expresan valores y/o condiciones necesarias para que el trueque se pueda desenvolver. Dos de los entrevistados afirmaban lo siguiente:

No no no, ya con gente desconocida no sería lo mismo, porque mirá que por ejemplo somos todos compañeros, todos apreciamos el trabajo de cada uno, entonces por eso es. Pero ya por ejemplo uno con una persona de por fuera, vamos a truequear, noo, porque es que ya uno, por ejemplo entre los mismos compañeros no nos ponemos a pensar en el valor, que lo mío es más costoso que lo de él, noo, sino que lo que hay, yo quiero esto y listo, ya por fuera sería mucho más diferente (...) somos todos compañeros, todos apreciamos el trabajo de cada uno (...) entre los mismos compañeros no nos ponemos a pensar en el valor, que lo mío es más costoso que lo de él, noo (Lucía, Junio, 2016)

Esto también me pasa con un señor en San Pedro, me es más fácil cambiarlas y decir yo las cambio y no me valen plata, más bien me das estas otras semillas, y hacer ese cambio me es más fácil (...) el intercambio es solamente con los compañeros (...) en este momento no se, es para mí más fácil intercambiarlas que venderlas. (Elena, Junio, 2016)

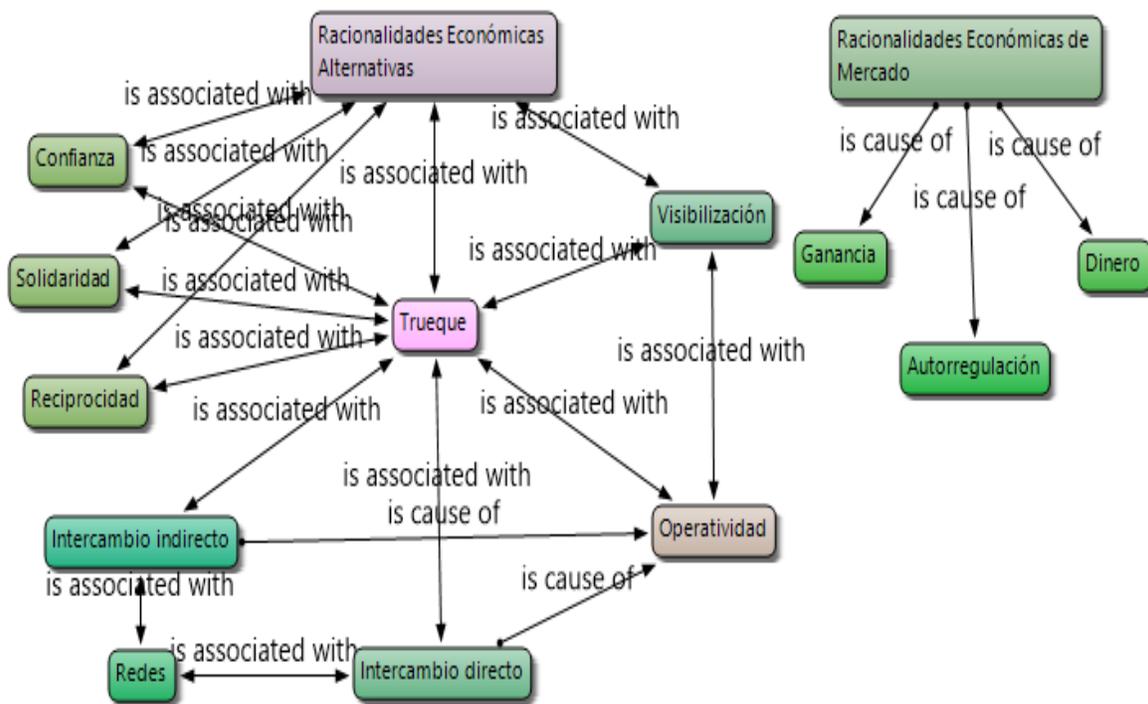
La posición en torno a la amistad como un valor esencial de los trueques es reforzada por Julián, cuando argumenta que éste no solo es causa de los intercambios alternativos, es también consecuencia de éstos porque “yo creo que uno de los principales valores del trueque, que genera, es la amistad, el conocer al otro, el saber que cómo ser humano también tiene algo que aportarnos, desde lo material, hasta el conocimiento”. El sentimiento de amistad y compadrazgo no solo permite que el trueque fluya con mayor naturalidad y facilidad, contribuye notablemente en la conformación de redes de trueque.

También, se presentaron opiniones contundentes sobre la coyuntura actual y la economía de mercado. En las entrevistas realizadas, Walter y Julián debatieron los resultados de la economía de mercado en el entorno en el que viven y concluyeron que el trueque: “va completamente en contra de lo que es el sistema capitalista, que es el que prácticamente nos marca a nosotros cómo occidentales. El sistema capitalista siempre está pensando como en el dinero, el dinero” (Walter, Mayo, 2016). Y Julián (2016), refiriéndose al sistema capitalista comentaba: “ah no hermano, ese arrasa todo, todo, todo”.

Y en la misma lógica de opiniones sobre el sistema capitalista, se presentaron algunos argumentos a favor del trueque como resistencia y/u oposición al sistema hegemónico de mercado: Doña Elena, quien intercambia semillas porque le gusta, pero también “porque ahí está la política, es que tienen que ser certificadas, es que la semilla suya no sirve, es que eso está apeestado, eso tiene esto, eso tiene aquello, esa es una de las trancas”. El segundo ejemplo es Julián, el trueque para él es una resistencia, sobre todo el trueque indirecto que practica: “yo digo que para mí es una resistencia, porque cuando yo hago eso es que le estoy enseñando al otro”. Los ejemplos de Elena y Julián

permiten comprender cómo el trueque es un complemento al mercado, aunque coexista con racionalidades alternativas.

El cuadro de relaciones económicas alternativas y relaciones económicas de mercado que se presenta a continuación (ver cuadro 1), condensa los elementos más relevantes alrededor de cada una de estas formas de intercambio. Es el resultado de categorizar el contenido de las entrevistas realizadas en tres elementos: las racionalidades alternativas, las racionalidades de mercado y la forma operativa, en otras palabras el funcionamiento del trueque. Este cuadro refleja la interdependencia entre acciones, conceptos y racionalidades que se tejen bajo prácticas económicas alternativas y capitalistas en los escenarios de trueque que se han mencionado.



**Cuadro 1**, Relaciones económicas alternativas y relaciones económicas de mercado (elaboración propia)

Las cuatro entrevistas realizadas tuvieron en común, señalar que en el trueque es necesario la existencia de unas racionalidades alternativas, que medien en los intercambios en los que normalmente el dinero se deja por fuera de la transacción. Sean semillas, panes, madera, flores o vegetales, el trueque se facilita cuando los involucrados utilizan formas alternativas de realizar sus

valoraciones de uso y de cambio sobre los truequeables. Estos reconocen la importancia de las racionalidades asociadas a la solidaridad, la confianza y la reciprocidad, en los intercambios a través del trueque, al tiempo que reconocen la importancia de la economía de mercado, su dominancia y las racionalidades que allí operan.

#### **4.3 Reflexiones sobre el trueque como práctica y teoría/discurso**

Todas las redes de trueque descritas por Burke en el 2012, en la ciudad de Medellín y el Valle de Aburrá, dejaron de existir o tienen dinámicas más cercanas a las transacciones utilizando el dinero. Esta situación, es decir, la pérdida de los trueques característicos de la ciudad y su área metropolitana, denota que en el plano de las alternativas al desarrollo que cuestionan la hegemonía de la economía de mercado, el trueque tiene amplios retos para consolidarse como una práctica económica contra-hegemónica.

Los trueques presentados en el capítulo 4.2, a diferencia de los presentados en el 4.1, no surgen como una respuesta ciudadana a una crisis económica, ni son trueques motivados por una escasa circulación de moneda oficial. En esta medida, los trueques de Medellín, Bello y Belmira son atípicos en este sentido. Esta situación que parece contradictoria para el surgimiento de trueques, no hace más que reforzar la idea de Humphrey y Hugh-Jones (1998). Estos autores señalaban que “el trueque implica una constelación de particularidades, sin que necesariamente todas estén presentes en cualquier instancia particular” (p.7). También, esta aparente contradicción, generada por un entorno económico estable en el que emergen trueques que cuestionan la economía de mercado, puede ser entendida a la luz de la opinión expresada por Ferraro (2002) cuando advertía que el trueque sólo puede ser comprendido en su propia realidad, en su propio contexto.

Esta heterogeneidad de los trueques, en cuanto a que cada uno sea diferente en sus reglas y formas de operar, es lo que explica la existencia de éstos en forma indirecta y/o directa en la misma entidad territorial. Aquellos trueques directos, como por ejemplo los de Bello, los de Carlos E, los realizados en el Parque de Belén y los cuatro trueques individuales que fueron presentados, son fáciles y simples en la forma en que se plantea el intercambio, pero muy poco dinámicos al ser poco flexibles, por lo cual caen con facilidad en la “no coincidencia de intereses” (Harvey, 2014, p41), entendida también como “la imposibilidad del trueque generalizado” (Kicillof, 2013/2010,

p.67). Por el contrario, el trueque de Altamira utilizando su facilitador (el Altamir), el de Pajarito y la existencia de un directorio de truequeros en Santa Elena, se configuraron como formas de intercambio alternativo más complejas, pero a su vez, con más posibilidades de superar las dificultades propias de los trueques directos. Estos trueques utilizaron cada uno su moneda alternativa, aceptada al interior de la red y con unas reglas claras para su utilización. Centralizaron la información y la logística que posibilitaba el funcionamiento operativo de la red, unos en forma de SEL, los de Pajarito, en un trueque indirecto en el que la información sobre la utilización de bienes y servicios disponibles en la red era de conocimiento público, y los otros, en Altamira y Santa Elena, motivaron los intercambios de bienes y servicios por Altamires y Floricambios, monedas sociales respaldadas en la confianza depositada en los miembros de estas redes.

El trueque, visto como una práctica alternativa al desarrollo con potencial para transformar la homogeneidad de la economía de mercado, debe tener en cuenta que este “es más como una filosofía de vida, de pronto gente que no está tan marcada por el sistema capitalista” (Walter. Junio, 2016). Aquellos que no estén tan marcados por la dominancia de este sistema, pueden generar valoraciones de cambio y de uso, diferentes a las que realiza la economía de mercado sobre los bienes y servicios existentes. Siguiendo a García Canclini (1993), la forma como se dota de valor a estos truequeables, depende en gran medida de las “presentaciones culturales” (p.79) de cada sociedad. Esto quiere decir que si de forma generalizada, una sociedad o comunidad decide volcarse hacia el intercambio alternativo, las racionalidades propias de este tipo de práctica, podrán con el tiempo, ir convirtiéndose en “presentaciones culturales” aceptadas y normalizadas. En otras palabras, el trueque puede cuestionar y ser crítico con la economía de mercado como sistema hegemónico, introduciendo en su práctica a aquellas personas que tienen, parafraseando a Walter, una filosofía de vida diferente. Este grupo de personas con una filosofía diferente es lo que posibilita la emergencia de una producción cultural contra-hegemónica.

En la misma dirección, una producción cultural contra-hegemónica en los términos de Gramsci, en un mundo globalizado (Santos, 2012), pasa por la generación de un entorno formativo crítico de la cotidianidad y crítico con lo normalmente aceptado. Cuando los valores son otros, cuando las medidas de cambio no están determinadas por el poder de compra del dinero, se movilizan racionalidades alternativas ligadas a la solidaridad, la reciprocidad y la confianza. Los trueques de Bello, Santa Elena y Pajarito, son ilustrativas en este sentido: el día del trueque en Bello, llegó a

tener más de 20 ediciones, siempre crecientes en su número de participantes. Este era un espacio para construir y reconstruir un tejido social comunitario alrededor de los intercambios vía trueque.

Por su extensión, por su impacto mediático y por las redes de trueque que se desprendieron a partir de ésta, la red conformada en el corregimiento de Santa Elena logró, en cierta medida, construir un código alternativo de valoración no monetaria de los truequeables tanto en los bazares, como en los intercambios soportados en Floricambios. Este código era una forma frontal de generar otro tipo de intercambios, una economía paralela que tenía su máxima expresión el tercer domingo de cada mes. Las decisiones tomadas en asambleas y una operación logística centralizada permitían que el trueque fuera una realidad, así mismo, era un trueque que propiciaba el encuentro entre vecinos, entre habitantes del corregimiento. Este trueque era un espacio para que la diferencia hallara un punto en común, el del intercambio alternativo, el trueque de Santa Elena, durante el tiempo que funcionó propiciaba la construcción de lazos comunitarios de solidaridad, reciprocidad y confianza.

Lo mismo ocurría en el trueque de Pajarito. Este, de naturaleza indirecta desde su formación, basaba su funcionamiento en la creencia, que también se puede entender como confianza, en que los miembros de la red iban a tener disponibles sus bienes y servicios para ser truequeados de forma indirecta, muchas veces posponiendo la satisfacción del intercambio inmediato para quien ofrecía el bien o el servicio.

Retomando las nociones de solidaridad, reciprocidad y confianza en el trueque, los comentarios de Lucía y Elena, demuestran, cómo para ellas, éstas racionalidades son necesarias para el intercambio alternativo, siendo elementos que se encuentran en total concordancia con las observaciones de Álvarez, Bordón, González y Valeri, (2010). En este sentido, la solidaridad se expresa cuando Doña Lucía argumenta “somos todos compañeros, todos apreciamos el trabajo de cada uno”. La reciprocidad queda expresada en la frase “entre los mismos compañeros no nos ponemos a pensar en el valor, que lo mío es más costoso que lo de él, nooo”. La confianza, cómo condición más que necesaria para movilizar trueques, emerge cuando la entrevistada comenta “ya con gente desconocida no sería lo mismo, ya por fuera ya sería mucho más diferente”, manifestando lo importante que es conocer al otro, aquel con el que se hace el intercambio. Porque

solo con gente que se conoce, aprecia y respeta, es posible desmontar la racionalidad del valor económico de los productos, y así poder intercambiarlos utilizando la herramienta del trueque.

También, en el caso de Elena, la confianza es la racionalidad principal para hacer posible los intercambios de semillas a través del trueque. Para ella es más fácil truequear las semillas que venderlas, y eso sólo es posible con otras personas que también estén en sintonía con el intercambio de semillas. En tres de sus frases resumía esta sensación: “esto también me pasa con un señor en San Pedro, me es más fácil cambiarlas y decir yo las cambio y no me valen plata, más bien me das estas otras semillas, y hacer ese cambio me es más fácil”, también cuando dice, “el intercambio es solamente con los compañeros”, por último “en este momento no se, es para mí más fácil intercambiarlas que venderlas”. El sentido otorgado por Elena a la confianza, como parte del trueque, está estrechamente ligado a la amistad, por lo tanto, es más fácil hacer trueques cuando se conoce al otro con el que se está haciendo el intercambio.

Un elemento fundamental para que se presenten trueques colectivos que fomenten racionalidades alternativas, es que existan redes, que entiendan su participación en el trueque desde sus finalidades prácticas e ideológicas como oposición y resistencia a la dominancia hegemónica de la economía de mercado. Estas redes pueden ser apoyadas de forma institucional o no. No obstante, los trueques observados sugieren que el apoyo institucional es esencial para su sostenimiento en el tiempo, debido a que la logística para fomentar los bazares de trueque, así como una organización centralizada de la información para trueques indirectos, requieren de recursos; generalmente la institucionalidad cuenta con estos recursos. Por lo tanto, lo que se observa, es que las redes fracasan porque se desconectan a nivel interno muchas veces porque no logran consolidarse como una práctica distinta al mercado de compra y venta de bienes y servicios, haciendo referencia a la red de trueque en Medellín. Es posible decir que esta “se desarticuló, porque no nos volvimos a reencontrar” (Julián. Julio, 2016). Esta situación es similar a la ocurrida en el caso argentino (Fernández, 2009), allí el trueque dejó de ser una alternativa macroeconómica porque las redes se desarticularon, dejaron de operar cuando fueron permeadas por las racionalidades de la economía de mercado.

Surge entonces una pregunta, ¿Por qué la institucionalidad, en el caso de Antioquia, Medellín y el Valle de Aburrá, fomenta el establecimiento de redes de trueque, si estas son teóricamente,

contraproducentes para la continuidad del control y la dominación cultural de la sociedad por parte del Estado? Sólo se puede intuir una respuesta: debido a que el trueque no es una amenaza para la economía de mercado, por lo menos no en el corto y/o mediano plazo, el trueque puede ser implementado desde las esferas pública y privada, como una forma complementaria de acceder a bienes y servicios. En otras palabras, el trueque ocupa espacios mínimos al interior de la economía de mercado, porque ésta es dominante y contempla amplios y extensivos espacios de la vida privada y pública de las personas. Por lo tanto, los trueques que no son permanentes, que solo permiten el intercambio de ciertos elementos, son generalmente prácticas complementarias al mercado. Según se ha podido observar, el trueque no parece ser una práctica que compita por ser más relevante que el uso del dinero en la relación compra y venta de un producto, esto debido a trueques presentados a manera de ejemplo pierden relevancia en cuanto a número de integrantes, cuando las condiciones económicas son estables. Por ello no es una alternativa para acceder al abanico de necesidades de un hombre moderno en un mundo en desarrollo en el año 2017. No obstante, el trueque sí puede ser un escenario y epicentro para generar debates en torno a las racionalidades en las que se fundan las formas tradicionales de hacer intercambios en una economía de mercado.

Retomando el párrafo introductorio de este capítulo, el trueque es una práctica que actualmente solo puede hacer su aparición al interior de la economía de mercado, por lo tanto, su existencia está fuertemente marcada por su relación con el dinero. El poder de compra del dinero es lo que motiva su acumulación y por lo tanto, es deseable en un entorno capitalista. Quienes realizan trueques, necesitan en su mayoría, acceder a los insumos de lo que truequean a través de la compra de los mismos. He ahí una relación directa del trueque con el dinero. El trueque como potencial alternativa al desarrollo, no tiene la capacidad de sustituir a la economía de mercado de un solo golpe, quizá nunca pueda someter al mercado a unas lógicas de intercambio solidario y recíproco. Lo que sí puede es ir ganando adeptos, ir expandiéndose, generar de abajo hacia arriba argumentaciones y acciones contra-hegemónicas que cuestionen la inviabilidad del capitalismo como la única alternativa posible (Santos, 2012). El potencial del trueque como alternativa al desarrollo es, de forma categórica, una condición ligada en su totalidad a las racionalidades de quienes lo practican. Así pues, la consolidación de formas de trueque con un sentido político e ideológico crítico de la economía de mercado, es una dinámica social más que deseable para

contribuir en el establecimiento de nuevas y diferentes relaciones entre seres humanos y entre seres humanos y naturaleza.

Para que este relacionamiento esté orientado por racionalidades de alternativas al desarrollo reformuladas con base al contexto, es fundamental que la solidaridad, la reciprocidad y la confianza estén presentes, ya que las racionalidades neoliberales representadas como “la generalización de la forma económica del mercado más allá de los intercambios monetarios” (Foucault, 2007, p. 261, como se citó en Seoane, 2015, p. 2), se debilitan frente a la construcción de un tejido social que se teje alrededor de nuevas prácticas de relacionamiento comunitario. Se podría decir que el resultado de estas “otras” racionalidades, contribuyen a la conformación de una economía de carácter solidario, la cual “supone un intento por repensar las relaciones económicas desde unos parámetros diferentes” (Pérez, Etxezarreta y Guridi, 2008, p.8). Estas economías solidarias hacen un llamado a la exploración de formas de economía local y regional, en la que los incentivos para hacer parte del mercado, respondan más a nociones de bien común, que de beneficio personal.

Ahora bien, un sistema de intercambio vía trueque, que tiene la solidaridad como uno de los tres pilares de su funcionamiento, contribuye a recuperar la noción de lo social en la economía, condición olvidada como resultado del “dogma neoliberal” (Acosta, como se citó en Coraggio, 2011, p.16). Esto se puede concadenar con la construcción de un sentido del yo diferente, en el que el ser humano tiene la capacidad de dejar de ser “un empresario de sí mismo” (Seoane, 2015, p. 3), cuando logra darle un sentido alternativo a su rol como ciudadano del mundo, que contribuye en la ruptura de la forma hegemónica de acceder a bienes y servicios, a través de la desigual y poco regulada economía de mercado.

## 5. CONCLUSIONES

La serie de conclusiones que se presentan como la culminación de este documento, recogen los puntos más importantes de las reflexiones en torno al trueque, surgidas como resultado de la realización de este trabajo de investigación. Estas conclusiones se presentan en dos grupos: el primero de ellos contiene las reflexiones globales del documento, aquellas que resumen las apreciaciones sobre el trueque y su potencial como práctica alternativa al desarrollo. El segundo grupo hace referencia a aquellas condiciones que emergieron durante la investigación, pero las cuales no fueron abordadas a profundidad, y que merecen ser consideradas para continuar con el entendimiento del universo que ofrecen los intercambios a través del trueque.

De antemano, se ofrece al lector una disculpa pertinente por todos los temas relativos al trueque que se dejaron de lado en la investigación y que no se verán reflejados en las conclusiones. El trueque, retomando a Humphrey y Hugh-Jones “implica una constelación de particularidades, sin que necesariamente todas estén presentes en cualquier instancia particular” (Humphrey y Hugh Jones, 1998, p. 7). Esto significa que el trueque no es estático o inmóvil, en consecuencia, no puede existir una teorización o una única comprensión de las racionalidades que lo cobijan y las formas como opera. Atendiendo a esto, las conclusiones aquí presentadas son un intento por reflexionar sobre un fenómeno social cambiante y adaptativo. Por lo tanto, lo concluido en este documento es una guía para comprender el universo del trueque, no significa por ningún motivo que sean conclusiones axiomáticas e inamovibles.

### **5.1 Conclusiones y reflexiones sobre el trueque y su potencial como alternativa al desarrollo**

Las siguientes ocho conclusiones, engloban una serie de reflexiones en torno al trueque y su potencial como práctica alternativa al desarrollo, surgidas como consecuencia directa de la realización de un marco teórico sobre la economía de mercado desde sus orígenes hasta el presente. Este marco teórico fue contrastado con otro relativo al trueque, en el que se conceptualizó sobre el valor de uso y de cambio de los truequeables, y en donde se mencionaron las facilidades y dificultades de los trueques directos e indirectos, tomando como referencia experiencias internacionales de trueque, así como las experiencias de trueque ocurridas en Medellín y el Valle de Aburrá en la primera década del siglo XXI.

1-El trueque es comúnmente entendido cómo un intercambio directo, de un bien o un servicio, casi siempre de forma inmediata. Esta manera de comprender el funcionamiento del trueque, deja de lado el sinfín de posibilidades que ofrecen los trueques indirectos para el establecimiento de mercados económicos alternativos. Estos mercados, si bien no ofrecen el abanico de bienes y servicios a los que se puede acceder a través de la economía capitalista, si constituyen una forma de promover intercambios en torno a la suplencia de necesidades. Es importante recalcar que los trueques indirectos tienen el potencial de adaptarse a todo tipo de entornos y dinámicas sociales, toda vez que su funcionamiento está determinado por quienes participan del trueque.

En este sistema el endeudamiento, entendido como el compromiso de llevar a cabo un acto recíproco en un trueque indirecto cuando previamente se ha demandado un bien o un servicio, es el pilar que permite el funcionamiento de esta forma de intercambio. Se puede admitir que los trueques indirectos basan su operatividad en la confianza depositada en los otros miembros de la red, ya que la certeza de saber que cualquier servicio o bien presente en ésta puede ser demandado o solicitado en cualquier momento, sabiendo de antemano que la respuesta va a ser positiva, es lo que permite que esta exista.

Así, la confianza adquiere un rol preponderante para la puesta en marcha de trueques indirectos, porque a través de los mismos, comienzan a generarse dinámicas de intercambio en las que no necesariamente hay actos recíprocos inmediatos, y en donde hay quienes reciben bienes y servicios endeudándose con la red hacia el futuro, creando un compromiso. También, están aquellos individuos que proveen el bien o el servicio cuando este es solicitado, con ellos, la red y sus miembros quedan comprometidos a generar un acto recíproco. De esta forma en los trueques indirectos, la confianza es vital para que estos funcionen y se mantengan en el tiempo. La existencia de trueques indirectos, sin esta racionalidad sería imposible dinamizar una forma de intercambio alternativo que se basa en la confianza de acciones a futuro.

Teniendo en cuenta lo anterior, el modelo LETS de Linton, (1982), o el modelo de Bancos de Tiempo de Cahn (1983), podrían ser implementados en diferentes comunidades, a través del establecimiento de reglas que permitan una amplia participación social en el trueque. Este tipo de trueque, debería también proveer de unos incentivos selectivos positivos adecuados (Mancur

Olson, 1985) a aquellas personas que son más activas en la red, al hacer esto se contribuye a la durabilidad de la red en el tiempo.

2- La solidaridad, la reciprocidad y la confianza como racionalidades propias de formas de economía alternativa y de intercambios a través del trueque, son elementos que han sido excluidos de los intercambios capitalistas. Debido a lo anterior, la economía de mercado ha logrado hacer extensiva y hegemónica una forma de intercambio, basada en la compra y la venta de bienes y servicios por medio del uso del dinero. Bajo estas racionalidades, no son necesarias dinámicas de relacionamiento social para favorecer intercambios y con ello, la solidaridad, la reciprocidad y la confianza desaparecen de las prácticas económicas de mercado. Sin embargo, se identifica que esta forma impersonal y para nada social de hacer economía capitalista, ha desembocado en la ruptura del tejido social comunitario. Como consecuencia de esto, se presenta a nivel de la sociedad, una apatía generalizada en cuanto al interés y la preocupación por el otro y su bienestar.

3- Se podría entonces argumentar que las lógicas neoliberales triunfaron por sobre las formas de relacionamiento social comunitario en torno a una economía de vecindad, y también, que la estocada ideológica impulsada por Hayek y Friedman para promover un sistema económico individualista utilitario y racional, recogiendo la historia capitalista desde Smith y Ricardo, pasando por Marshall y en contraposición a Keynes, ha logrado hoy más que nunca, una aceptación tan amplia en la mayoría de las esferas que componen los diferentes sistemas sociales, que imaginar un sistema de intercambio alternativo que pueda sustituir al capitalismo es una utopía. Por todo lo anterior, el trueque debe ser entendido y asimilado como una práctica con gran potencial alterativo, si así lo desean quienes lo practican debido a su capacidad para incorporar racionalidades alternativas, ahí radica su fuerza. De esta forma, el trueque puede ser un complemento a la economía de mercado, o también puede ser una forma de resistencia u oposición a las dinámicas capitalistas.

Como resultado de las entrevistas realizadas, se llegó a unas nociones primarias, si se quiere iniciales, sobre cómo el trueque es más un complemento a la economía de mercado que cualquier otra cosa, sin embargo, como complemento que permite acceder a bienes y servicios de otra forma, dejando de lado el dinero, moviliza otro tipo de racionalidades para facilitar el intercambio en contraposición a las racionalidades capitalistas. Así, en el trueque como complemento, se

encuentran insertas dinámicas de solidaridad, reciprocidad y confianza que cohabitan con la racionalidad capitalista de la ganancia.

Esta situación de coexistencia de racionalidades opuestas se presenta en el trueque como complemento, debido a que el intercambio alternativo es motivado para lograr aquello que no se puede obtener a través de la economía de mercado. En ese sentido, la finalidad de este tipo de trueque está respaldada por un interés capitalista. No obstante, utiliza formas operativas para generar el intercambio que se escapan de las formas propias que utilizan el dinero como valor de cambio. Reconociendo la importancia que tiene la existencia de trueques como complementos al mercado, no se puede dejar de lado que éstos son, en su mayoría, motivados por una incapacidad de acceder de forma plena a la economía de mercado. Por lo tanto, es muy probable que quienes realizan este tipo de trueques dejen de participar en los mismos, cuando sus actividades económicas les permitan acceder al dinero necesario o deseado.

4- Teniendo cómo fuentes de información primaria el trabajo doctoral de Burke (2012), y retomando la entrevistas realizada a Julián, Nora y Jhon Jairo, quienes hicieron parte del boom del trueque en la ciudad de Medellín en la primera década de este milenio, se puede concluir que actualmente, son muy pocas las redes que de manera permanente están impulsando y llevando a cabo mercados de trueque en la ciudad. En la ruralidad que conforman los municipios aledaños al territorio metropolitano de Medellín, las redes de trueque, según se pudo investigar y también comprobar, no son comunes. En algunos de estos municipios se presentan trueques, pero no es algo frecuente o institucionalizado más allá de los mercados verdes promovidos por Corantioquia, algunos de los cuales desembocan en trueques, y como parte de las actividades de eventos municipales. También, se encuentra el trueque de semillas que se organiza en el Jardín Botánico de Medellín, este agrupa un sector muy específico de personas interesadas en el trueque. Ya que las redes de trueque no son muy comunes, lo que dificulta su estudio, se pudo establecer la existencia de diferentes personajes o líderes, que realizan trueques por intereses personales. Estas personas son las que mantienen vivo el trueque cuando aprovechan las fisuras culturales en las que el capitalismo no ha penetrado en su totalidad, en esos escenarios se presentan todo tipo de trueques. Aunque estos sean marginales en relación con la economía de mercado, los trueques existen en todas las comunidades y tienen a ampliarse con el paso de los años cómo respuesta a la agudización de las externalidades y contradicciones del capitalismo.

La desarticulación entre líderes de las diferentes redes, una disminución en la participación activa de estos líderes para movilizar sus propias redes, además de un apoyo institucional insuficiente, condujo a la desaparición de la red de truequeros que existía en la ciudad de Medellín. El que las redes hayan dejado de operar, no debería ser interpretado como un fracaso en términos de la pregunta qué orientó esta investigación, la cual indagaba por el potencial del trueque como práctica económica alternativa al desarrollo. La desaparición de estas redes, demuestra que el trueque es una práctica que necesita de unas condiciones especiales para funcionar y para transformar racionalidades económicas hacia la aceptación generalizada de la sociedad, por implementar formas de intercambio alternativo. Esto ocurre, porque el trueque tiene que lidiar con unas racionalidades económicas de mercado muy arraigadas en toda la estructura social, que se encuentran permeadas por un sistema cultural dominante, que se manifiesta a través de la predominancia de las racionalidades hegemónicas asociadas al sistema económico capitalista.

El trueque dejó de ser impulsado desde una política pública, sólo se tiene referencia del intento realizado en Antioquia entre los años 2002-2004 y del acuerdo 19 del 2000 en la ciudad de Medellín, razón por la cual no es una prioridad institucional. En el entorno familiar y de amistad, el trueque es algo natural, tanto, que muchas veces ni siquiera se percibe como tal. Los trueques que se realizan en universidades y en colegios para cambiar libros, no son permanentes y en algunos casos tienen una finalidad capitalista ligada al ahorro. Estos trueques y los que se le parecen, permiten que el trueque como práctica de intercambio se sostenga en el imaginario de las personas que participan de los mismos, pero a su vez, limitan la concepción que las personas tienen sobre las posibilidades del trueque. Como el trueque no es frecuente, como no se debate acerca de sus posibilidades en entornos públicos y privados, los mercados de trueques a los que acceden la mayoría de las personas son simples, inmediatos y de intercambio directo. Si el conocimiento sobre las posibilidades que ofrecen los trueques a través de sistemas de intercambio indirecto fuera más extensivo, se podrían impulsar todo tipo de redes de trueque, estas contribuirían entre sus miembros, a generar una reflexión crítica sobre la economía de mercado y el consumo, permitiendo acceder a un conocimiento experiencial sobre una forma real y tangible de intercambio alternativo.

5-La solidaridad, la reciprocidad y la confianza, como fue expresado anteriormente, no se requieren para hacer posible los intercambios en una economía de mercado capitalista. En consecuencia, el mundo de los negocios y del trabajo asalariado como métodos para la obtención

de dinero, privilegia racionalidades extensivas a nivel social, ligadas a la ganancia, la inversión y la acumulación de capital. En palabras de Sorós (1999) “todos formamos parte del sistema capitalista global” (p. 14), lo que significa que las racionalidades asociadas a la economía de mercado, son las dominantes y hegemónicas cuando de intercambios de bienes y servicios se trata. En contraposición a estas racionalidades, las que pertenecen a la esfera de los intercambios alternativos, son más frecuentes de lo que comúnmente se podría llegar a pensar y hacen parte integral de la vida privada de las personas en términos del favor y del don (Mauss, 1971/1925). Por ejemplo, la solidaridad, la reciprocidad y la confianza, son racionalidades que frecuentemente se aplican a las relaciones familiares y de amistad, de modo que no son ajenas a los intercambios, por más de que no se encuentren junto a las transacciones capitalistas. El que éstas racionalidades alternativas hagan parte integral de la vida privada de las personas, denota un gran potencial para que éstas emerjan cómo racionalidades económicas alternativas en un plano macrosocial, ya que el trueque cómo práctica económica diferente, sólo puede adquirir relevancia y visibilidad, en la medida en que existan más personas y redes que lo practiquen.

6-Se evidencia una ausencia casi total de políticas públicas que impulsen mercados de trueque en la escala local, departamental, regional y nacional. Esta carencia de apoyo institucional y oficial no ha permitido que el trueque sea explorado como una práctica económica alternativa. El ejemplo del programa Truequeando por Antioquia del periodo 2002-2004, impulsado por la gobernación departamental, evidencia cómo estas iniciativas, cuando están apoyadas institucionalmente y cuentan con recursos para financiar sus actividades, logran ser más exitosas y masivas que cuando son iniciativas privadas pertenecientes al espacio de los micro contextos. Sin embargo, esta iniciativa de política pública cesó, y con ella se extinguió el interés institucional por fomentar y establecer redes de trueque.

A pesar de la carencia de interés institucional por impulsar mercados de trueque, estos podrían implementarse en el marco de las políticas del postconflicto cómo complemento a la economía de mercado, para todos aquellos ciudadanos que quieran explorar la posibilidad de realizar intercambios alternativos utilizando cualquier forma de trueque. El trueque, al tener el potencial de promover racionalidades comunitarias de solidaridad y confianza, refuerza desde la práctica y desde de las redes que conforma, la teoría referida a las economías de solidaridad, ya que, cuando estas economías están presentes, hay una coexistencia de relaciones y de intercambios que generan

las condiciones necesarias para la reconstrucción de los tejidos sociales que han sufrido rupturas a causa de las dinámicas excluyentes y desiguales de la economía de mercado:

De lo anterior se desprende que, debido a que en los procesos de economía solidaria y de intercambio alternativo, como por ejemplo el trueque, están involucrados procesos duales complejos, ¿por qué no fomentar el establecimiento de redes de trueque que involucren a la ciudadanía y a las alcaldías, gobernaciones, Corporaciones Autónomas Regionales, entre otros? De ser esto posible, se podría garantizar el flujo de recursos económicos necesarios para la consolidación de mercados y redes de trueque, a través de un compromiso mixto y recíproco de participación y promoción del trueque como práctica económica alternativa.

7-Al comprender la complejidad de los problemas que aquejan a las diferentes sociedades que conforman el sistema mundo, se hace necesario realizar una reflexión crítica sobre qué alternativas, pueden ser tomadas para enfrentar esas externalidades de la economía de mercado, referidas a la pobreza, la desigualdad, la competencia, los monopolios y la destrucción del medio natural. Es allí donde el trueque toma forma como posible práctica económica alternativa, ya que, por un lado, posibilita todo tipo de intercambios y por el otro, contribuye a la formación y consolidación de tejido social comunitario.

En un país como Colombia, que actualmente se enfrenta a su mayor reto cómo sociedad debido al proceso de paz con la guerrilla de las FARC, el trueque puede ser una opción viable para el establecimiento de relaciones comunitarias basadas en el respeto y la tolerancia, sobre todo en los lugares donde el conflicto se vivió con mayor intensidad, esto es la ruralidad. No hay que olvidar que gran parte del discurso de las FARC, basa su existencia en la necesidad de luchar contra un sistema económico desigual, el cual además, responde a los intereses de los grandes y poderosos capitalistas:

Concluimos que hoy, al igual que durante todo el siglo pasado, La Casa Blanca decide las políticas esenciales de nuestro país, impone su concepción del Estado, elabora, diseña y dirige las estrategias y planes de la fuerza pública así como las reglas fundamentales para las finanzas, la industria y el comercio de Colombia (Novena Conferencia Nacional de Guerrilleros, 2007, s/p).

Debido a que las condiciones de desigualdad económica y social a las que hace referencia las FARC se mantienen vigentes, hay que comenzar por disminuir los espacios donde esas

contradicciones del capitalismo son más latentes. Lograr atacar esas situaciones, que hacen parte del gran y complejo problema estructural de la economía de mercado, a través de formas de intercambio alternativo como el trueque, contribuiría a generar espacios de relacionamiento comunitario desde un enfoque de una economía de solidaridad.

Al tomar como punto de partida las experiencias de trueque exitosas de otros países, se podría impulsar, como estrategia de construcción de tejido social y de obtención de bienes y servicios, para todos aquellos involucrados en los proyectos del postconflicto, la implementación de un modelo de trueque indirecto que vincule a las poblaciones dispersas en las jurisdicciones veredales y corregimentales. Llegar a la puesta en marcha de una propuesta de este tipo, requiere hacer una profunda inmersión en las posibilidades e imposibilidades del trueque como alternativa económica. Una expectativa mayor en cuanto a posibilidades del trueque respecto a sus posibilidades reales para sustituir de alguna manera los intercambios a través de la economía de mercado, puede jugar en contravía de la ampliación y visibilización de esta práctica. Cómo ha sido explicado, el trueque y las redes que lo practican tienen el potencial de ser una práctica alternativa, pero necesitan de una dinamización constante para que puedan perdurar en el tiempo.

8- La racionalidad económica de mercado es muy fuerte, está muy bien insertada en las dinámicas sociales. En ese sentido, las prácticas que motivan la obtención de dinero no generan mayor reflexión sobre los impactos sociales y naturales que conlleva.

Los dos primeros capítulos de este documento permitieron demostrar cómo la economía de mercado, junto con las racionalidades y prácticas que la acompañan, desembocaron en una realidad social, económica, y ambiental que es necesario replantear. En lo social, una de cada dos personas que habitan en este planeta es pobre según el estándar de medición de dos dólares que tiene la ONU, adicionalmente, la riqueza está concentrada en tan pocas manos, que sólo las 80 personas más ricas del mundo tienen la misma riqueza que 3.500 millones de personas (Oxfam, 2015). En lo económico, cómo dirían Montenegro y Rivas (2005) “a escala global, ha sido más fácil reducir la desigualdad por la vía del crecimiento de los países pobres, que por la vía de la redistribución del ingreso en cada país” (p.32). Esto significa que en el esquema de la economía capitalista, la pobreza no se supera redistribuyendo mejor, sino produciendo más e involucrando a más personas en esa dinámica productiva; el resultado de esta premisa es que “un 15% de la población del mundo

posee el 79% de la riqueza mundial y para el 85% sólo queda el 21% restante” (Salgado, 2012, p.29). Para ese 85% de la población mundial, la respuesta oficial es el crecimiento económico.

Sin embargo, el crecimiento económico es una contradicción de bienestar generalizado, porque si bien es cierto que crea riqueza, esta es concentrada en pocas manos, lo que genera una dinámica de desigualdad que se traduce en pobreza. Pero además, el crecimiento económico bajo el discurso de la economía de mercado y el desarrollo, se ha convertido en una problemática ambiental, porque la única forma de generar ese crecimiento, es a través una mayor presión sobre los ecosistemas en forma de políticas y acciones extractivistas. Estas permiten el crecimiento económico, pero afectan a la naturaleza, a sus procesos y a sus ciclos.

Cuando la naturaleza es impactada de forma negativa, cuando ésta se alterna en función de las lógicas de mercado capitalistas afectando el sustento y la forma de vida de las comunidades, es inevitable que las condición es de pobreza y desigualdad se instalen allí donde el territorio es transformado. De lo dicho anteriormente, se puede inferir que las racionalidades que motivan el crecimiento económico desde el discurso de la economía de mercado, son la causa de los problemas sociales, económicos y ambientales del presente. En otras palabras, son la causa de la problemática ambiental.

## **5.2 ¿Qué se desprende del trueque y queda pendiente por investigar?**

A continuación, se presentan cuatro condiciones relacionadas con el trueque, que se desprenden de la teoría y de la práctica mencionada en esta investigación, y que por sus características deberían ser retomadas en futuras investigaciones sobre formas de intercambio que desemboquen en economías de solidaridad. Cada una de estas condiciones, responde a escenarios complejos de intercambios alternativos a manera de trueque, en los cuales, se entremezclan las racionalidades tradicionales de la economía de mercado, y las racionalidades que se corresponden con prácticas económicas alternativas al desarrollo. La primera tiene que ver con el universo de los dones, el regalo y el presente, en los trueques que se presentan de manera cotidiana a manera de favores, donde el intercambio está mediado por valoraciones económicas antiquísimas, que a su vez, generan condiciones de jerarquización social. La segunda condición tiene que ver con la existencia de una práctica de trueque conocida como gratiferia, esta promueve la solidaridad y la confianza,

rompe con las nociones de ganancia en los intercambios y modifica el sentido de la reciprocidad. La tercera condición es la necesidad de elaborar un estado del arte sobre las redes y los mercados de trueque existentes en el territorio nacional. La última condición que amerita ser investigada en un escenario futuro, tiene que ver con la existencia de trueques que tienen una finalidad capitalista.

1- Este trabajo de investigación sugirió que el trueque es una práctica común y cotidiana ligada al favor y el don. Según Mauss, los conceptos “presente, regalo, don, no son demasiado exactos, pero no encontramos otros” (1925/1971, p. 34), en este sentido, es pertinente desde el campo de la antropología, preguntarse por la forma cómo las personas que participan de un trueque, hacen valoraciones de cambio de aquello que se intercambia, sobre todo, cuando la sociedad a la que pertenecen se encuentra transversalizada por racionalidades de la economía de mercado. De todo esto se desprende un interés por comprender la forma cómo se dota de valor económico a los objetos que hacen parte de la economía de los dones. Mauss (1925/1971, p.34) sugiere que en la religión se encuentra el origen de las nociones sobre valor económico, un elemento central para comprender el comportamiento actual de todas las personas que participan activamente del mundo de la economía de mercado. Dice además que el intercambio de dones, que puede ser a través del trueque:

Establece una jerarquía entre los jefes y sus vasallos, entre los vasallos y sus mantenedores. El dar es signo de superioridad, de ser más, de estar más alto, de magister; aceptar sin devolver o sin devolver más, es subordinarse, transformarse en cliente y servidor, hacerse pequeño, elegir lo más abajo (minister) (Mauss, 1925/1971, p. 35).

En atención a las opiniones de Mauss sobre la dinámica de intercambio de dones, y dado que estos influyen directamente en la conformación de estructuras de jerarquía, se podría argumentar que estos no pueden ser altruistas. Lo anterior, significa que todo intercambio en forma de favor, de regalo o de trueque, está mediado por el interés propio y el individualismo. Lograr un entendimiento profundo sobre la forma cómo personas individualistas se involucran en dinámicas de trueque en sus micro contextos, sobre todo cuando desde la práctica y el discurso neoliberal encuentran la justificación a todo tipo de acciones de corte racional y utilitarista, es un elemento no abordado en este trabajo de investigación y que queda pendiente para ampliar el conocimiento en cuanto a racionalidades alternativas al desarrollo.

2- Contrariamente a lo que se ha expresado sobre el individualismo, existe una práctica en la ciudad de Medellín y en ciudades como Granada y Salamanca (España) conocida como gratiferia, cada vez más común entre las redes interesadas en los trueques, que rompe con esta forma de entender las racionalidades que motivan la realización de todo tipo de intercambios. En las gratiferias, los organizadores ofertan una cantidad cualquiera de cosas como por ejemplo: ropa, libros, juegos, música, arte, decoración, y todo tipo de objetos. Quienes asisten a la gratiferia, ya sea cómo invitados o como asistentes accidentales, pueden llevarse lo que quieran que esté disponible y no tienen que dejar nada a cambio. Las dos gratiferias llevadas a cabo por la Gobernación de Antioquia / Secretaría del Medio Ambiente y la Universidad Santo Tomás en el año 2015, durante la realización del convenio Número 4600003497 *Aunar esfuerzos para implementar una estrategia de movilización para promover apropiación social, en el mantenimiento y conservación de los predios adquiridos por los municipios en áreas estratégicas para la conservación del patrimonio hídrico, y el fortalecimiento del plan de educación ambiental en el departamento*, tuvieron como regla general que la persona que se llevara un objeto lo hiciera porque lo necesitaba, si no lo necesitaba pero igual lo quería, se les solicitaba el compromiso de regalarle algo útil a alguien más en un corto periodo de tiempo.

La racionalidad que predomina en la gratiferia es la solidaridad. No obstante, esta forma de trueque funciona por la confianza que se deposita en el otro, cuando se espera a futuro, que quien obtuvo algo de la gratiferia lleve a cabo un acto de reciprocidad indirecta con otra persona. Esta forma de trueque rompe con la racionalidad jerárquica de los intercambios descritos por Mauss (1925/1971) y por Humphrey y Hugh-Jones (1997). Teniendo en cuenta lo anterior, las gratiferias son en realidad nuevas formas de trueque, esta novedad y las pocas referencias investigativas y académicas sobre esta práctica, convierten a este fenómeno social en un pendiente para ser investigado y problematizado. Hecha la observación anterior cabe preguntarse ¿cuál es el potencial de las gratiferias para movilizar racionalidades alternativas al desarrollo?

3- La internet, cómo herramienta para conocer y visibilizar prácticas económicas alternativas, contiene numerosas referencias a redes y mercados colombianos de trueque que existen en la actualidad, o que existieron y dejaron de operar hace pocos años. Sin embargo, no existe una compilación o estado del arte sobre estas prácticas en el territorio nacional. La bibliografía disponible, hace referencia de forma mayoritaria a trueques en la ciudad de Medellín, y a trueques

de algunas etnias indígenas. El desconocer las redes de trueque existentes y desconocer sus formas de operar, así como sus líderes, contribuye a que en los trabajos académicos disponibles, no se aborde el potencial del trueque como alternativa para intercambios en escenarios educativos (trueque de libros) y en entornos sociales (trueque de semillas y conocimientos), etc. Por lo tanto, ¿cómo puede contribuir a los estudios sobre alternativas al desarrollo, realizar un estado del arte sobre el trueque en Colombia?

4- Esta investigación no abordó aquellos trueques que operan como intercambios sin una mediación importante del dinero, pero que tienen una finalidad capitalista. Es el caso de los trueques entre Estados, y empresas. Este tipo de trueque lo que busca es dinamizar la reproducción del capital a través de la puesta en marcha de mecanismos de intercambio que favorezcan la movilidad de las existencias en bodega.

Es también importante, señalar la relación existente entre el trueque y la economía de la sombra (Schneider, 2010), ya que esta puede llegar a presentarse en aquellos países donde las imposiciones tributarias, por dar un ejemplo, son muy altas, y los niveles de control fiscal por parte de los Estados no son tan amplios y sofisticados. En el juego político del sistema económico de mercado, donde toda transacción económica debe ser controlada, conocida y cargada de impuestos, el trueque puede ser un espacio para evadir esos controles, no como resistencia al sistema, sino como una forma más de promover escenarios de acumulación de capital.

Este tipo de trueques, son fácilmente identificables como un complemento al mercado, debido a que las racionalidades que los motivan no distan mucho de las racionalidades capitalistas de la compra y la venta. Estos trueques capitalistas no fueron señalados en este trabajo y constituyen un objeto de investigación válido para ser desarrollado en el futuro.

5- Aprovechando el contexto latinoamericano y el viraje político de la región hacia gobiernos alineados a la derecha, se sugieren futuras investigaciones sobre el trueque, centradas en la teoría de la descolonización. A partir de la reflexión sobre la hegemonía del mercado, pero también de los elementos coloniales que moldean la cultura y la visión de sociedad, se pueden plantear críticas a ese antropocentrismo de origen europeo que ha contribuido de forma significativa a la

reproducción del capitalismo. La teoría de la descolonización a su vez, puede fomentar el debate crítico sobre el desarrollo, porque este reivindica esa mirada colonial sobre la organización social.

En ese sentido, la teoría de la descolonización puede conducir al planteamiento de formas de economía solidaria como alternativa al desarrollo, que vinculen al trueque en las dinámicas de resistencia y oposición al mercado. El potencial del trueque como alternativa, bajo las formas de la economía solidaria y de la teoría de la descolonización, radica en la posibilidad de retomar prácticas y valores diferentes a la hora de hacer valoraciones de uso y de cambio. Valores y prácticas ancladas en la tradición y en la exacerbación de formas propias y autónomas de generar nuevos espacios económicos.

## BIBLIOGRAFÍA

- 20MINUTOS.ES (2014). Monedas sociales; qué son y cuantas funcionan en España. Disponible en: <http://www.20minutos.es/noticia/2104416/0/monedas-sociales/alternativa-pago-euro-espana/como-funcionan/>. (Consultado 20/04/2016)
- ALVAREZ, BORDÓN, GONZÁLEZ y VALERI. (2010). Microcréditos en la economía social. Experiencia del Banco Popular de la La Buena Fe “Sol de Otoño”, ciudad de Neuquén. Disponible en: [https://www.academia.edu/1902733/Microcr%C3%A9ditos\\_en\\_la\\_Econom%C3%ADa\\_Social.\\_Experiencia\\_del\\_Banco\\_Popular\\_de\\_la\\_Buena\\_Fe\\_Sol\\_de\\_Oto%C3%B1o\\_ciudad\\_de\\_Neuqu%C3%A9n?auto=download](https://www.academia.edu/1902733/Microcr%C3%A9ditos_en_la_Econom%C3%ADa_Social._Experiencia_del_Banco_Popular_de_la_Buena_Fe_Sol_de_Oto%C3%B1o_ciudad_de_Neuqu%C3%A9n?auto=download). (Consultado 11.09.2016)
- ARGANDOÑA, Antonio. (1990). El pensamiento económico de Milton Friedman. España IESE, Bussines School. Universidad de Navarra. Disponible en: <http://www.iese.edu/research/pdfs/DI-0193.pdf>. (Consultado 11.09.2016)
- ATTALI, Jacques (2007). Breve historia del futuro. Barcelona. Paidós.
- BANCO MUNDIAL. (2012) El Banco Mundial percibe avances en la lucha contra la pobreza extrema, pero advierte sobre vulnerabilidades. Disponible en: <http://web.worldbank.org/WBSITE/EXTERNAL/BANCOMUNDIAL/NEWSSPANISH/0,,contentMDK:23130099~pagePK:64257043~piPK:437376~theSitePK:1074568,00.html> (Consultado 11.09.2016)
- BECK, Ulrich (1998). ¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización. Barcelona. Paidós.
- BECK, Ulrich. (2004). Poder y contrapoder en la era global. La nueva economía política mundial. Barcelona. Paidós.
- BORÓN, Atilio. (2001). Sobre mercados y utopías: la victoria ideológica cultural del neoliberalismo. (Sin nombre de revista). Volumen 17, Número 2, pp. 179-188. Disponible en: <http://periodicos.fundaj.gov.br/CAD/article/viewFile/1279/999>. (Consultado 04.04.2016)

- BURKE, BRIAN J. (2012). "Para que cambiemos/ So we can (ex) change" Economic activism and socio-cultural change in the barter systems of Medellín, Colombia. Tesis doctoral. The University of Arizona.
- BUSTELO, Pablo. (1999). Teorías contemporáneas del desarrollo económico. España. Editorial Síntesis.
- CAJAMAR. (2008). Las monedas sociales. Escobar Impresores S.L.
- CARDOSO VARGAS, Hugo Arturo. (2006). El origen del neoliberalismo: tres perspectivas. Espacios Públicos, vol. 9, núm. 18, 2006, pp. 176-193, México. Universidad Autónoma del Estado de México Toluca. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=67601812>. (Consultado 11.09.2016)
- CASILDA, Ramón. (2002). El consenso de Washington. Política Exterior, Volumen 16 Número 86 (Marzo-Abril) pp. 110-128. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/20645248>. (Consultado 11.09.2016)
- CERT. Centre for Economy Reform and Transformation. Carlin, Fries, Schaffer, Seabright. (2000). Barter and non-monetary transaction in transition economies: evidence from a cross-country survey. Disponible en: <http://citeseerx.ist.psu.edu/viewdoc/download?doi=10.1.1.199.8220&rep=rep1&type=pdf>. (Consultado 25.01.2017)
- CORAGGIO, José Luis. (2011). Economía social y solidaria. El trabajo antes que el capital. Ecuador. Abya-Yala.
- CRESTI, Barbara. (2003). U.S. domestic barter: an empirical investigation. Applied economics Vol 37, no. 17, pp.1953-1966.
- DE SANZO, COVAS y PRIMAVERA. Breve reseña del origen de la Red Global de Trueque. Disponible en: <http://www.urbared.ungs.edu.ar/pdf/pdf-articulos/HISTORIA%20DEL%20CLUB%20DE%20TRUEQUE-c.pdf?PHPSESSID=3d02f3cff93b80636dd09a6a86775978> (Consultado 08.03.2013).

DE SANTOS SANTOS, B. (2012). De las dualidades a las ecologías. La Paz. Remte.

EL PAÍS (COLOMBIA). Tasa anual de deforestación entre 1990 y 2010 fue de 310 mil hectáreas. Disponible en: <http://www.elpais.com.co/elpais/colombia/noticias/tasa-anual-deforestacion-entre-1990-y-2010-fue-310-mil-hectareas>. (Consultado 11.09.2014)

ESCOBAR, Arturo (2005). Más allá del tercer mundo. Globalización y Diferencia. Colombia. ICAHN.

ESCOBAR, Arturo. (1996) *“La invención del Tercer Mundo, construcción y deconstrucción del desarrollo”*. Colombia. Ed. Norma.

FAO (S/F). Ganadería y deforestación. En Políticas Pecuarias 03. Disponible en: <http://www.fao.org/3/a-a0262s.pdf>. (Consultado 11.09.2016)

FERNANDEZ HUERTA, Christian. (2012) Ciudadanía juvenil y nuevas formas de participación a través de la conectividad. Universidad Autónoma de Baja California. Disponible en: <http://www.scielo.org.mx/pdf/cultural/v8n15/v8n15a5.pdf>. (Consultado 11.09.2016)

FERNANDEZ MAYO, Manuela. El trueque solidario. Una estrategia de supervivencia ante la crisis argentina de 200. Revista Pueblos y Fronteras Digital. Vol 4 Número 7. Junio-Noviembre 2009.

FERRARO, Emilia. (2002). Trueque Intercambio y Valor. Un acercamiento antropológico. Reseña. *Iconos*, (14), 150-152

FLICK, U. (2004). Introducción a la investigación cualitativa. Madrid. Ediciones Morata.

FRANCÉS, F. GARCÍA, JT y ARIS, L. Nuevos sistemas de intercambio comunitario: un ejemplo de glocalización. Disponible en: <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/ec/jec9/pdf/A09%20-%20Garc%EDa,%20Jos%E9%20Tomas,%20Franc%E9s,%20Francisco%20y%20Lucas,%20Aris.pdf>. (Consultado 22.04.2015)

FRANQUESA, Jaume. (2007). Vaciar y llenar, o la lógica espacial de la neoliberalización. Reis. Número 118. Pp-123-150. Disponible en: <file:///C:/Users/usuario/Downloads/Dialnet-VaciarYLlenarOLaLogicaEspacialDeLaNeoliberalizacio-2317516.pdf>. (Consultado 11.09.2016)

FREDIANI, Ramón. (2011). Ensayo sobre el capital social. Actualidad Económica. Año XXI, Numero 74 Mayo-Agosto. Disponible en: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/acteconomica/article/view/3987/3820>. (Consultado 01.07.2016)

FRIEDMAN, Milton. (1966). Capitalismo y libertad. Disponible en: <http://archipelagolibertad.org/upload/files2/001%20Liberalismo/1.2%20Obras%20clasicas%20de%20la%20libertad/Friedman/0001%20Friedman%20-%20Capitalismo%20y%20libertad.pdf>. (Consultado 11.09.2016)

GALEANO, María Eumelia. (2004). Estrategias de investigación social cualitativa. El giro en la mirada. Medellín. La Carreta Editores.

GARCÍA CANCLINI, Néstor. (1993). El consumo cultural: una propuesta teórica. Disponible en: <http://designblog.uniandes.edu.co/blogs/dise2307/files/2014/10/EL-CONSUMO-CULTURAL-PAG.26-49-Canclini.pdf>. (Consultado 11.09.2016)

GATTI, Claudia. (2010) El fenómeno del trueque: una mirada sociológica. *Revista pueblos y fronteras digitales Vol 5 # 8*. Disponible en: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3395548>. (Consultado 28.04.2016)

HARVEY, David (2007). Breve historia del neoliberalismo. Disponible en: <http://colegiodesociologosperu.org/nw/biblioteca/breve-historia-del-neoliberalismo-de-david-harvey1.pdf>

HARVEY, David (2014). 17 Contradicciones del capitalismo. Prácticas Constituyentes.

HAUG, Wolfgang Fritz (1989). Publicidad y Consumo. Crítica de la estética de las mercancías. México. Fondo de Cultura Económica. Disponible en: <http://www.miguelmoro.net/wp-content/uploads/2012/09/publicidad-y-consumo.pdf>. (Consultado 11.09.2016)

HINTZE, Susana. (Editora). (2003). Trueque y economía solidaria. Argentina. Prometeo Libros.

- HOBBSAWM, Erik (1976). Del feudalismo al capitalismo. Editorial Crítica. Grupo editorial Grijalbo. Barcelona. Disponible en: [http://www.afoiceemartelo.com.br/posfsa/Autores/Hobsbawm,%20Eric/Hobsbawm,%20Eric%20-%20Del%20Feudalismo%20Al%20Capitalismo%20\[Art\]\[Spa\].pdf](http://www.afoiceemartelo.com.br/posfsa/Autores/Hobsbawm,%20Eric/Hobsbawm,%20Eric%20-%20Del%20Feudalismo%20Al%20Capitalismo%20[Art][Spa].pdf) (Consultado 11.09.2016)
- HUMPHREY, Caroline y HUGH-JONES, Stephen., (Comp). (1997). Trueque intercambio y valor. Aproximaciones antropológicas. Ecuador. Abya-Yala.
- IVARS, Jorge Daniel. (2015). Mercados mundiales y racionalización del uso del agua en Mendoza (Argentina). *Anfora*, 23 (39), pp 71-97. Universidad Autónoma de Manizales.
- KICILLOF, Axel. (2013). De Smith a Keynes. Siente lecciones de historia del pensamiento económico. Un análisis de los textos originales. Buenos Aires. Eudeba.
- LEONARD, Annie (2013/2010). La historia de las cosas. De cómo nuestra obsesión por las cosas está destruyendo el planeta, nuestras comunidades y nuestra salud. Y una visión del cambio. Argentina. Fondo de Cultura Económica.
- LÓPEZ, David. (2007). El trueque como espacio y motor para la construcción de lazos sociales. Universidad Tecnológica de Pereira. Colombia.
- MAUSS, Marcel (1925/1971). Ensayo sobre el don. Disponible en: [http://www.econ.uba.ar/www/institutos/economia/Ceplad/HPE\\_Bibliografia\\_digital/Mauss%20castellano.pdf](http://www.econ.uba.ar/www/institutos/economia/Ceplad/HPE_Bibliografia_digital/Mauss%20castellano.pdf). Consultado (17.05.2016)
- MARQUÉZ FERNANDEZ.D (2006). Para un desarrollo local sostenible: el capital social. Norba. Revista de geografía, Volumen XI, pp. 69-83. Disponible en: <file:///C:/Users/usuario/Downloads/Dialnet-ParaUnDesarrolloLocalSostenible-2279988.pdf>. Consultado (07.07.2016).
- MARTINEZ, R. y SOTO, E. (2012). El consenso de Washington: la instauración de las políticas neoliberales en América Latina. *Política y Cultura*, Número 37, pp. 35-64. México. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco Distrito Federal. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26723182003>. (Consultado 02.06.2016)

- MOERS, Peter. (1998). Community currencies: A co-operative option for the developing world? Disponible en <http://www.appropriate-economics.org/materials> (Consultado 25.02.2016)
- MÜNCH, Lourdes y ÁNGELES, Ernesto. (2005). Métodos y técnicas de investigación. México. Trillas.
- NOGUERA, José y LINZ, Susan. (2005). Barter, credit and welfare: a theoretical inquiry into the barter phenomenon in Russia. Michigan State University. William Davidson Institute Working Paper Number 757.
- NOGUERA FERNANDEZ, Albert. (2011). La teoría del poder y del Estado en Antonio Gramsci: claves para descifrar la dicotomía dominación-liberación. *Nómadas, Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, Número 29. Universidad de Extremadura.
- O'CONNOR, J. y MCDERMOTT, I. (1998) Introducción al Pensamiento Sistémico. Recursos Esenciales para la Creatividad y la Resolución de Problemas. URANO. EMCDLR.
- OLSON, Mancur (1985). La lógica de la acción colectiva. En BATLLE, Albert (Ed), *Diez textos básicos de Ciencia Política*. (pp. 203-220). Barcelona, España: Ariel.
- ONU. (1972). Conferencia de Estocolmo / Cumbre de la tierra de Estocolmo.
- ONU. (1987). Informe Brundtland o Nuestro Futuro Común. Disponible en: <http://www.un.org/es/comun/docs/?symbol=A/42/427>. (Consultado 02.06.2016)
- ONU. (1992). Declaración de Río sobre el medio ambiente y el desarrollo. Disponible en: <http://www.un.org/spanish/esa/sustdev/agenda21/riodeclaration.htm>. (Consultado 11.09.2016)
- ONU. (S/F). Desarrollo. Disponible en: <http://www.un.org/es/sections/what-we-do/promote-sustainable-development/>. (Consultado 20.07.2016)
- OXFAM INTERMOM (2015). Riqueza, tenerlo todo y querer más. Disponible en: [https://www.oxfam.org/sites/www.oxfam.org/files/file\\_attachments/ib-wealth-having-all-wanting-more-190115-es.pdf](https://www.oxfam.org/sites/www.oxfam.org/files/file_attachments/ib-wealth-having-all-wanting-more-190115-es.pdf). (Consultado 03.04.2016)
- PERELMAN, Chaím. (1997). El imperio retórico. Bogotá. Norma.

- PÉREZ, Gloria. (1994). Investigación cualitativa. Retos e interrogantes. II técnicas y análisis de datos. Madrid. La muralla S.A.
- PÉREZ, Juan C., ETXEZARRETA, Enekoitz y GORIDI, Luis. (2008) ¿De qué hablamos cuando hablamos de economía social y solidaria? Concepto y nociones afines. Disponible en: [http://pendientedemigracion.ucm.es/info/ec/ecocri/cas/perez\\_etxezarreta\\_guridi.pdf](http://pendientedemigracion.ucm.es/info/ec/ecocri/cas/perez_etxezarreta_guridi.pdf) (Consultado 21.06.2016)
- POLANYI, Karl. (2011/1944). La gran transformación. México. Fondo de Cultura Económica.
- PORTAFOLIO. Cepal enfatiza en disminuir desigualdad en la región. Disponible en: <http://www.portafolio.co/internacional/cepal-enfatiza-disminuir-desigualdad-la-region>. (Consultado 21.01.2013)
- RODRÍGUEZ, Octavio. (1984). La teoría del desarrollo de la CEPAL. México. Siglo XXI Editores.
- SAIZ, Jorge E. y RANGEL, Sander. (2008). Capital social: una revisión del concepto. Universidad Santo Tomás. Disponible en: [http://www.usta.edu.co/otras\\_pag/revistas/r\\_cife/cife13/RC13\\_13.pdf](http://www.usta.edu.co/otras_pag/revistas/r_cife/cife13/RC13_13.pdf). (Consultado 01.07.2016)
- SALGADO, Edgar. (2012). Economía solidaria para un mundo en globalización. Bogotá. Universidad la Gran Colombia.
- SANTANA, María Eugenia. (2012). Recrear el dinero en una economía solidaria. *Revista polis*.
- SANTOS, B. S. (2012). De las dualidades a las ecologías. La Paz. Remte.
- SARPE. (1983). Crítica de la economía clásica. España. John Maynard KEYNES. Sarpe. Colección Los Grandes Pensadores
- SCHNEIDER, FRIEDRICH. (2010). The influence of public institutions on the Shadow Economy: an empirical investigation for OECD countries. Review of law economics número 442.
- SCHUMPETER, Joseph A. (1970). Teoría del desarrollo económico. En G. Ramírez, Lecturas sobre desarrollo económico (pp 161-166). México. Escuela Nacional de Economía, UNAM.

- SEONE, José (2015). Racionalidades del gobierno neoliberal y cuestión ambiental: del capital humano al capital natural. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires. Disponible en: <http://cdsa.academica.org/000-061/862>. (Consultado 02.06.2016)
- SORÓS, George (1999). La crisis del capitalismo global. La sociedad abierta en peligro. Barcelona. Plaza y Janés.
- STANCANELLI, Pablo, (2002), Cuando el Estado ya casi no existe. Explosivo crecimiento de los clubes de trueque. *Le Monde diplomatique*, núm. 36, junio. Edición Cono Sur, Buenos Aires, Argentina.
- SUBGERENCIA CULTURAL DEL BANCO DE LA REPÚBLICA. (2015). *Competencias del mercado*. Recuperado de: Disponible en: [http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/ayudadetareas/economia/competencias\\_del\\_mercado](http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/ayudadetareas/economia/competencias_del_mercado)
- SUNKEL, Osvaldo y PAZ, Pedro. (1985). El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo. México. Siglo XXI Editores.
- TOCANCIPÁ, Jairo. (2008). El Trueque: tradición, resistencia y fortalecimiento de la economía indígena en el Cauca. *Revista de Estudios Sociales*, (24), 146-161.
- TOFFLER, Alvin. (1980). La tercera ola. Colombia. Plaza y Janés.
- TRISTRAM, Stuart. (s/f). Se desperdicia más comida en el mundo de la que podrían consumir todas las personas hambrientas. Disponible en: <http://www.oxfamintermon.org/es/editorial/entrevista/se-desperdicia-mas-comida-en-mundo-de-que-podrian-consumir-todas-personas-hambr> (Consultado 11.09.2016)
- VANEIGEM, Raoul, (1998/1977). Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones. España. Anagrama.
- WALLERSTEIN, Immanuel. (2006). Análisis de sistemas-mundo. Una introducción. México. Siglo XXI editores.

WALLERSTEIN, Immanuel. (2008). Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos. México. Contrahistorias.